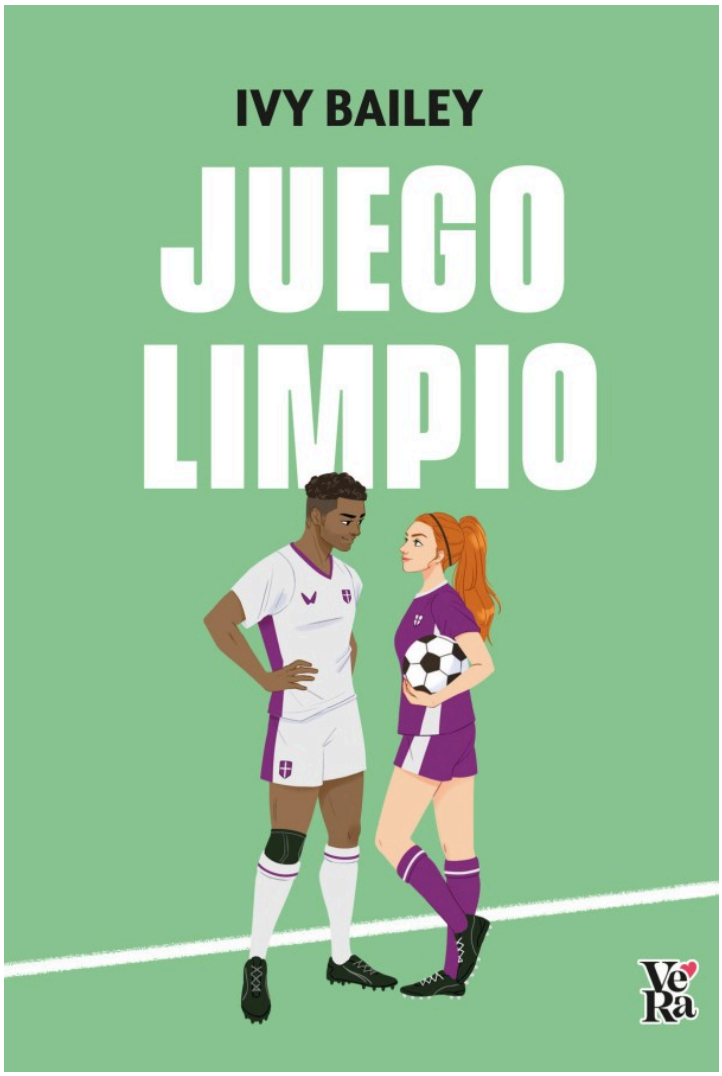
IVY BAILEY

JUEGO LIMPIO



Vé Ra



EN EL AMOR Y EN EL FÚTBOL,
¿TODO ESTÁ PERMITIDO?

El equipo de fútbol femenino de la Universidad de Durham domina la Liga, y su delantera estrella, Sadie McGrath, espera que ganar este

año haga que la convoquen para la Premier League. Por su parte, el rendimiento del equipo masculino deja mucho que desear: nunca han levantado una copa y, si no logran mejorar antes de que termine la temporada, se enfrentarán al temido descenso.

Así que el director técnico le pide a Sadie lo impensable: que entrene a Arlo Hudson, el engreído delantero que acaba de llegar de Estados Unidos. Aunque todas las chicas piensen que es encantador, Sadie no lo soporta: es un sabelotodo que se niega a seguir instrucciones y discute con ella en cada práctica.

Entonces, ¿qué pasará cuando pasen tanto tiempo a solas? ¿Podrá Sadie enseñarle a meter un gol de media cancha?

IVY BAILEY es el seudónimo de Katy Birchall, autora de múltiples novelas juveniles y adultas. Creció en Surrey (Inglaterra) y estudió en la Universidad de Mánchester, donde se graduó con honores de la licenciatura en Literatura y Lingüística Inglesas, y completó un máster en Literatura, Teorías y Culturas posteriores a 1900. Durante su estancia en Mánchester, en 2011 ganó el premio del Festival de Teatro 24/7 al escritor novel más prometedor por una comedia que escribió, produjo y dirigió. También protagonizó varias producciones teatrales universitarias.

Actualmente, vive en Londres y, cuando no está escribiendo, lee biografías de Jane Austen, sueña despierta con ser un elfo en *El señor de los anillos* o corre por algún parque detrás de su perro rescatado, Bono, quien a su vez persigue a sus archienemigas: las ardillas.

IVY BAILEY

JUEGO LIMPIO



Traducción:
Franco Monterroso

VeRa

Para las Leonas inglesas, que inspiraron a la nación. Y para todas las futuras Leonas que están ahí afuera, que se niegan a darse por vencidas.
¡Ustedes pueden!

CAPÍTULO UNO

Estoy terminando de empacar cuando mamá llama a la puerta.

—¿Cómo viene todo? —pregunta, entra a mi habitación como paseando y se para a mi lado para examinar mi bolso, lleno de ropa, que doblé con mucho esmero—. Magistral, como siempre.

—Aprendí de la mejor —respondo con las manos en la cintura.

Levanta la camiseta de fútbol que está arriba de todo para revisar qué hay debajo. Cuando descubre más prendas deportivas, alza una ceja.

—Un fin de semana largo en casa y solo trajiste tu ropa para fútbol —comenta.

—¿Qué más necesitaría? —bromeo.

—Sadie —suspira—, ojalá *disfrutes* el resto del trimestre. Es importante divertirse un poco en la universidad. Es decir, estás en primer año.

—¿De qué hablas? Me he divertido mucho este trimestre —objeto, desconcertada.

—Parece que lo único que has hecho estas primeras semanas ha sido pasarte la mitad del tiempo en clase y la otra mitad entrenando —se explaya, y luego lo piensa mejor—. En realidad, cambiémoslo a un tercio del tiempo estudiando y dos tercios entrenando.

—Más bien un octavo estudiando —la corrijo con una amplia sonrisa. Ella me mira con reproche. Pongo los ojos en blanco y aclaro—: Es un chiste, ma. De todos modos, te olvidas de que entrenar, para mí, no es trabajar. Es lo que amo. Es… todo.

—A eso le temo —admite—. No quiero que dejes de vivir la vida por andar ocupada pateando una pelota por una cancha.

Arrugo el ceño ante el modo en el que menosprecia el deporte.

—Sabes a qué me refiero —dice con suavidad—. Sé lo importante que es para ti… Para mí también, lo es desde que conocí a tu padre… Pero la esencia de la universidad es la experiencia y la gente. Tienes permitido divertirte. Cuando estaba en la universidad, en Mánchester, pasé algunos de los mejores años de mi vida, y eso es gracias a los amigos que hice ahí.

—Mis compañeras de equipo *son* mis amigas —me pongo a la defensiva—. No necesito a nadie más.

—Suenas igual que tu papá. —Sonríe, burlona.

La mirada se me escapa al recorte de periódico enmarcado que cuelga de la pared sobre mi escritorio. Es de 1989 y, debajo del título McGrath: el héroe del «ejército de tartán», hay una foto de mi papá en un campo de fútbol con el puño en el aire, la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados de euforia, siendo levantado por dos de sus compañeros que lo abrazan por la cintura. La imagen capta el momento posterior a que papá metiera el último de sus tres goles para Escocia, con el que ganó el partido y aseguró el lugar del equipo en el Mundial.

—Quiero que se enorgullezca de mí —admito en voz baja.

—*Está* orgulloso de ti… ¡Los dos lo estamos! —exclama mamá, y abre como platos sus cálidos ojos color avellana, horrorizada de que yo pudiera pensar otra cosa—. Sadie, hace apenas unas semanas que estás en Durham y ya eres capitana de tu equipo… La más joven de su historia, ni más ni menos. —Me da un empujoncito en el brazo con un dedo—. ¿Cómo fue que te llamó tu entrenador? Ah, sí, su delantera estrella. ¡Y pensar que empezaste a jugar en serio recién hace dos años!

—Sí, no creas que no te oí contándole eso al tipo que vive en el número 22 cuando te cruzó en la calle el otro día —comento, sin poder reprimir una sonrisa—. Lo valoro, pero no creo que a esos vecinos que ni conocemos les importen esas cosas.

—Perdona, pero a todo el mundo debería importarle lo talentosa que es mi hija —insiste, y alza el mentón, desafiante—. Y, en todo caso, ¡eso prueba lo orgullosos que estamos! Pero, Sadie, nos enorgullecen del mismo modo tus logros fuera de la cancha de juego que dentro de ella.

—Ya sé —murmuro, y asiento con la cabeza—. Pero Durham salió campeón de la Liga Nacional dos veces seguidas, y, si rompemos el récord y ganamos una tercera vez… —Respiro hondo, sumida en la preocupación irracional de que, si lo expreso en voz alta, pueda no suceder—. Si lo hacemos, tal vez me llamen de un club profesional. Y que papá vea eso, que sepa que puedo lograrlo… —Trago el nudo que se me hizo en la garganta y logro añadir con voz queda—: Eso es lo único que quiero.

Con los ojos brillosos, mamá alarga el brazo y, con delicadeza, me acomoda el pelo detrás de la oreja. Desde que tengo memoria, me ha alentado a dejar de taparme el rostro con mi cabello cobrizo. Tenemos el mismo color de pelo, pero, mientras que ella lo lleva lacio y justo por debajo de las orejas, yo odio cortarme el mío y lo mantengo ondulado y largo. Como era tímida e insegura de niña, me volví experta en usarlo de escudo: mantengo la cabeza gacha y dejo que el pelo me caiga hacia delante, sobre el rostro. El único momento en el que me lo ato hacia atrás es cuando estoy en la cancha.

Ese es el único lugar en el que no tengo miedo.

—Papá sabe que puedes lograrlo. —Me sonríe con cariño—. Incluso si a veces se le olvida. En el fondo de su corazón, lo sabe.

Me siento al borde del llanto, así que parpadeo para contener las lágrimas que están por aflorar y me aparto de mi madre. Me aclaro la garganta, vuelvo la atención al bolso y cierro la cremallera.

—Bueno, debería irme, o perderé el autobús y, entonces, tal vez pierda también el tren. —Levanto el bolso de la cama y me cuelgo la correa al hombro. Hago una pausa—. Pero gracias, mamá. Por la charla.

—La casa se siente muy vacía cuando no estás —suspira—. Tengo que mantener la puerta de tu habitación bien cerrada, porque, si no, termino asomándome adentro, con la esperanza de que, en realidad, estés escondida en algún lado.

Suelto una risita y echo un vistazo al cubículo que es mi dormitorio, preguntándome dónde podría ocultarme acá dentro. Será pequeña, pero me encanta mi habitación. Ayuda que soy una friki de

la limpieza y que odio el desorden, así que tiene una onda minimalista y parece más grande de lo que es.

—Pero volverás pronto —agrega mamá con una sonrisa forzada.

—Sí, claro. Solo faltan un par de meses para Navidad.

—Quizá la próxima vez traigas a alguien —dice, esperanzada, y sale de la habitación en dirección a la escalera.

—Ay, mamá, no empieces —me quejo al seguirla.

—¿Qué? —pregunta con inocencia mientras baja los escalones—. ¿Me vas a decir que jugar al fútbol y tener citas no son actividades compatibles? ¿Es eso?

—Algo así —murmuro.

—¡Ahí viene! —exclama papá, entusiasmado, de pie al final de la escalera y me sonríe con todos los dientes—. Ese bolso parece pesado. ¿Qué llevas ahí dentro, Sadie, el fregadero de la cocina?

—Más bien cien pares de botines —bromea mamá.

—Estás exagerando un poquito —replico al tiempo que dejo el bolso en el suelo del vestíbulo. Busco mi abrigo, que está colgado de uno de los ganchos que hay junto a la puerta, y me lo pongo—. Aunque no rechazaría los cien pares.

—Yo tampoco —coincide papá con sonrisa cómplice.

—Justo recién le decía a Sadie que, aunque es fantástico que esté obsesionada con el fútbol, y lo sé mejor que nadie porque me casé con un obsesivo…, también es importante que *disfrute* —enfatiza mamá, y me mira seria—. No puede estar entrenando con el equipo todas las noches.

—Ah, siempre ha sido decidida —afirma papá con orgullo—. Una vez que a mi Sadie se le mete algo en la cabeza, ya está. No cabe duda. Siempre demostró talento en la cancha. —Me señala agitando el dedo—. Yo dije que tenías que empezar antes, pero eras testaruda. Me acuerdo de llevarte a jugar a la pelota cuando eras una muchachita y que tú ni quisieras intentar.

—Porque me llevaste a jugar a la pelota con tus excompañeros de fútbol profesional —le recuerdo—. Como para no sentirme intimidada. ¡Me daba terror parecer una tonta delante de ellos! Sabía que todos esperarían que fuera brillante porque era tu hija. No quería avergonzarte.

—Bueno, no importa; al final, empezaste. Qué emoción que estés siguiendo los pasos de tu viejo. Te advierto que la vara está alta —añade con picardía.

—Pondré todo mi esfuerzo —prometo con una sonrisa.

—Debes irte, Sadie —me advierte mamá después de fijarse la hora que es—. Despidámonos. No queremos que llegues tarde.

—¿Tarde? —pregunta papá con el entrecejo arrugado—. ¡No va a llegar tarde!

—Si nos quedamos mucho más amontonados aquí en la puerta parloteando, sí. Quiero asegurarme de que vaya con tiempo de sobra, porque si pierde este autobús y debe esperar el siguiente, después tendrá que correr el tren.

—¡No hace falta que vaya en bus! —sostiene papá, terco, y se vuelve hacia mí—. Yo te llevo, Sadie. Entiendo que no quieras caminar hasta allá con ese bolso pesado, así que podemos ir en auto. No me molesta.

Mamá me lanza una mirada de preocupación.

—Harry… —empieza.

—La escuela queda muy cerca —señala—. Solo tardaremos unos cinco minutos. Voy a buscar mis llaves.

—Papá… —digo yo, pero está muy concentrado en palparse los bolsillos del pantalón como para escuchar.

—A ver…, ¿dónde las dejé? —murmura.

—Harry —dice mamá con suavidad y se estira para tomarlo de un brazo—, Sadie no va a la escuela. Ahora está en la universidad. Se vuelve a Durham. —Papá frunce el ceño; las arrugas de la frente se le profundizan. Mamá sigue—: Terminó la escuela este verano, después de los exámenes finales. Y ahora va a la Universidad de Durham, donde es la capitana del equipo femenino de fútbol. Solo vino a casa el fin de semana, para vernos, y ahora debe tomar el tren de regreso.

—Durham, sí, el equipo de fútbol —musita en voz tan baja que apenas lo oigo—. Claro. Claro.

Se me hace un nudo en el estómago al ver el esfuerzo con el que intenta orientarse; a su desconcierto inicial lo reemplaza la frustración. Después de un momento, levanta la cabeza para

mirarme y repite la palabra «Claro» con una sonrisa apagada y el ceño todavía fruncido.

Mamá le acaricia el hombro y él le da unas palmaditas de agradecimiento.

Una de las crueldades de la demencia es que viene en oleadas: todo está bien, tu papá te está haciendo bromas cariñosas como ha hecho siempre y, de un momento al otro, le cuesta recordar que te fuiste a la universidad hace unas semanas. La demencia te mece y te lleva a una normalidad calma que luego se encarga de destruir sin piedad.

A veces, cuando está lúcido, casi me convenzo de que la enfermedad no es real; de que el diagnóstico es erróneo y de que está todo bien. Pero entonces vuelve: los olvidos, la desorientación, el pánico y la frustración.

Como siempre, mamá es la que toma las riendas de la situación mientras papá se recompone, y yo me quedo ahí parada, adormecida, con una sonrisa forzada y una sensación de impotencia. Con su admirable tono jovial, mamá nos recuerda a todos que voy justa de tiempo y nos incita a despedirnos; aunque no digo nada extraordinario, les doy un abrazo un poquito más largo y un poquito más fuerte de lo normal.

Mamá entiende.

—Estaremos bien —me susurra al oído mientras la estrecho.

Me dice que salga y, al tiempo que cierra la puerta, la oigo anunciarle a papá que es hora de una taza de té.

Me dirijo a la parada del autobús y en el camino me prometo a mí misma que entrenaré más que nunca, sobre todo porque se acercan las primeras fechas de la temporada. Estoy decidida a enorgullecer a mi papá en la cancha antes de que sea demasiado tarde. Desde que recibió su diagnóstico, sueño con que me fichen y me contraten para iniciar una carrera como futbolista profesional. Necesito que él me vea lograr eso, y nada me distraerá de cumplir ese sueño.

Lo siento, mamá, pero las demás experiencias de vida tendrán que esperar.

CAPÍTULO DOS

Mientras me abro paso serpenteando entre la multitud en la estación Edimburgo Waverley, siento que el teléfono me vibra varias veces en el bolsillo trasero, pero recién lo miro una vez subida al tren y acomodada en mi asiento.

Las chicas del Durham F. C. 

Amy

Que alguien me mate, por favor.
Nunca tuve tanta resaca en mi vida.


Ella

Yo también siento que me muero.
¿Quién pidió esos tequilas?

Alisha

Hayley.
Fue Hayley.
No bebo nunca más.

Maya

Jajajaja acabo de acordarme de Amy bailando en la barra de striptease.

Amy

AY, DIOS.
Me había olvidado de eso.
Me preguntaba por qué tenía las rodillas raspadas.

Maya

Lo que es sufrir por el arte.

Amy

Están al rojo vivo.
Por favor díganme que por lo menos lo hice bien.

Maya

Lo hiciste GENIAL.

Amy

¿Me estás mintiendo?

Maya

No.

Amy

Me doy cuenta de que me estás mintiendo.

Alisha

Me gustó cuando te escondiste detrás de la barra y le hiciste «On ta bebé» a la gente que te miraba desde la pista de baile.

Amy

¿Cómo?
¿Cómo dices?
¿¿¿CÓMO QUE LES HACÍA «ON TA BEBÉ»???

Quinn

Buenos días, perras.
Momento.
¡No puedo creer la hora que es!
¡¡¡Debería estar encontrándome con James para almorzar!!!
¡¡¡Estoy llegando SÚPER TARDE!!!

Maya

Chicas, Quinn llega tarde.

Alisha

Toda una novedad y una sorpresa.

Jade



Quinn

Váyanse a la mierda.

Jade

¡Parece que lo pasaron bien anoche!
Qué pena habérmelo perdido.
Pero saldré hoy, si alguna tiene ganas.

Maya

Me gusta el plan, para curar la resaca.

Amy

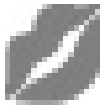
¡¿CÓMO QUE LES HACÍA «ON TA BEBÉ»?!

Hayley

El tequila fue una PÉSIMA IDEA.
Estuve mal.

Pero si les sirve de consuelo, les juro que ahora lo estoy pagando ☠️☠️☠️☠️

Yo también salgo esta noche… 

Intentaré encontrarme con ustedes luego  Besos.

Llego a mi residencia después de un viaje bastante tranquilo y voy directo a mi habitación a acomodarme. Estoy desempacando cuando, de repente, la puerta de mi dormitorio se abre de par en par.

—¡¿Es una puta broma?!

Dejo de guardar la ropa en un mueble y alzo la vista: encuentro a Jade de pie en la entrada, con cara de furia y el teléfono en la mano.

—¿Qué cosa? —pregunto y cierro el cajón. Ella cruza la habitación a zancadas y se desploma en mi cama.

—Ay, vamos, Sadie —dice con su acento refinado y preciso—. Estás hablando conmigo. No tienes que hacer como que no te afecta. Hace muchísimo que estoy enojada por este mensaje y desesperada por hablar contigo, pero estaba almorzando con mis padres y no tenía con quién despotricar. Qué bueno que has vuelto… Te extrañé mucho el fin de semana.

—Yo también. —Le sonrío cariñosamente—. ¿Qué tal la visita de tus padres? Qué lindo de su parte, haber venido hasta aquí.

—Sí, todo bien. Son muy fanáticos de la ciudad. Papá se la pasó contándome la historia del lugar. Ustedes dos se llevarían muy bien, la verdad. Lo desilusionó que no estuvieras por aquí para almorzar con nosotros… Le encanta que sea amiga de una nerd de la historia como él.

—No soy una nerd de la historia. Solo estoy haciendo una licenciatura en Historia. —Me río y niego con la cabeza.

—Y eso es solo porque aquí no ofrecen licenciaturas en fútbol —murmura y me lanza una sonrisa cómplice—. En fin, almorzamos en

ese restaurante que tiene menú degustación y ahora están volviendo a Londres.

—¿El de la estrella Michelin?

—Sip. Estuvo bien —responde, distraída con el teléfono.

Sonrío para mis adentros. Para alguien como Jade, almorzar en un restaurante con estrellas Michelin no es la gran cosa. Hija única de padres superricos, creció en una hermosa casa adosada en Knightsbridge, en Londres, y otras de verano en Cornualles y Francia. Con ese pelo rubio reluciente, la ropa de diseñador, las uñas hechas perfectas y el acento pomposo, siempre está impecable y da una primera impresión realmente intimidante. Fue la primera persona que conocí cuando llegué aquí, a Collingwood College, el trimestre pasado, y entré un poquito en pánico cuando vi que mi vecina era una niña rica y pretenciosa que creería tener privilegios, pero estuve mal en juzgarla tan rápido. Hacia el final de la primera noche, me di cuenta de que era tan divertida, cariñosa y amigable que no habría forma de que no nos hiciéramos mejores amigas. El hecho de que ella también juegue al fútbol y de que haya entrado conmigo al equipo principal es otro punto a favor, y si bien las personalidades no necesariamente reflejan las posiciones, no me sorprendió que ella fuera una talentosa defensora. Es la persona más protectora que conozco.

—¿Cómo estuvo tu fin de semana en casa? ¿La pasaste bárbaro comiendo *haggis* y recitando poemas de Burns?

Me río por la nariz. Otra razón por la que me agrada Jade: demuestra cariño bromeando. He aprendido que hablar de las emociones no es algo que se haga mucho en su familia, igual que en la mía. Nuestras relaciones se basan en molestarnos entre nosotros.

—Recurrir al estereotipo es una forma muy pobre de humor —le recuerdo.

—Como digas —suspira, y luego añade con dulzura—: ¿Podemos hablar de Hayley ahora?

Siento una punzada en el pecho con solo oír su nombre, y me hundo en la silla del escritorio.

—¿Qué pasa con ella? —pregunto, taciturna.

—¡Empecemos por ese comentario de mierda que puso en el grupo de WhatsApp hablando de esta noche! —exclama y me mira con los ojos bien abiertos.

—Comentó que saldrá. —Me encojo de hombros.

—Sí, y usó unos emojis muy sugerentes que dan a entender que tiene una cita. No me digas que no lo pensaste también.

—Claro que sí. Estoy segura de que todas entendieron lo que insinuó.

—Nadie le respondió porque todas piensan lo mismo: es de cretina. —Hierve de rabia—. Ella sabe que estás en el grupo. Sabía que te dolería. Lo hizo igual. Lo que me lleva a mi primera pregunta: *¿Es una puta broma?*

Jugueteo con el dobladillo de mi camiseta y me miro las manos.

La culpa es mía. No debería haberme enganchado con alguien del equipo. Obvio que saldría lastimada. Reparé en Hayley Ashton enseguida. Sería imposible *no* reparar en Hayley. Es alta y de una belleza impresionante, con pelo oscuro rizado y abundante, ojos color café intenso y labios bien carnosos. Es una estudiante de segundo año que juega en el equipo desde el año pasado, es simpática, segura de sí misma y me lanzó una amplia sonrisa cuando el DT nos presentó. En esa primera práctica, metí un par de goles; cuando terminamos, se acercó corriendo a decirle a Hendricks: «Esta chica tiene algo especial», y me guiñó el ojo. El corazón me dio un vuelco y sentí cómo me subía el calor al rostro. No pude pensar en nada ingenioso que decir.

Cuando me convertí en la capitana, tuve miedo de que algunas de las de segundo año pudieran enojarse porque las hubieran pasado por alto (esta temporada no hay chicas de tercero en el equipo, así que la mayoría somos de primer y segundo año), pero Hayley se aseguró de que me sintiera cómoda enseguida: me organizó una fiesta sorpresa en uno de los bares locales para que pudiéramos celebrar mi posición con todo el equipo.

«Todas sabíamos que tenías que ser tú», me dijo esa noche, acercándose para que la oyera por encima de la música y deslizando su mano suave y cálida por mi brazo. «Eres única, Sadie. Y tenemos toda la fe en que nos llevarás a otra victoria este año».

Se me había puesto tan cerca que apenas podía respirar.

Sabía que tenía que quitármela de la cabeza. Era poco profesional, y yo no podía andar distraída en la cancha con una de mis jugadoras. Yo era la capitana. Tenía que ser responsable. Pero me atraía demasiado y, cuando me hizo saber que sentía lo mismo que yo, me fue imposible resistir la tentación. Al principio, acordamos mantener lo nuestro en secreto. Mientras que yo no ocultaba mi bisexualidad, ella jamás había besado a una chica y quería tomarse el tiempo de procesar sus sentimientos, además de que las dos sabíamos que el asunto quizá no fuera bueno para la moral del equipo. Por suerte para mí, al final ella no tardó tanto en procesarlo y el equipo nos apoyó por completo; pasábamos tanto tiempo juntas cuando salíamos que tampoco les costó deducir lo que estaba pasando.

Resultó demasiado bueno para ser real. Al cabo de solo tres semanas, las cosas se empezaron a enfriar. Se volvió distante y seca, y luego, cuando le pedí explicaciones, se disculpó y dijo que quería que fuéramos amigas. Se justificó alegando que no había sido nada serio.

Tenía razón. Solo habían sido algunas semanas y nunca habíamos hablado de exclusividad. Nos estábamos divirtiendo. Yo no pensaba que hubiera algo más que eso. Pero, a veces, me había permitido creer que *podría* convertirse en algo más. Salir con alguien como Hayley era electrizante: es inteligente, escandalosa y divertida; todos se vuelven para mirarla adonde quiera que vaya. Que te deje alguien como Hayley es un tormento: ella es el centro de atención, el alma de la fiesta, la luz que atrae a la gente, mientras que yo tengo que ocultarme en las sombras y observarla como los demás.

Sé que fue incómodo para el equipo, pero, después de que nos separamos, me aseguré de que mi actitud no cambiara en la cancha y de seguir sonriendo y actuando con total normalidad cerca de ella cuando salíamos todas juntas. Cuando coqueteaba con chicos delante de mí, me reía de las miradas compasivas de las demás y les aseguraba que no tenía importancia. ¡No había sido más que una aventura!

He sido demasiado convincente. Hayley está feliz de presumir su ocupada vida romántica frente a mí cada vez que quiere. En todo caso, me motiva más a concentrarme solo en el fútbol.

—Sadie —llama mi atención Jade ahora, y el entrecejo se le arruga de preocupación—, ¿estás bien? Es muy injusto de su parte; haber mandado ese mensaje...

—Te dije que estoy bien —enfatizo, tratando de sonar indiferente —. Hayley y yo terminamos. Está en todo su derecho de salir con otras personas.

—Pero no hay necesidad de que lo ponga en el grupo. Eso es… cruel.

—Solo es cruel si piensa que me lastimaría, y yo le he dicho que la superé. Así como ella me superó a mí. —Trago el nudo que tengo en la garganta—. Vamos, Jade, salimos tres semanas. No es que haya sido gran cosa.

—Pasaron juntas todas las noches durante tres semanas y en la universidad eso es como una relación de tres años —replica con arrogancia—. Mira, entiendo que quieras restarle importancia y hacerte la fuerte con el resto del equipo, pero quiero que sepas que, si necesitas hablar del tema, puedes hacerlo conmigo. Llorar por ella, despotricar contra ella, arrojarles cosas a fotos de ella… Con lo que sea que te haga sentir mejor, te acompañaré.

—Gracias. —Sonrío—. Pero no hay nada que decir. Está soltera. Yo estoy soltera. Somos amigas y compañeras de equipo. Y listo.

—No sé por qué te gustaba, para empezar. —Jade arruga la nariz —. Entiendo que es linda, pero es tan egocéntrica que es desagradable. Hace que Narciso parezca modesto.

—¡Jade! —Largo una carcajada—. ¡No puedes decir eso!

—Puedo decir lo que se me cante —me contradice, y se aparta el pelo hacia atrás con un movimiento rápido—. No es tan impresionante como ella se cree, y tú debes dejar de endiosarla. Puedes conseguir a alguien muchísimo mejor.

—Seguro —respondo, sarcástica.

—¿Te has visto? —me dice arqueando una ceja—. Un bombón escocés de cabellos como llamaradas.

—Ay, cállate. —Levanto un bolígrafo del escritorio y se lo lanzo.

—Te lo probaré. —Se ríe, lo esquiva y me lo arroja. Lo atajo con la mano izquierda—. Sal con nosotras esta noche y sé testigo de cómo se babean tus fans. Puedes usar el vestido que me compré la semana pasada, que es un espectáculo e irá increíble con tu pelo y con el cuerpo que tienes, tan tonificado que no se puede creer.

—Pensaba entrenar un poco esta noche —admito, echándole un vistazo a la pelota que yace en la esquina de mi habitación—. El equipo tiene mucho en juego esta temporada. Si ganamos el Campeonato de la Asociación de Deportes de Universidades Británicas, entonces…

—Pasaremos a la historia como el primer equipo en salir campeón de la Primera División Norte Femenina tres años seguidos, bla, bla, bla —me interrumpe, poniendo los ojos en blanco—. Sí, gracias, capitana McGrath, estuve ahí las diez millones de veces que Hendricks mencionó lo del Torneo de la ADUB. Es una noche, Sadie. Vamos, me abandonaste todo un fin de semana. Me debes una salida.

—Está bien —suspiro—. Solo por ti.

—¡Sí! —exclama, se levanta de la cama a toda velocidad y se lanza hacia mí en un abrazo—. ¡Que vengan los bomberos, que hoy sales hecha un fuego! No te arrepentirás.

CAPÍTULO TRES

La noche tiene un comienzo prometedor. Jade actúa con determinación: no se midió a la hora de servir los tragos mientras nos alistábamos en su dormitorio escuchando Beyoncé a todo volumen, y las dos partimos rumbo al bar Osbournes un poco entonadas y de muy buen ánimo.

Me inquietaba usar el vestido negro, escotado y entallado de Jade, que es divino pero diminuto; sin embargo, los tragos me habían dado el empujoncito de confianza que necesitaba para ponérmelo y aceptar de buena gana la cantidad de piel que dejaba a la vista. Terminé combinándolo con mis botas negras de caña baja y tacón cuadrado y con un abrigo de cuero. Algunas de las chicas de fútbol ya estaban en Osbournes y, gracias a que Jade había anunciado nuestros planes en el grupo de WhatsApp, nos estaban esperando con una elegante botella de *prosecco*. Disfrutamos de nuestras bebidas sentadas con el grupo, charlando y riendo. En un momento, la música se pone demasiado buena como para ignorarla y empezamos a bailar.

La estoy pasando tan bien que me olvido de que Hayley está en una cita, hasta que aparece con él de escolta.

—No lo puedo creer —comenta Amy, atónita, y le clava la mirada mientras Hayley se abre paso hacia nosotras a través de la multitud —. ¿Ese es *Dylan*?

Dylan Carson. El estudiante de segundo año que es arquero y capitán del equipo de fútbol masculino de la universidad, además de un notorio idiota y arrogante. Su seguridad no está tan fuera de lugar: con el pelo rubio peinado hacia atrás, los ojos azules penetrantes y los pómulos marcados, parece salido de una sesión de

fotos de Abercrombie & Fitch; pero su tema de conversación favorito es él mismo y usa las camisas una talla más pequeña a propósito, para mostrar los músculos.

—Admito que estaría con él —me dijo Jade una vez, comiéndoselo con la mirada mientras Dylan se quitaba la camiseta y la hacía girar por encima de la cabeza para festejar un gol, en una de nuestras sesiones conjuntas de entrenamiento—. Pero, después, me odiaría a mí misma.

Con las manos entrelazadas, Hayley conduce a Dylan en nuestra dirección, con una sonrisa presumida y haciendo ojitos. Se sueltan para saludar a sus respectivos grupos. Dylan se precipita hacia un conjunto cercano de chicos y Hayley abraza con entusiasmo a algunas de las chicas. Mientras charla con Amy, alza la vista, me ve, me sonríe como saludándome y luego desvía la mirada hacia Dylan. Él se la devuelve y le lanza un guiño, gesto que advierten sus amigos y que provoca una ronda de bromas despiadadas.

—Dylan Carson —me dice Jade al oído, y se nota que no está impresionada—. Veo que Hayley bajó de categoría.

—Está bueno —remarco, y me bebo lo que me quedaba en el vaso.

—Lo está haciendo por despecho —insiste—. Se habrá aburrido de él para cuando termine la noche.

Hayley y Dylan no parecen aburrirse en lo más mínimo; de hecho, se los ve totalmente prendados el uno del otro. Se pasan todo el rato entre susurros, risitas, besos y pasos de baile. Yo trato de no mirarlos para nada, pero ellos no ponen de su parte: en un momento, se están besuqueando con tanta pasión que se caen hacia atrás y se tropiezan conmigo, me hacen chocar a Jade y a ella se le derrama el trago.

—Te traeré otro —me apresuro a ofrecer cuando advierto su expresión de furia, mientras los otros dos se alejan con tranquilidad, ni enterados de lo que acaba de ocurrir. Le muestro mi vaso también vacío—: De todos modos, estaba por ir a la barra.

Me incorporo a la multitud que se agolpa en la barra; otros me empujan, intentando abrirse paso hasta adelante; de a poco, avanzo arrastrando los pies, mientras los pobres chicos detrás de la barra

corren de un lado para el otro tratando de dar abasto con la afluencia constante de pedidos. Cuando por fin llego adelante, hago lo posible para meterme en un hueco angosto y afirmar los codos en la barra para afianzar mi posición, me pongo de puntillas e intento desesperadamente que alguno me mire.

Una de las chicas detrás de la barra termina de servir un trago, me ve y se inclina hacia mí. Estoy abriendo la boca para pedir cuando un chico llega dando empujones hasta el hueco diminuto que quedó a mi lado y, con el codo, desplaza el mío.

Grita su pedido con acento estadounidense. Le guiña el ojo a la camarera y le da las gracias.

Observo boquiabierta cómo la muchacha se sonroja con su mirada y se pone de inmediato a trabajar en su comanda. Le clavo el dedo en el hombro a él.

—Eh, disculpa —voceo por encima de los bajos que retumban—. ¡Estaba yo primera!

—Lo siento —responde, me mira de arriba abajo y sonríe—. No tengo idea de cómo no te vi… Una chica como tú destaca.

Entrecierro los ojos.

Okey, puedo entender por qué ese tipo de encanto poco creativo funcionaría con la mayoría de la gente. Él está buenísimo: es alto y musculoso, tiene la mandíbula afilada como un cuchillo y los ojos de un marrón oscuro intenso. Le voy a perdonar a la chica de la barra el desliz de haberlo atendido primero. Pero no lo perdonaré a él por quitarme el lugar solo porque es atractivo y lo sabe. Las muestras públicas de cariño entre Hayley y Dylan, sumadas al tiempo que me pasé haciendo la fila, me tienen menos que generosa.

—Por favor —murmuro frunciéndole el ceño—. Yo estaba primera, no deberías haberte adelantado. Es una cuestión de educación.

—Guau. Alguien está teniendo una mala noche. ¡Estamos en un bar, pasándola bien! Relájate.

¿Vieron cuando una está enojada y lo PEOR que puede hacer alguien es decirle que se relaje?

—¡La estaba pasando bien hasta que te metiste tú! —espeto, y con el codo le doy un golpe enérgico en el suyo para recuperar mi espacio en la barra, lo que hace que se le resbale el brazo.

—Uf, y se supone que los ingleses son encantadores —musita. Giro lentamente y lo fulmino con la mirada.

—No soy inglesa —mascullo.

No se inmuta ante mi expresión colérica y se encoge de hombros.

—Lo siento. Me cuesta oírte. —Empieza a mover la cabeza al ritmo de la música—. ¿No te encanta esta canción? Ah, aquí viene. —Le dedica una sonrisa encantadora a la chica del bar, que le pasa sus vodkas y luego coloca en fila los vasos de chupito, en los que sirve el tequila con gesto teatral—. Gracias, linda.

—Puaj. —Hago una mueca—. *Linda.*

—No eres fan del «linda». —Me echa una ojeada levantando las cejas.

—Nadie lo es. Es paternalista, es de confianzudo y es un uso típico del lenguaje como instrumento de poder para poner a las mujeres en su lugar.

—Ah, ¿sí? —Divertido, levanta apenas la comisura de los labios—. De donde yo vengo, es una expresión cariñosa.

—Claro, y a esta mujer la conoces, ¿no? —Señalo a la chica que está de pie detrás de la barra—. ¿Es alguien con quien estás encariñado?

—Tal vez podríamos encariñarnos. —La mira fijo con una amplia sonrisa. Ella se ruboriza y suelta una risita.

—Por el amor de Dios —rezongo por lo bajo y pongo los ojos en blanco.

—Hagamos así, para disculparme por mi actitud ignorante y sexista, y por ser mejor que tú para llegar hasta delante de la fila, deja que pague tu ronda —propone—. ¿Qué ibas a pedir?

—No, gracias —niego con la barbilla en alto—. No necesito tu ayuda para que me sirvan.

—Vamos, no hace falta que te pongas testaruda —suspira, mientras la chica espera con la terminal de pago en la mano, mirándonos alternadamente—. ¿Qué vas a pedir?

—Dije que no necesito tu ayuda —repito con tono severo.

—Bueno. —Extrae su tarjeta de crédito—. Como quieras. ¿Cuánto me va a doler?

Ella le pasa el aparato y él tiene que mirar dos veces el número.

—Esto no está bien. —Frunce el ceño—. Es demasiado barato.

—Los chupitos los invita la casa —le explica ella, y le hace ojitos.

—Bueno, muy amable de tu parte —agradece él, apoya la tarjeta en el dispositivo y se lo devuelve, luego añade sin disimular—: Es bueno saber que hay personas amables aquí, en Inglaterra.

Aprieto los labios, lo ignoro y mantengo la vista fija en la chica.

—¡Oye, Dylan! —grita él por sobre el hombro—. ¿Me ayudas con esto?

Pero por supuesto que es amigo de Dylan Carson. Tiene sentido que los imbéciles se junten. Cuando le ha pasado los tragos a Dylan, y mientras toma los que quedan, gira y me dice alegremente:

—¡Suerte!

—No necesito suerte —replico, altanera, pero no me oye.

Ya ha zigzagueado a través de la multitud y regresado a la pista de baile. Mientras tanto, la chica de la barra se ha desplazado hasta la otra punta y ahora está ocupada atendiendo a otra persona. Rechino los dientes, frustrada, y todo empeora cien veces más cuando, más tarde, cruzo miradas con El Estadounidense mientras se dirige al baño. Yo sigo esperando a que me atiendan. Me muestra un pulgar hacia arriba y luego, riéndose a carcajadas, desaparece por la puerta.

Lo odio.



—Muy bien, ¡vengan! —grita Hendricks, nuestro director técnico, gesticulando con las manos para que nos acerquemos a la línea de banda. Allí está de pie junto a Nevile, la directora técnica del equipo masculino de fútbol.

Es el inicio de nuestra primera sesión de entrenamiento del trimestre, y ya hace cuarenta minutos que estoy acá practicando penales. Hendricks llegó justo antes que el resto y no dijo nada:

simplemente se quedó en la banda con los brazos cruzados, mirándome patear y estudiando mi técnica. Parecía satisfecho y, a medida que otras integrantes del equipo iban llegando al campo, las mandaba a acompañarme mientras esperábamos a los demás; así, le indicó a nuestra arquera, Maya, que se colocara en posición, y le pidió a Amy, delantera como yo, que practicara penales conmigo. Maya atajó dos de los de Amy y ninguno de los míos.

Meto la pelota en el ángulo superior derecho de la red, choco los cinco con Amy y corremos hacia el DT mientras Maya alza la pelota entre las manos y trota detrás de nosotras.

—Mierda, Sadie, ¿qué pasó el fin de semana? —Se ríe por lo bajo y me da una palmada en la espalda mientras nos acercamos al grupo—. Nunca vi a nadie tan concentrada. Los otros equipos de la liga no tienen chance.

La sonrisa se me desvanece cuando noto que Dylan y Hayley están frente a mí, que él tiene la mano en el culo de ella y se lo pellizca. Ella suelta una risita, se la quita de un manotazo y susurra: «¡Dylan!».

Aunque en general entrenamos por separado, cada tanto, a Hendricks y a Nevile les gusta que los equipos principales masculino y femenino practiquen juntos. Suele ser muy satisfactorio, dado que, si jugamos partidos amistosos, les ganamos la mayoría de las veces. Mientras que el equipo femenino de la universidad está primero en la tabla del torneo, nuestra contraparte masculina enfrenta el descenso.

—Bien, han llegado casi todos, así que empecemos —anuncia Hendricks con voz áspera, y se pasa una mano por el pelo rapado mientras su colega revisa su iPad—. Dos vueltas a la cancha y luego armaremos todo para los ejercicios. Si vemos a alguien holgazaneando o chismeando, les aviso que ese alguien gozará de diez vueltas completas más al final de la práctica. —Palmea y nos sobresalta—. ¡Andando!

No se juega con el DT. Ancho de hombros y musculoso, no esboza nunca una sonrisa, y la voz grave y ronca con la que habla da escalofríos. Mientras todo el mundo se arroja a iniciar la primera vuelta, Hendricks me llama.

—¿Sí? —pregunto al acercarme.

—Dependemos de ti para ayudarnos a poner en forma a los dos equipos, Sadie —declara, mirando cómo el grupo avanza por el costado de la cancha—. Hay margen de mejora en tu equipo, y el masculino necesita motivación. El capitán… Bueno, digamos que era el menos malo.

Mira con los ojos entrecerrados a Dylan, que le da una palmada en el trasero a Hayley cuando le pasa por al lado. Ella lo riñe, echa una carrera y lo rebasa con facilidad. Lo observamos tratar de alcanzarla con desesperación, en vano. Hago una mueca.

—¿Qué necesita que haga? —suspiro.

—Te avisaré. Estoy ideando un plan. Y puede que el equipo masculino haya tenido un golpe de suerte. Tienen un jugador nuevo que promete.

—¿Se anotó alguien a esta altura del curso? —Arrugo la frente, confundida.

Nevile se acerca para unirse a la conversación y asiente con la cabeza.

—Vino a hablar conmigo hace unos días y lo hice probarse. Es bueno, tiene mucho potencial, así que pensé que no nos perjudicaría darle una oportunidad. Hoy veremos si puede seguirles el ritmo.

—No veo a nadie nuevo —objeto, escudriñando el terreno.

—Ahí viene —dice ella, echando un vistazo por encima del hombro hacia los vestuarios—. Se llama Arlo Hudson. Se mudó desde el otro lado del charco.

Cuando me doy vuelta, lo reconozco al instante: el imbécil de Estados Unidos que estaba en el bar la otra noche. Viene trotando hacia nosotros y la mirada se le desvía de los dos entrenadores y cae sobre mí. Noto que intenta ubicarme, se va acercando y, de repente, se da cuenta. Se le ve el desencanto en el rostro.

Esto será interesante.

CAPÍTULO CUATRO

—Qué bueno que hayas podido venir, Arlo. —Nevile mira la hora —. La sesión empezó hace cinco minutos. Te costará cinco vueltas extra.

—¿Es en serio? Me perdí buscando el centro deportivo. El campus es un laberinto —justifica Arlo con las manos en las caderas.

—Por cuestionarme, seis vueltas —responde ella con el ceño fruncido mientras Hendricks le clava una mirada intimidatoria al chico—. ¿Quieres que sean siete?

—No, señora —dice al negar con la cabeza.

—Bien.

—Ella es Sadie McGrath —interviene Hendricks, y me señala—, la capitana del equipo femenino. Cualquier duda que tengas sobre cómo funcionan las cosas aquí, pregúntale a ella.

—¿No le pregunto al capitán del equipo masculino, señor?

—Puedes intentar —comenta el DT, burlón—. Bueno, andando, los dos. Dos vueltas al campo y luego empezaremos con algunos ejercicios de precalentamiento.

—Veremos si estás a la altura, Hudson —añade Nevile.

Se quedan los dos discutiendo las estrategias que tiene la entrenadora en su iPad, y yo empiezo a trotar; pronto lo tengo a Arlo al lado mío.

—Nos volvemos a encontrar —comenta, y me sigue el ritmo.

—Qué suerte la mía.

—Sadie. Qué hermoso nombre.

—Gracias.

Acelero un poco, pero no logro quitármelo de encima. Con fastidio, noto que se mantiene junto a mí. Me fuerzo a ir más rápido.

—¿Cómo estuvo tu noche en Osbournes? —pregunta, y la respiración se le empieza a entrecortar.

—Estupenda, gracias. ¿La tuya?

—Me arrepentí de esos chupitos a la mañana siguiente.

—Me imagino.

—Tendrías que haberme dejado pagarte el trago —insiste—. Nos habríamos puesto a charlar y habríamos descubierto lo que tenemos en común.

—¿Qué te hace pensar que tenemos cosas en común? —suelto, y aumento la velocidad.

Me sigue el paso con el rostro crispado, y es evidente que este ritmo lo está empezando a incomodar. En circunstancias normales, no me exigiría tanto desde tan temprano, pero mi determinación a vencerlo alimenta mis capacidades.

—A los dos nos gusta el *soccer*, para empezar —señala.

—Fútbol —lo corrijo.

—Es lo mismo —refunfuña.

Cuando damos la primera vuelta, comienza, poco a poco, a quedarse atrás. Nuestros compañeros, que ya han terminado de correr, están organizando los conos y las pelotas para los ejercicios. Dylan levanta la vista cuando pasamos junto a él y exclama:

—¡Vamos, Arlo! ¡Tú puedes!

No es una carrera, es un calentamiento, pero parece que el gritito alentador del idiota de Dylan despierta la inevitable competitividad que existe entre los dos equipos y, apenas después del arrebato de él, Jade lanza:

—¡Vamos, Sadie, vamos!

Pronto estamos los dos corriendo a toda velocidad para darle la vuelta a la cancha mientras todo el mundo grita con todas sus fuerzas, el equipo femenino animándome a mí, el masculino, a Arlo. Hendricks nos observa, entre desconcertado y divertido por la carrera espontánea.

La hinchada le renueva el aliento a Arlo, que me vuelve a alcanzar, adelantándose de a poco en un intento lastimero de rebasarme. Es rápido, pero yo soy más rápida. En todo caso, la competencia me ayuda a sacar nuevas energías. Mis piernas se mueven con más

fuerza; mis brazos bracean con más velocidad. Cuando doblamos la esquina y entramos en la recta final, alargo con facilidad la distancia que nos separa y termino primera en la línea de llegada; mi equipo me salta encima, me da palmadas en la espalda y festeja mientras los chicos emiten quejidos de desilusión y niegan con la cabeza.

Giro para ver llegar a mi competencia. Cuando frena y se dobla hacia delante para recuperar el aliento, yo regulo, a mi vez, la respiración con una sonrisa triunfante.

—Muy entretenido —comenta Hendricks, inexpresivo—. Espero que hayan guardado suficiente energía para el resto de la práctica, par de idiotas. Hudson, reservaremos para la próxima sesión las cinco vueltas extra que te ganaste por tu falta de puntualidad. ¿Por qué no veo a nadie alineándose para los ejercicios?

Espera a que todo el mundo se ponga en acción y a que Nevile se aleje para acercárseme al oído y agregar en voz baja:

—Bien hecho, McGrath.

—Gracias —respondo, altanera.

Arlo se endereza con una mueca de dolor, se sujeta el costado y me mira enfurecido.

Hoy los entrenadores no se compadecen de nosotros; se siente la presión de la primera fecha, que es inminente. La práctica es agotadora y, para cuando iniciamos un partido amistoso para cerrar el entrenamiento, estamos todos exhaustos. A veces mezclan los equipos, pero hoy nos ponen a las mujeres contra los hombres, y ganamos por goleada. El estadounidense juega de nueve, pero se encuentra con muy poco para hacer, gracias a que, la mayor parte del tiempo, la posesión de la pelota la tenemos nosotras.

En un momento, uno de sus mediocampistas le pasa la pelota, pero, cada vez más presionado por Jade, Arlo ignora los gritos de sus compañeros para que se la pase a Michael, otro delantero, y, en su lugar, dispara al arco. Es un riesgo enorme desde donde se lo mire. Nadie se sorprende cuando la pelota sale de la cancha a, por lo menos, un metro del arco.

—¡Pero la puta madre! ¿Qué tiene en la cabeza? —exclama Dylan desde su arco, la cabeza enterrada en los guantes.

Es difícil reprimir una sonrisa soberbia.

Amy y yo nos complementamos como delanteras, y estas últimas semanas hemos trabajado rigurosamente en entrenar nuestra coordinación perfecta con las mediocampistas: Hayley, Alisha, Quinn y Ella; nos enfocamos en crear jugadas peligrosas que penetren la línea de defensa. Tal y como practicamos, Amy hace un pase perfecto al área para que yo remate. Justo cuando la pelota pasa volando por sobre la cabeza de Dylan y golpea el fondo del arco, Hendricks toca el silbato.

—Cuatro a cero —concluye, y todos corremos desde el campo para agruparnos alrededor de él y de Nevile, que está de pie a su lado con la boca fruncida, escudriñando los rostros abatidos de su equipo.

—Vayan, y la próxima sesión no nos hagan perder el tiempo. Vengan con todo lo que tienen.

Empezamos a salir de la cancha y enfilar para los vestuarios, y entonces Hendricks ladra:

—¡McGrath! ¡Hudson! Quédense un momento. Queremos hablar con ustedes.

Me freno en seco, y casi hago que Hayley se choque conmigo.

—Oye —dice ella, echándole un vistazo a Arlo—, ¿qué pasa contigo y el chico nuevo?

—¿A qué te refieres?

—Hendricks no para de llamarlos para hablar —comenta.

—En realidad, no. Solo nos presentó, y no tengo idea de qué quiere decirnos ahora.

—Pero si ya se conocían. Conversaron en Osbournes. —Arruga el entrecejo—. Arlo dijo que quiso invitarte un trago. —Vacilo y la observo con curiosidad. Antes de que yo pueda responder, añade con rapidez—: Tienes razón. No es tema mío. En fin, qué buen partido el de esta tarde. Estás… Eh… Estás jugando mejor que nunca.

—Hola, linda —la saluda Dylan, que aparece por detrás de su hombro, me lanza una mirada rápida y luego frota la nariz en el cuello de la chica, que no creo que huela tan bien después de un entrenamiento intenso, pero bueno—. ¿Te duchas conmigo?

Ella le da un manotazo juguetón, luego esboza una sonrisa.

—Me tengo que ir. Nos vemos luego, Sadie —se despide, y se pasea en dirección a los vestidores mientras Dylan la toma de la cintura y, a juzgar por las risitas de ella, obviamente dice algo graciosísimo.

Mientras miro cómo el dúo se aleja caminando, se me acerca Jade, bebiendo largos tragos de su botella de agua.

—¿Y eso qué fue?

—No estoy segura. Quería saber qué pasaba conmigo y Arlo.

—Ah. —Mi amiga niega con la cabeza con una sonrisa de satisfacción—. Aparecen los celos.

—¿Ella? ¿Celosa de mí? —Con un gesto, la señalo a ella y a Dylan, que se besan para luego separarse y encaminarse a los distintos vestuarios—. Prácticamente tienen sexo en la cancha enfrente de todo el mundo.

—Sip, por qué será —comenta Jade con sarcasmo, poniendo los ojos en blanco—. Quiere que reacciones.

—Ella rompió conmigo, ¿te acuerdas? ¿Por qué se tomaría ese trabajo?

—Porque está confundida. No quiere que estés con nadie más, y quiere asegurarse de que todavía la deseas. Necesita que le alimenten el ego todo el tiempo. Que tú la superes enseguida y estés con alguien más no está en sus planes.

—Sí, bueno, tampoco está en los míos, así que puede quedarse tranquila.

—Tal vez deberías incluirlo en tus planes —sugiere, y los labios se le curvan en una sonrisa maliciosa—. Un par de charlas con el bombón del chico nuevo y Hayley se ha puesto como loca. Piensa en lo que podrías hacer si empezaras a salir con alguien de verdad. La tendrías rogándote que vuelvan en —chasquea los dedos— nada.

—¡McGrath! —vocifera el entrenador Hendricks desde donde espera con Arlo, y las dos nos sobresaltamos—. Más vale que tú y Grosvenor no me estén haciendo perder el tiempo por andar chismorreando.

—Discutíamos de táctica —asegura Jade.

—Bien por ustedes. Ahora lárgate, Grosvenor. —Me indica con la mano que me acerque.

—Me encanta su estilo directo —grita mi amiga y le lanza una sonrisa de oreja a oreja—. No cambie.

Él entrecierra los ojos, y Jade sale corriendo hacia los vestuarios, entre risitas. No hay muchas personas que tengan las agallas para hacerle bromas a Hendricks, pero Jade es una de ellas. No le teme a nadie y la adoro por eso.

Mientras camino hacia ellos, hago contacto visual con Arlo. Me fulmina con la mirada y la desvía rápidamente. Tiene el rostro salpicado de lodo, de cuando Jade le quitó la pelota de forma agresiva, y la camiseta pegada a la piel por el sudor, y se nota que lo último que necesita en este momento es una charla motivacional. Esperamos en silencio mientras Nevile discute algo con Hendricks, le señala algo en el iPad y él asiente con la cabeza. Por fin, el hombre gira para dirigirse a nosotros.

—Gracias por quedarse —empieza, frotándose la barbilla con los dedos, pensativo—. Queríamos proponerles algo a los dos.

Le echo un vistazo a Arlo. Parece tan confundido como me siento yo.

—Hudson, está claro que eres un futbolista talentoso —declara la entrenadora Nevile—. Eres rápido y compensas la falta de destreza técnica con energía. No tienes mucha disciplina. Y corres *muchos* riesgos.

—Y que lo diga —murmuro, y pateo el suelo con la punta del zapato.

Pienso que estoy hablando conmigo misma, pero, cuando alzo la vista, me encuentro con que los tres me están clavando la mirada. Me sonrojo y aprieto los labios. Hendricks ladea la cabeza y me mira con curiosidad.

—Podrías aprender algo de eso, McGrath —comenta.

Parpadeo, estupefacta. De repente, Arlo no luce tan abatido. Es más, los labios se le curvan en una sonrisa triunfal. El calor se propaga por mi rostro al tiempo que lucho contra la vergüenza y el enojo.

—Entrenador… —comienzo; me pregunto si está haciéndome un chiste.

—Creemos que sería una buena idea que tuvieran sesiones de entrenamiento particulares —me interrumpe y va directo al grano—. McGrath, ¿qué pensarías de enseñarle un poco a Hudson algunas horas por semana?

Arlo se queda boquiabierto. Yo estoy patitiesa y no puedo hablar.

—No habla en serio —tartamudea el chico con una media sonrisa, como si no hubiera entendido la broma pero supiera que está por algún lado. Recurre a Nevile—: No puede ser. ¿Quieren que ella *me entrene*?

—Sí —responde ella, cortante—. Con su ayuda, tendrás grandes probabilidades de convertirte en un jugador decente y cambiar la suerte del equipo masculino. ¿No te parece, McGrath?

—No tengo tiempo de entrenar a otros —señalo, mirándolos a los dos con incredulidad—. Debo concentrarme en mí.

—¿Me estás diciendo que no crees que uno mejora sus propias habilidades y técnica con un compañero de entrenamiento? —reflexiona Hendricks, y me mira alzando las cejas—. ¿Quieres que te sea sincero, McGrath? —Agita el dedo señalando a Arlo—. Este muchacho tiene potencial para ser un jugador brillante, y pienso que un poco de sana competencia podría impulsarte a ti a ser aún mejor. Ni hablar de que podrías aprender algo de él sobre la marcha.

Suelto una risita burlona.

—¿Y el chiste cuál es, McGrath? —pregunta Arlo cruzándose de brazos.

—Nada, que es muy gracioso imaginar que podría aprender algo de ti —le respondo, y luego me vuelvo hacia Hendricks—. No puede pedirme esto. No quiero perder el tiempo con alguien que no va a tomárselo en serio.

—¿Quién dijo que no me lo tomaría en serio? —interpone Arlo, mirándome furioso.

—Te observé hoy en la cancha y te rehusaste a escuchar a tus compañeros, corriste riesgos que no valían la pena y, las pocas veces que te llegó, casi no pasaste la pelota —enumero—. Es evidente que no sabes jugar en equipo.

—Ah, ¿sí? Yo también te estuve observando, McGrath. Eres muy aburrida —retruca.

—¿Perdón? —Tomo aire con fuerza y avanzo un paso hacia él.

—Ya me oíste —contraataca, avanzando también y acortando la distancia que nos separa—. Planeas y ejecutas todo sin ningún estilo personal. Sí, sabes meter goles, pero ¿puedes hacerlo con estilo propio? No.

—¿Sabes qué? Qué descaro tienes para…

—Bueno, ya basta —nos ordena Hendricks, y, agitando las manos entre los dos, nos obliga a retroceder. Ninguno rompe el contacto visual; somos muy tercos como para ser los primeros en desviar la mirada—. Pueden perder el tiempo con su peleíta, pero algunos somos adultos. Miren, esta es la propuesta, simple y clara: McGrath te entrena un par de veces por semana, Hudson, y tú escuchas todo lo que ella te diga y te centras en progresar. Le dijiste a Nevile que el fútbol es muy importante para ti… Esta es tu oportunidad para demostrarlo. —Arlo baja la vista y se mira los pies. Hendricks gira hacia mí—: McGrath, tú estarías aquí entrenando sola de una u otra forma, así que no te cambia en nada hacerlo con alguien. Puedes afinar tu propia técnica, practicar distintas formaciones, quizá se te ocurran ideas nuevas y creativas. Ayudándolo a él a mejorar, mejorarás tú también. Ganan todos.

Habiendo concluido su monólogo, da unas palmadas.

—Entonces, ¿qué dicen?

Es una pésima idea. Esta persona creída, displicente y exasperante es una de las últimas que hubiera elegido como compañera de entrenamiento, y la idea de que vaya a escuchar una palabra de lo que yo le diga me resulta ridícula. Está claro que piensa que se las sabe todas.

Pero, a pesar de mis reparos, estoy tentada por la propuesta.

No solo porque puede que el DT tenga algo de razón en que, de una u otra forma, pasaría mi tiempo libre en el campo de juego, por lo que un compañero de entrenamiento, en realidad, me vendría bien; sino que, además, está lo que dijo Jade sobre los celos de Hayley. Me guste o no, Arlo tiene muchas cualidades. A pesar de la personalidad desagradable, la técnica descuidada y la falta total de mentalidad de equipo, noté que varias de las jugadoras no le quitaban los ojos de encima más temprano. Bastaron dos charlas

con él en la práctica de hoy para que Hayley hiciera preguntas. Es de imaginar cómo reaccionará al enterarse de que le estoy dando sesiones privadas de entrenamiento dos veces por semana al nuevo bombón de Estados Unidos.

Antes de que pueda ordenar mis pensamientos, habla Arlo.

—Está bien. —Suspira hondo, con los ojos oscuros clavados en los míos—. Si estás dispuesta a dedicarle tu tiempo, acepto. Podría ser útil obtener algo de… orientación.

—Okey —me descubro asintiendo—. Hagámoslo.

—Excelente. —Hendricks alza la mirada al cielo—. Al final, lo lograron. Estoy orgulloso de los dos.

—¿De verdad? —Arlo se anima.

—No —replica Hendricks, mirándolo con hostilidad. Nevile se esfuerza por disimular una risita—. Presenciar esta discusión tan patética hizo que me cuestione todas las decisiones de vida que me trajeron hasta este momento. Ahora, vayan a cambiarse antes de que me arrepienta y los mande a dar dos vueltas más por matarme de aburrimiento.

No necesita decirlo dos veces; nos alejamos de la cancha trotando, de regreso al edificio.

—Sadie, espera —me frena el chico cuando estoy llegando a la puerta del vestuario de mujeres—. ¿Estás segura de esto? Creo que, si queremos que salga bien, tenemos que comprometernos al cien por ciento. Si no, no tiene sentido, ¿no?

—Cierto —concuerdo—. No habrá problema.

—Okey, gracias —dice asintiendo con la cabeza—. Te agradezco que hagas esto por mí.

—No te preocupes —le aseguro, le doy la espalda y empujo la puerta—. No lo hago por ti.

CAPÍTULO CINCO

Llega tarde. Hace diez minutos que estoy practicando penales cuando Arlo se digna a aparecer en el campo y camina hacia mí sin prisa alguna. Cuando volví de la sesión de entrenamiento de ayer, me quedé hasta el anochecer planificando la clase.

Y el imbécil ni se toma la molestia de ser puntual.

—Hola —saluda, y se acerca mientras apoyo la pelota con cuidado a algunos centímetros a la izquierda del punto penal.

—Creí que habías dicho que querías comprometerte al cien por ciento —comento con frialdad, alejándome unos pasos de la pelota sin dejar de mirar al arco.

—Y quiero —replica, indignado.

—Llegar tarde no da esa impresión.

—Ay, Sadie. —Suspira—. Fueron unos minutos.

—Si tu compromiso fuera genuino, habrías llegado temprano.

—Me demoré hablando por teléfono con mi mamá —explica con cansancio—. No siempre coincidimos, por la diferencia horaria, entonces, no puedo cortarle tan rápido las llamadas. No es tan grave, ¿no?

—Es una falta de respeto —respondo, bajo la vista a la pelota y luego vuelvo a mirar al arco.

—¿Te tomas todo tan a pecho? —pregunta secamente.

—Me tomo a pecho que alguien me haga perder el tiempo cuando estoy tratando de ayudarlo.

—Fueron unos minutos —ahora suena irritado—. Y ¿me haces el favor de patear y ya, antes de que nos muramos de viejos? Me estás matando.

Exhalo y apunto una última vez, para luego avanzar a pasos largos.

—Ángulo superior derecho —murmura Arlo justo cuando pateo.

La pelota golpea el ángulo superior derecho de la red. Giro y lo miro con el ceño fruncido, con las manos en las caderas.

Se le dibuja una sonrisa en los labios.

—Te lo dije. —Se encoge de hombros—. Eres un libro abierto. Para mí y para un buen arquero. Deberías tratar de ser un poco menos predecible.

—¡No soy predecible! —me pongo a la defensiva.

—Piensas todo demasiado y vas a lo seguro —resopla, burlón—. Te veo analizando todos los desenlaces posibles mientras tratas de decidir. Solo tienes que patear la pelota, McGrath.

—No vine a que me des consejos, muchas gracias —declaro, cortante y furiosa porque adivinó mi jugada. Tuvo suerte—. Deberías precalentar. No quisiera que te lastimaras cuando te ponga a prueba.

—Uf. No veo la hora —dice, y, guiñándome un ojo, sale trotando a darle la vuelta a la cancha. Pongo los ojos en blanco.

Dios. Qué IDIOTA que es.

Mientras espero a que complete la vuelta, formo un cuadrado con cuatro conos y paso el tiempo haciendo jueguitos con la pelota. Llegado un momento, se acerca y empieza a elongar. Cuando está estirando el hombro, se me escapa una ojeada a los músculos tonificados de sus brazos, y mi pie le erra a la pelota, que rebota y se aleja rodando con lentitud por el césped. Me apresuro a perseguirla y levantarla, y Arlo suelta una risita.

—¿Te gustó algo de lo que viste, McGrath?

—En tus sueños, Hudson —respondo, hosca.

—Ohh, ¡ahí estarás! —Sonríe ampliamente.

Le lanzo la pelota con algo de fuerza. Alza las manos justo a tiempo para atraparla y evitar que lo golpee de lleno en el rostro.

—Vamos a empezar con un ejercicio básico para mejorar la gambeta —le informo, y señalo los elementos que dispuse sobre el césped—. Es un buen calentamiento, y maniobrar entre los conos mejora el control de la pelota y el juego de pies.

—¿De verdad? —No está impresionado—. Sé cómo mover la pelota, Sadie.

—Por lo que vi, eres impreciso en el dribleo.

—Hacía mucho que no jugaba en serio.

—¿Quieres mejorar o no? —me impaciento—. Nevile me pidió que trabajara en tu concentración y tu precisión, así que eso es lo que vamos a hacer. Si no te gusta, entonces, se lo puedes decir y yo dejo encantada estas prácticas extra.

—Mira, no es que no valore lo que intentas hacer. —Lanza la pelota al aire y la atrapa—. Es que pensé que íbamos a practicar penales, tiros de esquina, tiros libres y eso. No los ejercicios aburridos que les mandan a hacer a los de preescolar. La entrenadora quiere que sea el delantero principal del equipo, ¿no? Creo que un mejor uso de nuestro tiempo sería que tú fueras al arco y yo pateara.

—Arlo, ¿cuántas oportunidades de gol tuviste la otra vez? —pregunto luego de soltar un suspiro hondo.

—No sé. —Se pone la pelota debajo del brazo—. ¿Una?

—Sí. Una.

—¿Me estás queriendo refregar que la cagué?

—Quiero subrayar que no puedes andar esperando a que tu equipo te dé las oportunidades. Quizá debas crearlas tú mismo. Necesitamos que la pelota llegue a tu lado de la cancha si queremos que tengas posibilidad de patear al arco.

—Y los ejercicios de dribleo van a ayudar con eso —replica, poco convencido.

—Sí, Einstein. Llevar la pelota cerca, controlarla por completo y cambiar de dirección con comodidad, en general, ayudan al jugador a no perder la posesión. Si retienes la pelota, puedes patearla al arco. ¿Entiendes?

—Te digo algo —comienza, ladeando la cabeza—, no es absurdo lo que dices.

—Gracias por el cumplido —musito—. Entonces, como decía, calentaremos con algunos ejercicios de dribleo y de pase. Vemos cómo te manejas con eso y avanzamos.

—Ejercicios de pase —repite él, y arruga la nariz—. Suena aburrido.

—Los necesitas con urgencia. Tu trabajo en equipo y tus habilidades de comunicación dejan muchísimo que desear.

—Pensé que habías dicho que querías trabajar en mi dribleo para que pudiera retener la pelota y meter goles —comenta—. Para que yo pudiera hacerlo. ¿Qué sentido tiene concentrarse en cederle la pelota a otro?

—Un equipo tiene más de un jugador, Arlo —le recuerdo con impaciencia—. No creerás realmente que no necesitas a nadie más, ¿o sí?

—Creo que, si veo una oportunidad de gol, la voy a aprovechar.

—¿Y si un compañero tiene mejores probabilidades?

—Yo quiero crear oportunidades para mí —responde con un encogimiento de hombros.

—Guau. —Me quedo mirándolo de brazos cruzados—. Tal vez deberíamos dedicar una gran parte de nuestras clases a la importancia de saber jugar en equipo. Es lo que se les enseña a los niños en la escuela, pero, bueno, será que te quedaste un poco atrás.

—¿Qué, vas a fingir que tú no piensas que eres la jugadora más importante de tu equipo? —Me dirige una sonrisa astuta, luego se inclina hacia delante y agrega, cómplice—: Vamos, a mí me lo puedes admitir. No diré nada.

—Dios mío, no puedo creer que tenga que aclarar esto —murmuro, echando la cabeza hacia atrás con desesperación—. Arlo, lección número uno: todos los integrantes de un equipo de fútbol son igual de importantes.

—Como digas —responde, girando la pelota en la punta del dedo índice, y exhibe una sonrisa ancha—, pero los dos sabemos que somos nosotros los que merecemos toda la gloria. Por eso estamos en esto, ¿no? Por eso destinas todo tu tiempo libre a este deporte. Para ser la mejor. Te conozco, Sadie McGrath.

Camino hacia él y, de un manotazo, tiro la pelota al suelo.

—No me conoces en lo más mínimo —espeto, mirándolo desde abajo.

Clava los ojos en los míos. No dice nada, el pecho se le infla y desinfla al ritmo de su respiración agitada. Su mirada intensa me hace tragar saliva. Cuando parpadea y desvía la vista a mis labios, me doy cuenta de lo cerca que estamos el uno del otro y retrocedo velozmente y a tropezones, carraspeando. Levanto la pelota.

—Perdimos mucho tiempo con tanta charla —gruño, molesta conmigo misma—. ¿Quieres trabajar este ejercicio o no? No quiero tener que forzarte a estar aquí.

Extiende las manos para que le dé la pelota.

—Probemos tu método —decide.

Se la lanzo a los pies. Deja caer las manos y la frena con el pie.

—Bien. —Señalo los conos con un gesto de la cabeza—. A trabajar, Hudson.



—Qué suerte que tienes. —Amy suspira con aire soñador, se vuelve a desplomar en su asiento y bebe un sorbo de su vodka *cranberry*—. ¿Por qué Hendricks no me pidió a mí que entrenara al chico nuevo?

—Es uno de los chicos más *sexy* que he visto —concuerda Jade, y se mira el pecho en el top rosa escotado que lleva puesto—. Y ese acento que tiene, también. Hermoso. ¿De qué parte de Estados Unidos viene, Sadie? Algo deben de haber hablado.

—La verdad, no —admito—. No sé nada de él, excepto que no le gusta que le enseñen cosas.

—Es de San Francisco —nos informa Amy con entusiasmo—. Me dijo Hayley. Creo que es amigo de Dylan. La mamá es zimbabuense y el papá es estadounidense.

—¿Lo hiciste entrenar sin camiseta? —pregunta Quinn. Se desilusiona cuando niego con la cabeza—. La próxima vez, hazlo entrenar sin camiseta e invítanos a todas a analizar si está en forma.

Pongo los ojos en blanco.

Ayer jugamos el primer partido de la liga contra Stirling y celebramos el triunfo saliendo de fiesta, lo que culminó en una resaca terrible esta mañana. Cuando las chicas propusieron seguir con los festejos esta noche, me resistí un poco, pero Jade logró convencerme de que viniera, más que nada porque nos congregamos en el bar de Collingwood College. No es que tuve que caminar mucho. Las chicas me han estado atosigando a preguntas sobre Arlo desde que Jade les contó anoche lo de nuestros entrenamientos privados, pero no paro de decepcionarlas con mi falta de interés.

Nuestra primera sesión empezó mal y terminó peor.

Es obvio que a Arlo todavía le cuesta hacerse a la idea de tener a otra estudiante como tutora, porque apenas escuchaba lo que le decía y, cuando sí lo hacía, no se lo tomaba en serio. Era como si toda la situación fuera solo un chiste para él.

Me genera una frustración inmensa porque, si tengo que ser sincera conmigo misma, hubo momentos en los que entendí a qué se refería Hendricks. A veces, Arlo demuestra que es…, bueno…, un futbolista un poquito brillante. Cuando quiere, digamos. Tiene un talento nato y, cuando gambeteaba y llevaba la pelota hacia el arco, a veces veía un destello de algo que no pude identificar bien… Ambición, quizá. Dedicación. *Pasión* por el deporte.

Pero entonces era como si algo dentro de él cambiara. Veía que jugaba como un futbolista profesional y, de un momento a otro, perdía el impulso. Desaceleraba, pisaba mal, bromeaba con la pelota, se reía. Le restaba importancia.

No logro entenderlo.

—¿Está soltero, Sadie? —pregunta Amy, anhelante.

—No lo sé —respondo, y revuelvo mi trago con el sorbete.

—¿No le preguntaste? —Parpadea, sorprendida.

—No. —Me río, negando con la cabeza—. Jugamos al fútbol, no charlamos de nuestras vidas amorosas. Cuanto menos hablemos, mejor.

—Tan malo no puede ser —comenta Jade, dándome un golpecito con el codo—. Me pareció muy amable cuando hablé con él. Aunque no podría decirte de qué conversamos con exactitud. Me perdí un

poco en esos hermosos ojos oscuros. —Hace una pausa—. Sabes, puede que la de Quinn sea una buena idea. Que un día entrene sin camiseta levantaría la moral del equipo, sin duda.

—La moral del equipo está bárbara sin la ayuda de Arlo Hudson —insisto.

—¿Sí? —Quinn se mueve un poco e intercambia miradas con Amy —. ¿Cómo anda todo entre tú y Hayley?

—Bien. —Siento el calor en el rostro—. Todo genial. Somos amigas.

—Sí, pero ahora ella sale con Dylan… —Vacila, busca las palabras correctas—. No sé… No debe ser divertido para ti presenciar eso.

—No dejan de presumir su relación, ¿no? —Jada está indignada.

—No importa lo que hagan —aseguro—. ¡Que hagan lo que quieran! Como dije, Hayley y yo somos amigas. El equipo no tiene de qué preocuparse. Miren lo bien que trabajamos juntas ayer. Jamás dejaríamos que golpeara nuestra moral. Me alegro por ella y Dylan.

—Y ahora, ella puede alegrarse por ti y Arlo —dice Jade, bebiendo su cóctel con una sonrisa pícara.

—Estamos entrenando —les recuerdo a todas, ante la risita del resto—. Nada más. Créanme, entre nosotros no hay más que hostilidad.

—Por ahora, tal vez. —Jade se encoge de hombros—. Pero veremos qué pasa. Noté cómo se fijaba en ti cuando estaban corriendo juntos.

—No te creo. —Me vuelvo hacia ella, sorprendida.

—Te juro que sí —insiste con su sonrisa maliciosa y me señala agitando el dedo—. Sabía que te pasaba algo con él. Mira cómo se te acaba de iluminar el rostro con la idea de que puedas gustarle.

—¡No se me iluminó nada! —protesto, y me termino el trago.

—¡Se ruborizó! —Se ríe Quinn—. Serían una pareja muy *sexy*.

—Totalmente —concuerda Amy, y luego suspira con nostalgia—. Aunque me entristecería un poquito que ya no estuviera disponible un bombón así. Pero lo superaría, estoy segura, y me alegraría por ustedes.

—Mierda, ¡cálmense! —balbuceo, apoyo mi copa vacía en la mesa y me pongo de pie de un salto—. Okey, voy a pedir la próxima ronda de tragos antes de que se vuelvan locas del todo y empiecen a planificar la boda.

—Ayyy, ¡me pregunto si se casarían en Estados Unidos! —Los ojos de Amy se abren como platos del entusiasmo.

—¡Amy! —la regaño mientras las otras se ríen a carcajadas.

—¿Quién se casa? —dice una voz familiar por encima de mi hombro.

Me vuelvo y me encuentro a Arlo Hudson de pie detrás de mí, intrigado.

—Nadie —tartamudeo, y las mejillas se me sonrojan mientras ignoro las risitas disimuladas de mis amigas—. ¿Qué haces aquí? Esta no es tu facultad.

Con un gesto de la cabeza, señala a Dylan y a Hayley, que están en la barra con algunos de los chicos de fútbol. No los había visto entrar.

—Dylan me escribió para preguntarme si quería un trago, seguimos ahogando las penas por la derrota de ayer —explica, estirando el cuello para ver con quiénes estoy. Sonríe y saluda a las chicas—. Hola, ustedes también son futbolistas, ¿no? Las reconozco de la práctica.

Me aparto para que se presenten como se debe, evito hacer contacto visual con Jade y rezo por que Arlo no haya oído nada de la conversación que interrumpió.

—¿Les traigo algo? —ofrece al grupo.

Su público devoto asiente con la cabeza, agradecido, y él toma sus pedidos, para luego girar hacia mí.

—Y ¿qué te pido a ti, Sadie? ¿O es indecoroso que un aprendiz le pague un trago a su maestra? —Se vuelve hacia las otras tres—. Cuando vuelva con las bebidas, me contarán lo que les ha dicho de mí después de nuestro entrenamiento, ¿no?

—¿Por qué les habría hablado de ti? —pregunto con soberbia.

—Vamos —dice, burlón—. ¿Vas a fingir que no es lo que han estado haciendo?

El calor me sube a las mejillas.

—Tengo mejores temas de conversación que tú, Arlo.

—Me rompes el corazón, Sadie. —Gira para mirar a Jade con una amplia sonrisa—. Algo les ha dicho sobre mí, ¿no?

—Si nos compras esos tragos, te contaré todo lo que quieras saber —coquetea mi amiga.

—Entonces, se los traigo dobles —afirma, para aprobación de ella.

Me lanza una sonrisa y se aleja a paso tranquilo para reunirse con Hayley y Dylan en la barra.

Me vuelvo para fulminar con la mirada a Jade y la encuentro chocando copas con Amy y Quinn.

—¿Qué haces? —espeto, furiosa—. ¡Ahora volverá y se quedará con nosotras toda la noche!

—¡Ya lo creo! —exclama orgullosa—. Y cuando llegue el momento, McGrath, más te vale que me elijas como dama de honor.

CAPÍTULO SEIS

Estoy tan abstraída en mis pensamientos mientras me anudo los botines que no oigo el anuncio de Hayley de que Dylan le propuso dejar de salir con otras personas y ser exclusivos. Recién cuando el resto del equipo empieza a reaccionar, entro en la conversación.

—¡Guau! ¿Cuándo te lo pidió? —indaga Amy, y me lanza una mirada fugaz.

—La otra noche, cuando estábamos todos en el bar de la facultad —responde Hayley—. Ahí fue la primera vez, pero, desde entonces me ha estado insistiendo para que le conteste.

—Es un poco pronto, ¿no? —se asombra Quinn—. James y yo ya llevábamos un tiempo saliendo cuando me preguntó si estaba viendo a alguien más.

—Zara y yo teníamos una relación exclusiva al cabo de unas pocas semanas —señala Maya encogiéndose de hombros, y luego suelta un suspiro hondo—. Aunque, claro, resultó que ella no entendía bien qué significaba «exclusiva»…

—Te salvaste, Maya —le recuerda Amy con dulzura—. Te mereces a alguien mucho mejor.

—Sip —admite asintiendo con la cabeza—. La verdad, qué suerte que la cosa no se había puesto más seria y descubrí antes que también tenía exclusividad con otra chica de su clase.

—Se portó horrible, Maya —concuerda Hayley, y se ata el pelo hacia atrás—. Pero creo que Dylan se toma nuestra relación en serio. ¿Les conté que ayer se apareció en casa con un ramo de flores? De la nada. Fue muy dulce.

—Sí, lo mencionaste —dice Jade, y añade por lo bajo—: Varios cientos de veces.

—Entonces, ¿sí van a dejar de ver a otras personas? —verifica Quinn, se sube el pantalón corto de fútbol y toma los botines de su casillero.

—Le dije que lo pensaría y le respondería —nos informa Hayley, despreocupada, y se retoca el brillo labial frente al espejo, algo que empezó a hacer antes de los entrenamientos desde que comenzó a verse con Dylan. Por lo general, él se lo quita todo con la lengua antes de jugar, así que no estoy muy segura de qué sentido tiene, pero cada cual con lo suyo.

—¿Qué creen, chicas? ¿Debería aceptar? —pregunta Hayley, y gira hacia nosotras.

Termino de atarme los botines y me levanto de la banca. Cuando me estoy incorporando, nuestras miradas se cruzan. Siento que ahora tengo que responderle o parecerá que estoy evitando la conversación. Odio que esté hablando de esto enfrente de mí, como si yo no fuera nada para ella y lo nuestro no hubiera significado nada.

Pero no quiero que lo sepa.

—Si te gusta, entonces, ¿por qué no? —Fuerzo una sonrisa—. No me parece importante que sea muy pronto. Cuando una sabe, sabe.

Hayley me clava la mirada y asiente con la cabeza.

—Sí —responde—. Pienso lo mismo.

Sonriendo todavía, tomo mi botella de agua, cierro mi casillero y salgo con Jade. Una vez al aire libre, respiro profundo.

—¿Estás bien? —pregunta con la mirada llena de preocupación—. Es una cretina, Sadie. No sé por qué mierda le parece apropiado hablar de estas cosas en tu presencia.

—No pasa nada. —Le quito importancia con un gesto de la mano y enfilo para el campo de juego—. Está bueno que sienta que puede hacerlo. Cuanto más actuemos como si fuéramos amigas, más rápido volveremos a serlo. La incomodidad se irá diluyendo.

—Te veo triste —insiste Jade con suavidad—. Tienes derecho a estar dolida, ¿sabes?

—No es eso. —Niego con la cabeza—. Bueno, un poco me lastima. Pero no es por eso por lo que estoy triste. Es por mi papá.

—¿Está bien? —se preocupa.

—La verdad que no. Hablé con él por teléfono más temprano y… no entendía quién era yo —admito con voz queda, y las palabras se me traban en la garganta.

—Ay, Sadie. Lo siento mucho.

—No es nada. —Bebo un trago largo de mi botella y parpadeo para contener las lágrimas que intentan asomar—. No había pasado antes. Algo así, tan grave, quiero decir. O sea, la memoria le viene empeorando, pero no… Siempre me ha reconocido.

Mi amiga me toma del brazo para frenarme.

—¿Quieres hablar del tema? ¿O estar un rato a solas? —pregunta en voz baja y señala con la cabeza a Hendricks, que está a unos metros de nosotras—. Le puedo decir que no te sientes bien.

—No, quiero jugar —me rehúso, inflexible.

—Okey, pero si quieres hablar…

—Estoy bien —la interrumpo—. Pero gracias.

Asiente con la cabeza, comprensiva, y yo me alejo corriendo para dar la primera vuelta a la cancha y empezar la entrada en calor.

No quiero hablar del tema. No quiero *pensar* en el tema. He leído mucho sobre esta enfermedad y sé que, en muchos casos, la memoria se deteriora a gran velocidad. Pero no estaba preparada para que empeorara tanto, tan rápido. Hoy por la mañana, estaba hablando por videollamada con mis padres, y papá y yo veníamos conversando sobre fútbol: desde que empecé a jugar en serio, ha sido la mejor manera de afianzar el vínculo. La temática lo anima y es como si volviera a ser él mismo; se entusiasma hablando de jugadores, partidos y estrategias, y recuerda datos y resultados de hace mucho tiempo, que la mayoría habría olvidado hace años. Le estaba contando que Hendricks me había pedido que entrenara al novato, y él asentía con la cabeza, intrigado por cómo planificaba mis clases.

—Qué bueno… Suena todo genial. Tendrías que hablar con nuestra Sadie. Ella también es una apasionada del fútbol —había dicho entonces, y luego se volvió hacia mamá—. ¿Cuándo vuelve a casa? Tal vez quiera que la busquemos por la estación.

Fue como si me hubieran golpeado en el estómago y quitado todo el aire. Se me llenaron los ojos de lágrimas y se me cerró la

garganta. Esbocé una sonrisa tenue mientras mamá le explicaba con calma que era yo, Sadie, la que estaba hablando por teléfono con él, y observé la confusión grabada en el semblante de mi papá, que escudriñaba de nuevo mi imagen en la pantalla. Había sido una tortura. Inventé una excusa rápida y corté. No pude soportar verlo así.

Solo quiero jugar al fútbol y ahogar todo lo demás.

—Hola, Sadie —saluda Arlo al acercarse mientras elongo—. Qué buena noche, la otra vez. ¿Te divertiste?

—¿Cuándo? —pregunto mientras veo cómo Hayley saluda a Dylan con un beso largo e intenso bajo la mirada de desdén de los dos directores, que aguardan cerca.

—En el bar de Collingwood —responde frunciendo el ceño—. ¿Recuerdas que salimos todos juntos?

—Ah, cierto. Sí. Estuvo divertido.

—Aunque cualquiera habría pensado que me estabas evitando —comenta.

—¿De qué hablas? —Lo miro arrugando la frente—. No es así.

—Pues parecía que sí. —Se encoge de hombros—. Cuando les compré las bebidas, te sentaste del otro lado de la mesa y apenas me dirigiste la palabra durante el resto de la noche. Me queda la duda de si lo hiciste a propósito porque no te agrado o si fue porque te gusto. Se me hace que es la segunda. ¿Te pongo nerviosa, Sadie?

—No seas fanfarrón. —Pongo los ojos en blanco—. Si no hablamos en toda la noche, fue por accidente, nada más. Ni lo noté. Me estaba divirtiendo con mis amigas.

Nos interrumpe Hayley, que chilla de alegría mientras Dylan la levanta en el aire, la hace girar y la besa otra vez.

—Supongo que accedió a cerrar la relación —comenta Arlo con una risita.

—Sí... Eso parece —respondo en voz baja, y luego le grito a Hendricks—: ¿Podemos empezar a jugar al fútbol, por favor? ¿Qué estamos haciendo?

—Bien dicho, McGrath. —Hendricks da unas palmadas—. Hoy jugaremos otro partido amistoso, hombres contra mujeres. Después de la primera ronda de la liga, está claro que tenemos que… —Les

lanza una mirada asesina a Dylan y a Hayley, que siguen enredados, y les grita—: ¡CARSON! ¡ASHTON! —La pareja se separa de un salto —. Si quieren comportarse como dos adolescentes hormonales, háganlo en otro lado. Estamos en una cancha de fútbol, no en una discoteca. Un poco de respeto, carajo.

—Perdón —dice Hayley, luego se muerde el labio.

—Perdón —repite Dylan, espera a que Hendricks deje de mirarlos y entonces estira la mano y le pellizca el trasero a la novia. Ella suelta una risita y le tira un beso.

Me retuerzo de ira; sus absurdas demostraciones de cariño en público empeoran aún más el día horrible que estoy teniendo. Para cuando nos mandan a posicionarnos para jugar, estoy desesperada por patear una pelota lo más fuerte posible.

—Muy bien, capitanes, vengan —ordena Hendricks y nos señala a Dylan y a mí para que nos acerquemos. Hurga en su bolsillo buscando una moneda mientras Nevile se inclina para dejar la pelota en el punto central.

—¿Estás bien, Sadie? —pregunta Dylan, y me sonríe con malicia mientras se pone los guantes de arquero—. Pareces un poco contrariada.

Es el peor. ¡¿Qué hace Hayley con este tipo?! Lo miro furiosa; no veo la hora de borrarle esa sonrisa perfecta del rostro perfecto cuando les ganemos.

—No serán celos lo que te altera el humor, ¿o sí? —continúa, y se deleita con cada palabra.

—Cierra la boca, Carson —ladra Hendricks, y Dylan se sobresalta.

Fulminándolo con la mirada, el DT lanza la moneda al aire.

—¡Cara! —grita Dylan.

El hombre descubre la moneda: el lado de la cruz quedó hacia arriba.

—Las perdedoras primero, supongo —comenta Dylan, y le resta importancia encogiéndose de hombros.

—¿En serio crees que yo voy a perder hoy? —replico con frialdad, pasmada por su ignorancia.

—Quizá no en la cancha, pero creo que está claro quién está ganando fuera —responde, luego mira explícitamente a Hayley y la

saluda.

Ella le devuelve una sonrisa.

—Vete a la mierda, Dylan —suelto entre dientes; mi autocontrol colapsó.

Él exhibe una sonrisa ancha y triunfal. Me doy media vuelta y marcho hacia la pelota.

—¿Todo bien, Sadie? —me pregunta Jade.

—¡Dije que estoy bien!

Noto que intercambia una mirada con Amy, pero la ignoro. En este momento, no me importa nada ni nadie, excepto meter esa pelota en el fondo del arco. Vamos a ganar este partido cueste lo que cueste. Me rehúso a perder de nuevo hoy.

Hendricks toca el silbato y comienza el partido… Si se le puede decir así. Los chicos no tienen ni una chance. Anotamos en los primeros minutos, cuando Alisha le pasa la pelota a Amy, que esquiva de manera impecable a su oponente y realiza un pase hermoso que me permite esquivar al defensor. La pelota se eleva por encima de las manos extendidas de Dylan y entra en el arco.

Mientras festejo el gol con Amy, Dylan levanta la pelota y la arroja con furia, gritándole a su equipo: «Hagan algo, mierda». Por desgracia, sus palabras de inspiración no parecen surtir mucho efecto: nuestras defensoras se pasan todo el primer tiempo muertas de aburrimiento, y van subiendo de a poco por el terreno de juego, solo para poder tocar la pelota. Lo veo a Arlo frustrarse cada vez más y esforzarse en vano por alentar a los suyos.

Hay que reconocerle que es, por lejos, el mejor jugador de su equipo. En un momento, cuando por fin se adueña de la pelota, la domina con convicción, pero Quinn, que lo presiona todo el tiempo, se la arrebata. Debería haber pasado antes la pelota. Si lo hubiera hecho, tal vez habría podido patear al arco.

Cuando Hendricks toca el silbato y marca el entretiempo, vamos ganando tres a cero. Los chicos están furiosos y escuchamos que, en la charla, su capitán les dice que son «una vergüenza». Bebo largos tragos de mi botella de agua, la descarto, y estoy volviendo al campo de juego cuando Dylan me choca el hombro yendo a buscar su botella.

—¿Qué pasa, Dylan? —pregunto con dulzura—. Creí que estabas listo para ser un perdedor en la cancha. ¿O no soportas que te gane en algo?

—Todavía no ha terminado el partido, Sadie —me recuerda Arlo con tono animado, de pie junto al resto de su equipo.

—¿No? Yo creo que sí —anuncio en voz alta, como para que todo el mundo oiga, ya que todos estamos participando de la conversación—. No nos están suponiendo ningún reto. Sería un milagro que, en el segundo tiempo, se acercaran lo suficiente incluso para patear, ni hablemos de ganar.

Arlo me mira de forma extraña.

—Cuánta clase —murmura.

—¿Qué? ¿Tú puedes burlarte, pero no soportas que otros lo hagan? —digo, altanera.

—¿Cuándo me oíste burlarme? —replica—. Y nunca es prudente empezar a celebrar antes del final del partido. Estaremos un poco oxidados, pero…

—¿Un *poco* oxidados? ¡JA!

—Sadie —interviene Jade con tono de advertencia.

—Aun si jugáramos todas en diferentes posiciones, les ganaríamos con los ojos cerrados —afirmo, envalentonada por el semblante de cólera de Dylan.

—Ah, ¿sí? —Arlo se cruza de brazos.

—De hecho, ¿por qué no lo hacemos? —sugiero, y me encojo de hombros—. Cambiaremos a las delanteras por las defensoras y veremos qué pasa.

—McGrath, no… —empieza Hendricks, pero Arlo se le cruza por delante para acercarse a mí.

—De acuerdo, perfecto —acepta, y me mira de arriba abajo—. Si tan desesperada estás por demostrar que tienes razón, entonces, ¿por qué no? Me dará la oportunidad de ver tu expresión en primer plano cuando te pase con la pelota por al lado para meter un gol.

—Y me dará a mí la oportunidad de ver tu rostro en el lodo cuando te quite la pelota de entre los pies —respondo avanzando hacia él.

—Perfecto —gruñe, y entrecierra los ojos.

—*Perfecto.* —Me niego a echarme atrás.

Arlo inhala profundo por la nariz y, por fin, rompe el contacto visual, gira y se va a hablar con su equipo. Yo le fulmino la espalda con la mirada y hago lo mismo.

—No quiero ser defensora —se queja Amy—. Sadie, ¿es realmente necesario hacer esto? Deberíamos enfocarnos en entrenar juntas para el próximo partido, no en demostrar que somos mejores que los chicos. Eso ya lo sabemos. Leeds Beckett es un equipo fuerte y no podemos llegar a ese encuentro sintiendo que no estamos preparadas.

—No hay discusión —le contesto con firmeza, y luego me dirijo a las demás, que me miran todas con desconfianza—. Piénsenlo como una buena forma de ponernos en el lugar de nuestras compañeras. A veces, viene bien un cambio de perspectiva. Hasta puede que se nos ocurran estrategias diferentes y creativas.

No parecen convencidas, pero soy la capitana, así que me siguen. Hendricks chequea su reloj y me dice que haga lo que quiera, mientras crea que será genuinamente útil, y yo le aseguro que sí. Derrotar al equipo masculino con tanta facilidad y sin siquiera estar jugando en nuestras posiciones nos infundirá una enorme confianza, estoy segura.

El comienzo del segundo tiempo es un poco flojo, debemos habituarnos a las nuevas áreas del terreno. Arlo incluso consigue un buen tiro al arco: horrorizada, veo cómo Michael le lanza un centro al área y él cabecea la pelota hacia el ángulo superior izquierdo del arco. La pelota golpea el travesaño, rebota arriba de la red y sale de la cancha, lo que provoca que Arlo entierre la cabeza en las manos y que yo suspire aliviada.

Después de esa conmoción, dejo de actuar con tanta soberbia y le grito a mi equipo que no se desconcentren. Recuperamos la posesión y, unos minutos más tarde, Quinn se la pasa a Alisha, que clava la pelota en el fondo de la red, lo que motiva que Dylan vocifere una lista de insultos. Yo sigo marcando a Arlo, y presiono tanto como puedo cuando le vuelven a pasar la pelota; esta vez, no voy a dejar que tenga otra oportunidad. Cuando intenta acelerar y dejarme atrás, lo barro sin piedad, con mucho más impulso del que

es necesario, y termino derribándolo. Cae al suelo con ruido y yo paso lejos la pelota, riéndome a carcajadas. Él se incorpora sobre los codos y me lanza una mirada: es odio puro.

Hendricks toca el silbato para marcar el final del partido y yo le ofrezco la mano a Arlo para que se levante, pero me rechaza de un manotazo y se pone de pie cuando uno de sus compañeros se acerca a darle una palmadita de consuelo en la espalda. Sale enfurecido de la cancha en dirección a los vestuarios, seguido por el resto de su equipo. Con sorpresa, descubro que ninguna integrante del mío está festejando. Hasta Jade parece incómoda.

—Qué jugada interesante, la última, McGrath —comenta Hendricks con el ceño fruncido.

—No fue falta —me pongo a la defensiva, y alzo las manos con exasperación—. No es culpa mía que él no haya aguantado la presión.

—Te pedí que lo entrenaras para que le brindaras a su equipo una confianza renovada y los hicieras creer que pueden ganar —me recuerda, hosco—. No para que te desvivieras por humillarlo y destruyeras a los demás.

Dicho esto, me da la espalda y me quedo sola en el campo de juego, mirándolo alejarse con el resto de mi equipo.

CAPÍTULO SIETE

Cuando Arlo no acude a nuestra sesión privada de entrenamiento al día siguiente, decido ir a buscarlo. Al principio, sentí que el DT había sido injusto: ganamos ese partido sin trampas, y Arlo había accedido a que cambiáramos de posición, por lo que no me parecía que yo tuviera toda la culpa de que hubiera pasado vergüenza. Sin embargo, nadie se regodeó en nuestro vestuario después de la práctica, y no se me escaparon las miradas hostiles que me lanzó Hayley cuando se fue a consolar a Dylan. Hasta Jade comentó que, aunque estaba de mi lado y le encantaba que Dylan hubiera recibido una lección de humildad, creía que me había pasado un poco con la crueldad.

—Venías de un día difícil —había justificado con una sonrisa—. Vamos, vayamos a tomar algo.

Rechacé la invitación y volví a mi dormitorio a estudiar formaciones de fútbol en YouTube, pero me empezó a corroer la culpa, y decidí pedirle perdón a Arlo hoy, cuando estuviéramos a solas.

Supongo que no debería sorprenderme que no haya venido. No fui lo que se dice una fuente de inspiración como mentora ayer. Espero quince minutos, por si está atrasado, y entonces desisto. Considero la posibilidad de practicar penales yo sola, pero sé que tengo que arreglar esto.

Hendricks tenía razón anoche, y me avergüenza haber permitido que mi ego y mis venganzas personales pesaran más que las responsabilidades que atañen a una buena capitana y compañera. Me siento como si hubiera traicionado al deporte, de alguna manera, y si mi papá supiera cómo me comporté, no estaría para nada

orgulloso de mí. Siempre me enseñó a ser competitiva y agresiva en el campo de juego, pero es igual de importante ser respetuosa. Ayer, no demostré tener buen espíritu deportivo y defraudé a mi papá. Y eso no puedo soportarlo.

Regreso al vestuario, me quito la ropa de fútbol y vuelvo a ponerme los pantalones y el suéter, para luego caminar en dirección a la facultad de Arlo. Me lleva un tiempo localizarlo, pero, después de preguntarles a algunas personas que merodeaban por el bar del lugar, encuentro su dormitorio. Al principio, pienso que tal vez haya alguien adentro con él, porque oigo voces apagadas, pero entonces me doy cuenta de que es una película. Por supuesto, existe la posibilidad de que no la esté mirando solo, pero ya he venido hasta aquí. Tengo que intentarlo.

Tomo una bocanada profunda de aire y golpeo a la puerta. La película pausa y yo retrocedo, armándome de valor. Arlo abre la puerta y, sobresaltado, abre los ojos como platos.

—Hola —empiezo, con una sonrisa leve.

Me mira con el ceño fruncido. Termina de abrir la puerta con el pie y se cruza de brazos.

—¿Qué haces aquí? —pregunta con frialdad.

—Teníamos entrenamiento hoy.

—Sí. —Se aclara la garganta—. Creo que lo de las sesiones privadas no me está funcionando. Así que no voy a ir más. Gracias, igual, y suerte con todo.

Amaga a cerrar, pero alargo el brazo para impedirlo.

—Espera, Arlo, déjame disculparme —me apresuro a decir—. Perdón por lo de ayer. Estuvo fuera de lugar. Estaba enojada por otras cosas y me desquité contigo. Lo siento. Fui… Eh… Bueno, fui una mierda.

—Te quedas corta —resopla.

—Perdón, de verdad —insisto—. Me siento horrible. Entiendo completamente por qué no querrías entrenar conmigo, pero déjame invitarte un trago para disculparme. ¿Por favor?

Observándome con atención, por fin suelta un suspiro hondo y asiente con la cabeza.

—Está bien. Voy a buscar mi abrigo.

Sostengo la puerta abierta mientras toma uno de arriba de la pila de ropa que tiene en la silla del escritorio. Cuando le echo un vistazo a la pantalla de su computadora, apoyada sobre el edredón, noto que estaba mirando una película en blanco y negro, lo cual resulta una elección peculiar.

Se percata de mi expresión y frunce el entrecejo.

—¿Qué? —Sigue mi línea de visión hasta su portátil.

—Nada —respondo con rapidez—. ¿Listo?

—Sí, vamos.

Decido llevarlo a un sofisticado bar de gin, un lugarcito íntimo con atmósfera de bar clandestino que no estará repleto de estudiantes o de gente que pudiéramos conocer. Intento charlar de cualquier cosa en el camino, pero la conversación se siente insustancial y forzada, así que desisto y continuamos en silencio. Mientras él nos busca una mesa, me dirijo a la barra a pedir nuestras bebidas: ordeno dos gin-tonics y, cuando echo un vistazo hacia atrás y lo veo ahí sentado, mirando el teléfono, me apresuro a añadir un par de tequilas. Arlo Hudson ya me fastidia bastante cuando no disfruta de la ventaja de la superioridad moral y no me tiene arrastrándome por su perdón… Necesitaré tequila para salir ilesa de esto.

Cuando vuelvo a nuestra mesa, observa, divertido, cómo me bebo el chupito y luego lo bajo con dos tragos largos de mi gin-tonic. La sonrisa intrigada que esboza me da una pequeña esperanza de que no me odia del todo.

—¿Nerviosa? —pregunta, ignora el chupito y le da un sorbo al gin.

—No —respondo en automático, luego vacilo—. Un poco.

—Me halagas. No pensé que fueras el tipo de persona que se pone nerviosa.

—¿Por qué no?

—Te he visto jugar al fútbol.

—En la cancha, soy diferente —explico—. E, igual, a todos nos pasa, a veces.

—Pero ¿no cuando juegas?

—La verdad, no. —Me encojo de hombros—. En realidad, no es cierto. Me pasa justo antes de tener que patear penales en un partido importante. Más allá de esos momentos cruciales, supongo

que estoy muy absorta en el deporte como para prestar atención a los nervios.

—Los británicos y los penales. —Sonríe para sí mismo—. Mala combinación.

—Creo que quieres decir los *ingleses* —le recuerdo—. Los escoceses no tenemos una relación complicada con los penales.

—Disculpa.

Bebe otro sorbo de su trago. Lo imito. Debería decir lo que vine a decir, pero no logro obligarme a pasar a la parte incómoda. Todavía no. Bebo otro trago largo.

—¿Qué película estabas mirando? —pregunto con desenfado, y apoyo mi copa en la mesa.

—*Al borde del abismo* —responde recostándose en la silla—. ¿La has visto?

Niego con la cabeza.

—Es un clásico. Humphrey Bogart y Lauren Bacall… Mucha química.

—¿Es romántica?

—Cine negro —explica, pero luego se queda pensando un momento y añade—: Con un poco de romance ahí metido.

—No te hacía fanático del cine en blanco y negro —admito.

—¿Por qué? —Arquea las cejas—. ¿No parezco lo suficientemente esnob y pretencioso como para ser la clase de persona a la que le gustan las películas viejas?

—Bueno… ¡No! —No puedo evitar reírme—. Aunque suena estúpido cuando lo dices así.

—Eso es porque es estúpido. —Las comisuras de sus labios dibujan una sonrisa—. A mi mamá le gustan esas películas, entonces, crecimos mirando eso. Me reconfortan cuando extraño mi hogar.

—¿Extrañas tu hogar? —No logro ocultar mi sorpresa cuando se muestra tan vulnerable conmigo, su némesis.

—Obvio —responde, impasible—. Estoy muy lejos de casa.

Asiento con la cabeza y bebo otro trago de gin.

—*Al borde del abismo*…, tendré que agregarla a mi lista.

—Te puedo recomendar más. En realidad, yo también tengo algunos clásicos pendientes… Estoy cursando una materia sobre cine y una buena parte trata de la edad de oro de Hollywood.

—¿Qué estudias?

—Literatura inglesa.

—¿Te gusta leer?

Le brota una sonrisa sagaz en el rostro.

—Sadie, me está costando no ofenderme por cómo te sorprendes cada vez que descubres algo nuevo de mí. Es como si no lograras asimilar que tengo otros intereses aparte del *soccer*.

—Perdón. —Me ruborizo—. Supongo… Supongo que tenía…

—¿Una impresión diferente de mí? —completa.

—Seguro que tú también tienes una impresión diferente de mí —contrataco—. Y seguro que no me favorece demasiado. Me lo merezco, después de ayer.

No acota nada. Tomo otro trago y luego una bocanada de aire. Es hora de hablar de lo que vine a hablar.

—De nuevo, lo siento muchísimo, Arlo —suelto—. Te juro que no soy… No suelo comportarme así. Estaba alterada. Por favor, perdóname por ser una cretina, creída de mierda.

Por fin levanta su chupito, se lo bebe y hace una mueca al morder el gajo de limón. Luego deja todo en la mesa y dice:

—Muy bien. ¿Por qué estabas alterada?

—Varias razones —respondo, imprecisa.

—¿Que tienen que ver con Hayley y Dylan? —adivina, y bebe un sorbo de su gin-tonic—. Me enteré de que tú y ella salían.

—No fue nada. —Le resto importancia con un gesto de la mano. Él me dirige una mirada elocuente. Suspiro y admito—: Okey, no es que no fue nada. Fue un amorío corto pero intenso. Me gustaba. Qué sé yo. Ya me superó.

—Muy públicamente —observa—. No debe ser fácil para ti ni para el equipo.

—Como no dejo de recordarles a las chicas, estuvimos juntas unas pocas semanas. No es el problemón que todo el mundo piensa que es. Somos perfectamente capaces de mantener una actitud

profesional respecto del tema. —Titubeo—. Aunque no entiendo qué le ve a Dylan Carson, la verdad.

—Es un buen chico.

—Ah, cierto, olvidé que son amigos.

—No es que seamos supercercanos. —Se encoge de hombros—. Es divertido. Aunque no estoy seguro de que sea buen capitán.

—Después de ayer, mi equipo debe pensar lo mismo de mí —comento, taciturna—. No fue mi mejor momento.

—Oye, puede pasar. Todos tenemos días malos. Eres una capitana brillante.

Parpadeo con sorpresa. Él ve mi expresión y se echa a reír.

—¿Qué? ¿Te impacta que tenga la capacidad de ser amable? —Suelta una risita—. Si te hubieras molestado en hablar conmigo antes de esta noche, tal vez ya lo habrías descubierto.

—He hablado contigo —replico a la defensiva.

—Casi nada. Eres rencorosa, eso es obvio —comenta—. Desde que nos conocimos en Osbournes, te has rehusado a dirigirme la palabra. Todo porque te quité el lugar en la barra.

—¡Ah! —Me incorporo en mi asiento—. Entonces, admites que te adelantaste.

—Estoy empezando a entenderte un poco mejor, Sadie McGrath. —Me sonríe ampliamente—. No solo eres rencorosa, también tienes que ganar… Ya sea en la cancha o fuera de ella.

—En realidad, mi espíritu competitivo suele reducirse al perímetro del campo de juego —lo corrijo—. Tampoco hiciste demasiado para que no te guardara rencor. No saltaste de alegría cuando Hendricks me pidió que ayudara a entrenarte, y después dejaste muy claro que no querías estar ahí.

—Porque tu bienvenida fue bien calurosa —acota con sarcasmo.

—No es personal. —Me muevo en mi asiento—. Es solo que sigo sin estar convencida de que ese uso de mi tiempo sea el más beneficioso. Debo enfocarme en mí misma y en ser la mejor jugadora que pueda.

—¿Puedo preguntarte algo? No quiero que te lo tomes a mal —comienza, y se inclina sobre la mesa, mirándome con curiosidad—. ¿Por qué estás tan compenetrada con este torneo? Entiendo que te

encante el *soccer*… Perdón, el fútbol. Pero solo es fútbol universitario, ¿no? No va en serio.

—Para mí, sí —aseguro asintiendo con la cabeza—. No hay nada más importante que esto, para mí.

—¿Por qué? —Ladea la cabeza.

Con un suspiro profundo, me pongo de pie.

—Antes de que entremos en el tema, voy a buscar otro trago —le informo—. ¿Lo mismo?

—Claro —responde, sorprendido, pero sonriéndome—. Agrega algunos tequilas más, también. Tengo el presentimiento de que tal vez los necesitemos.

CAPÍTULO OCHO

Apoyamos los vasos de chupito en la mesa con un golpe y, mientras yo hago muecas por la sensación de ardor en la garganta que me empaña los ojos, Arlo se acomoda en su asiento.

—Okey —comienza, y junta las manos—. Entonces, ¿por qué no hay nada más importante para ti que el Campeonato del ABU? Espera, eso no me suena. ¿Cómo se llama?

—El Campeonato de la ADUB —lo corrijo con una risita—. Es el torneo de fútbol de la Asociación de Deportes de las Universidades Británicas.

—Eso mismo. —Sonríe—. ¿Por qué es tan relevante?

—Porque lo hemos ganado los últimos dos años y, si ganamos por tercera vez, seremos el primer equipo de la historia que lo haga. Este año, soy capitana, y sería un logro enorme si guiara a mis compañeras a una victoria así.

—Claro. —Vacila—. Pero esa no es la razón principal por la que te importa tanto. Hay algo más significativo.

—Tienes razón —admito, y me estiro para tomar mi gin—. A veces vienen ojeadores a las finales.

—¿Te refieres a captadores de fútbol que buscan jugadores para equipos profesionales? —Arquea las cejas.

—Exacto. —Me muerdo el labio—. Sé que es tarde para que me descubran, pero el DT me habló del tema y coincidió en que podría tener una oportunidad. Ya les ha pasado a otros jugadores universitarios, así que, si juego bien, podría pasarme a mí.

—Guau, okey, ahora lo entiendo —dice, impresionado.

—Necesito que me fichen este año. —Suspiro, revolviendo el hielo en mi copa—. Si no, quizá sea demasiado tarde.

—Sé que a la mayoría de los futbolistas profesionales los convocan de más jóvenes, pero a otras personas les sucede de más grandes. —Se mira las manos—. Todavía hay tiempo.

—En realidad, no es eso lo que quise decir —revelo; el tequila me está animando a ser del todo honesta. Él levanta la vista, interesado —. Me refiero a que sería demasiado tarde para mi papá.

—¿Tu papá? —Frunce el ceño, confundido.

Asiento despacio con la cabeza, y bebo unos sorbos de mi trago antes de atreverme a exteriorizarlo enfrente de un chico que apenas conozco y cuya compañía, en general, no soporto. Pero hay algo en la manera en que me está mirando… Esos intensos ojos marrones me alientan a confiar en él.

—Está enfermo —explico en voz baja—. Tiene demencia precoz. Es un estado que empeora muy rápido, y quiero que entienda que me han contratado en un equipo profesional antes de que se encuentre tan mal que ya no se pueda comunicar o no me reconozca más. Aparte de la familia, el fútbol es su vida, solía jugar para Escocia… Quiero que esté orgulloso de mí. Necesito que sepa que lo voy a lograr.

Con la frente arrugada, Arlo asiente.

—Lo siento, Sadie —dice con sencillez—. Debe ser… ¿Cuándo se lo diagnosticaron?

—Hace dos años. Ahí fue que empecé a jugar al fútbol en serio —explico.

—¿Hace solo dos años que juegas? ¿De verdad? —Me mira fijo, atónito.

—Técnicamente, lo he hecho toda mi vida, pero no como se debe. Jamás lo disfruté de niña. Papá se esforzaba mucho para que me gustara. Estaba convencido de que tenía talento para ser futbolista profesional, pero yo me negaba a entrenar. Si le hubiera hecho caso, quizá, a esta altura, ya habría firmado con un club. —Suspiro—. Ver las cosas en retrospectiva es maravilloso.

—Espera, déjame asimilar esto —me frena después de darle unos tragos a su bebida—. ¿Estás diciéndome que, en un momento dado, a ti, Sadie McGrath, que estás obsesionada con la pelota… *no te gustaba el fútbol*?

—Más bien me asustaba no jugar bien. —Me río de su reacción—. Mi papá era una celebridad en nuestra calle y en la escuela… Todo el mundo sabía quién era esa leyenda del fútbol local, y cada vez que jugaba yo, sabía que todos me estaban observando, estudiando todo lo que hacía, para ver si era igual de buena. Yo sabía que no, entonces, sentía que estaba desprestigiando mi apellido o algo así.

—Okey, pero luego, hace dos años, decidiste lanzarte.

—Fue como si me hubiera activado con el diagnóstico de papá —confieso—. Me di cuenta de que me estaba escondiendo de algo porque me daba miedo perder. Pero ¿cómo podría saber si iba a ganar o a perder si ni siquiera lo intentaba?

—Una lección ancestral típica —dice con una sonrisa amplia.

—Exacto. Al principio, entrenaba por papá, pero enseguida supe que también lo hacía por mí. La cancha es el lugar donde más cómoda me siento. He estado jugando todo lo que puedo estos últimos años, para tratar de compensar el tiempo que perdí. Mamá quería que viniera a la universidad y obtuviera una licenciatura, pero yo sé que no voy a ser feliz con ninguna otra carrera. Quiero ser futbolista profesional, y quiero que papá me vea cumplir ese sueño.

—Tiene sentido.

—Ayer hablé con él por teléfono y no me reconoció —continúo; la voz temblorosa delata mi dolor. Me termino rápido el trago. De repente ha desaparecido todo rastro de sensatez y estoy determinada a perderme en la confusión de la borrachera—. Hayley y Dylan no ayudaron, pero no estaba molesta por eso. Estaba enojada con el mundo, y triste por la enfermedad que sufre mi papá, y preocupada por lo que vaya a pasar, y atormentada por la culpa de no estar en casa con él y con mamá para ayudar. —Tomo una bocanada profunda de aire y agrego en voz baja—: Si no ganamos este campeonato y nadie me ficha, entonces, habré desperdiciado todo este tiempo que he estado lejos de él.

Arlo se queda un momento ensimismado, con el ceño fruncido. Entonces, de golpe, se pone de pie, y me pregunto si lo habré espantado al vomitarle mi historia de vida. Me sonrojo y estoy a punto de disculparme, pero, antes de que pueda hacerlo, se aleja a paso decidido en dirección a la barra. Me sorprendo cuando lo veo

pedir otra ronda de tragos, luego de lo cual regresa a la mesa con más chupitos.

—Ten. —Me entrega uno y toma otro para él.

—Voy a terminar en el suelo en breve si te lo acepto —admito; tengo la mente nublada.

—Confía en mí, te hará falta para escuchar lo que te estoy por decir —replica con voz ronca, y se bebe el suyo. Me espera a que lo imite—. Gracias por contarme de tu papá. No debe haber sido fácil.

—Perdón si fue demasiado.

—Por favor, no te disculpes —responde con firmeza y levantando una mano—. Si hay alguien que tiene que pedir perdón, soy yo, por burlarme de lo importante que es el fútbol para ti. He sido un fastidio. Desde ahora, me tomaré en serio nuestros entrenamientos particulares. Lo prometo. No desperdiciaré ni un minuto de tu tiempo.

—Gracias. —Le sonrío—. Lo aprecio.

—Y, para agradecerte que has sido honesta conmigo, me gustaría hacer lo mismo. —Se recuesta en el asiento y alza la mirada al techo —. No me gusta hablar de estas cosas, así que voy a soltarlo y ya, ¿okey?

—Okey.

Se aclara la garganta.

—Hace unos años, me convocaron para jugar en un club. Era todo lo que siempre había soñado. Mi papá se fue cuando yo era niño, mi mamá nos crio ella sola a mí y a mi hermana melliza, entonces, yo sabía que, si triunfaba como futbolista profesional, podría mantenerla y devolverle todo el esfuerzo, todo lo que había hecho por mí y por Tamy, mi hermana. No podían estar más orgullosas de mí. Eran mis hinchas más fieles. Entonces, una noche, después de un partido…

Hace una pausa y traga saliva. Alcanza lo que queda de su gin-tonic, se lo bebe y vuelve a apoyar la copa en el posavasos.

—Una noche, después de un partido, mi mamá nos estaba llevando a casa en auto y chocamos —continúa, con la voz grave y trémula—. Un conductor ebrio que avanzaba a toda velocidad por la carretera pegó un volantazo para esquivar lo que resultó ser una

bolsa negra de plástico y nos golpeó de costado. Yo iba atrás. Tamy iba en el asiento del acompañante. —Se mira las manos, apretadas sobre el regazo—. Murió en el acto.

Inspiro profundamente, las lágrimas me empañan los ojos.

—Después del accidente, no pude jugar al fútbol por un tiempo —sigue en voz baja—. Me quedó la pierna muy lastimada. Me llevó mucho tiempo volver a la cancha y ponerme otra vez en forma… Para entonces el club ya no estaba interesado. Yo no era el de antes, y nada garantizaba que volviera a serlo alguna vez, habiendo sufrido una lesión tan grave de tan joven. Pero, más importante aún, mi alma ya no estaba puesta en el juego. No podía… No podía dejar de verla afuera.

—Arlo —susurro, incapaz de no acercarle el brazo. Él levanta la mirada de golpe cuando le tomo la mano—. Lo siento mucho.

—Gracias —responde, con los ojos clavados en los míos.

Trago el nudo que se me hizo en la garganta y le suelto la mano.

—Ya han pasado algunos años y no se hace más fácil, pero supongo que se empieza a lidiar mejor con la pérdida. Tamy siempre quiso venir a Inglaterra —me cuenta con una sonrisa tenue—. Aquí vive nuestro primo, se mudó al Reino Unido hace unos años, y ella siempre quiso visitarlo. Así que me pareció una buena idea venir a la universidad aquí. Se me ocurrió que me vendría bien cambiar de aires, ¿sabes? Cuando entré a Durham, traté de evitar el fútbol, pero… es difícil de ignorar aquí. A la gente le encanta.

—El juego bonito —asiento.

—Me volvió a cautivar enseguida. Mamá me alentó a que me probara en el equipo de la universidad. Ella cree que todavía hay alguna carrera para mí en el *soccer*, vaya uno a saber cuál, pero le gusta recordarme que es lo único en lo que soy bueno.

—Tu mamá suena genial —comento con una risita.

—Lo es —confirma con cariño—. Igual, no dejo de decirle que solo juego por diversión. No quiero que se haga ilusiones.

—Pensaste que sería divertido y entonces me conociste a mí, la cretina de la capitana que te trató de forma horrible. —Hago una mueca y hundo el rostro en las manos—. Lo siento mucho.

Siento que sus dedos tibios me rodean las muñecas y me baja las manos para que lo mire.

—En realidad, en todo caso, encendiste en mí algo que pensé que había desaparecido para siempre —asegura con un tono de voz que no lo he escuchado usar antes. Es dulce, sincero y serio—. Una sola práctica contigo me recordó las emociones que despierta. Hiciste que deseara volver a jugar bien al fútbol. Hiciste que quisiera ganar.

Trago saliva; la respiración se me pone temblorosa e irregular al tiempo que sus ojos penetran los míos. No ha movido la mano de mi muñeca, y su roce me está haciendo estremecer.

—Arlo —digo finalmente; siento mariposas en el estómago.

—¿Hm?

—¿Te gustaría… tomar otro trago?

—Sí —responde, y derrama una sonrisa—. Me gustaría.

CAPÍTULO NUEVE

Qué curioso cómo una noche puede cambiar por completo tu punto de vista respecto de una persona.

Hasta hoy, estaba convencida de que Arlo Hudson era un chico exasperante, egoísta, vanidoso y atrevido que no se tomaba nada en serio, pero ahora me doy cuenta de que me equivoqué. Es tan divertido y tan sencillo hablar con él que el tiempo pasa sin que lo note y, de pronto, reparo en que hemos estado conversando en este bar durante horas y estoy bastante ebria.

—Deberíamos irnos —sugiero mirando la hora en mi teléfono.

—Sí, está bien. Espera, antes de que nos vayamos, intercambiemos números —propone con naturalidad, y extiende la mano para que le pase el celular—. Así, la próxima vez que falte a una sesión de entrenamiento, no me tendrás que acosar; podrás enviarme un mensaje.

—No te acosé —protesto, y él sonríe mientras se agenda—. Y más te vale que no haya una próxima vez. Prometiste que ahora te lo tomarías en serio.

—Es verdad.

Una vez que ha guardado su número, se llama a sí mismo para obtener el mío y luego me devuelve el teléfono. Se pone de pie, se abriga y me ofrece la mano.

—Te acompaño a casa —afirma, como si no hubiera alternativa.

Deslizo la mano en la suya, tibia, y nuestros dedos se entrelazan al tiempo que me conduce a través del bar hacia la salida. Muy a mi pesar, me sube la adrenalina ante la idea de que otras personas nos estén mirando y piensen que estamos juntos, que crean que alguien como él quiere estar con alguien como yo. Sin pensarlo, le aprieto la

mano y noto que, en respuesta a eso, él aferra la mía más fuerte. El toque de su mano combinado con el alcohol me está mareando.

Arlo le agradece al personal de la barra cuando pasa por al lado y abre la puerta para salir, pero se frena en seco en el umbral cuando se da cuenta de que está lloviendo.

—¿Trajiste paraguas? —pregunta girando hacia mí. Niego con la cabeza.

—No pasa nada. No me molesta la lluvia.

—Claro que no —dice con un suspiro—. Eres escocesa.

Me suelta la mano para quitarse el abrigo y sostenerlo por encima de la cabeza, sale y gesticula para que lo siga.

—Ponte aquí abajo.

Le hago caso: salgo y me arrimo a su lado, le rodeo con una mano el brazo musculoso y tonificado y uso la otra para ayudar a sostener mi lado de la capa de lluvia improvisada. Entre risitas, avanzamos a paso ligero por las laberínticas calles adoquinadas que llevan a Collingwood. Arlo tiene que agacharse para que el abrigo quede suspendido sobre nuestras cabezas a la misma altura, lo cual hace que caminar rápido juntos sea todo un desafío. En un momento, me tropiezo y él me atrapa: su brazo fuerte sostiene mi peso e impide que me caiga. La lluvia cobra más fuerza y desistimos de intentar cubrirnos con el abrigo. Se lo cuelga del hombro y corremos a la par el último tramo de la calle que lleva a la residencia universitaria, los dos chillando de risa y empapándonos.

Cuando llegamos a la puerta, giro para mirarlo. Está cerca, el pecho le sube y baja mientras recupera el aliento. Se pasa la mano por el pelo; por las mejillas le chorrea agua de lluvia, que le gotea de la mandíbula afilada. No puedo quitarle los ojos de encima.

—Gracias por acompañarme hasta casa —logro decir con la voz rasposa; mi cuerpo se balancea en su dirección y delata el anhelo repentino que siento de estar cerca de él.

—Gracias a *ti* por invitarme a salir.

—¡No te invité a salir!

—Viniste a mi dormitorio y me pediste que fuera a tomar algo contigo. —Se le dibuja una sonrisa pícara en los labios—. A mí me suena a cita.

—Bueno, no lo fue —aclaro—. Solo quería disculparme por cómo me comporté ayer.

—No sé por qué te avergüenzas, Sadie. Me parece muy dulce que te hayas tomado el trabajo de venir hasta mi facultad a suplicarme que saliera contigo.

—Qué pesado que eres —murmuro poniendo los ojos en blanco—. No supliqué y *no* fue una cita.

—Como digas. Lo que sea que haya sido, me divertí. Deberíamos repetirlo.

—Ya quisieras.

—Sí, querría —dice con voz ronca y profunda.

Se me corta el aliento. Levanto la vista y lo encuentro mirándome fijo. Escudriña mis ojos con los suyos, alza la mano y con el pulgar me roza el pómulo, apartando con el gesto los mechones de pelo que se me han pegado a la piel con la lluvia. Yo separo apenas los labios. La respiración se le ralentiza al tiempo que a mí se me acelera el corazón, que me golpea tan fuerte el pecho que me pregunto si él no lo oirá por sobre el estruendo del temporal.

Me alza el mentón con los dedos, inclina la cabeza y presiona sus labios contra los míos. Me descubro devolviéndole el beso con vehemencia, le rodeo el cuello con los brazos y enredo los dedos en su pelo. Baja las manos hasta mi cintura, me arrima a él, y el beso se intensifica.

Un coro de chillidos distantes nos interrumpe cuando un grupo de amigos dobla la esquina y avanza por la calle a la carrera entre risas, intentando escapar de la lluvia. Con las manos todavía aferradas a mis caderas, él presiona la frente contra la mía, y le sonrío.

—¿Arlo? —Me muerdo el labio.

—¿Sí? —pregunta con voz áspera.

—¿Me acompañas a mi dormitorio?

—Sí.

Le deslizo la mano por el brazo y entrelazo los dedos con los suyos, me vuelvo para abrir la puerta de la residencia y lo guío escaleras arriba. No nos encontramos con nadie; todas las chicas salieron o están metidas en sus dormitorios. Agradezco que Jade tenga planes con sus amigas de la carrera esta noche; puedo confiar

en que nadie nos molestará y en que no deberé explicar cómo terminó Arlo Hudson en mi habitación.

A mí misma me cuesta creerlo, pero aquí estamos.

Cuando llegamos a mi puerta, él me espera a que la abra detrás de mí, muy cerca, acariciándome la cintura con impaciencia, y su aliento tibio me hace cosquillas en el pelo. Empujo la puerta para entrar y Arlo no se demora un segundo más: me gira hacia su pecho y deja que suene el portazo detrás de él mientras me pone contra la pared y presiona sus labios contra los míos, sin darme tiempo a encender la luz.

Me quito el abrigo y lo dejo tirado en el suelo; todo me da vueltas por la combinación del alcohol con el aroma almizclado de la colonia de Arlo. Me inclina la cabeza hacia atrás con suavidad para besarme la mandíbula y bajar por el cuello, desliza las manos fuertes por mi cintura hasta las caderas y las rodea para llegar a mi espalda baja. Me arqueo contra él y emite un sonido de placer, busca otra vez mis labios y me besa con más intensidad.

Lo guío hasta mi cama en la oscuridad, y mis dedos tantean con torpeza mi mesa de noche, buscando el interruptor de la lámpara; los dos nos rehusamos a dejar de besarnos. La habitación se llena de un resplandor naranja cálido, y me río bajito cuando nuestras piernas chocan con el costado de la cama y él pierde el equilibrio; termina sentado, me toma de la cintura y me atrae para que me siente a horcajadas. Le sostengo el rostro con las manos e inclino la cabeza para darle otro beso, esta vez, más lento y suave, y le paso los dedos por el pelo, al tiempo que él me aferra y me afirma encima de él. Interrumpo el beso y frenamos un momento; tengo la respiración agitada y débil. Arlo me observa y traga saliva.

De repente, me mareo, cierro los ojos y apoyo las manos en sus hombros para estabilizarme.

—¿Estás bien? —pregunta, con la voz llena de preocupación, y me aferra con más fuerza.

—Sí… Solo… necesito un segundo.

—Necesitas agua. Te traeré un poco —se ofrece, me levanta con delicadeza, como si no pesara nada, y me desliza por encima de sus piernas para sentarme en el borde de la cama.

—Hay unas botellas debajo del escritorio —le digo mientras me presiono la cabeza con la mano, tratando de que deje de dar vueltas.

Arlo encuentra el pack de seis botellas que compré más temprano, y lo oigo destapar una. Me da un toquecito suave y me la alcanza. La tomo, agradecida, y empiezo a beber de a sorbos.

—Era obvio que ibas a tener un pack de agua embotellada en tu dormitorio. —Se ríe, se sienta a mi lado y levanta la mano para apartarme el pelo del rostro y acomodármelo con dulzura detrás de la oreja—. Una actitud muy responsable y digna de una capitana.

—No me siento muy responsable en este momento —replico, con una mueca, y bebo otro traguito de agua.

—¿Necesitas que te traiga algo?

—No, estoy bien, solo me da un poco de vergüenza —admito en voz baja.

—¡Tranquila! Yo también estoy bastante entonado. —Hace una pausa con el ceño fruncido—. Probablemente sea una buena idea que… nos calmemos.

Exhalo y le paso la botella. Él bebe un par de tragos largos.

—Creo que necesito recostarme —declaro, y contorsiono el rostro cuando, sin querer, miro de lleno al foco brillante de la lámpara.

—Ven. —Se mueve para que me pueda desplomar sobre mi almohada. Me pone las piernas sobre la cama.

—Arlo. —Le tomo la mano y la sujeto con fuerza—. ¿Me haces un favor?

—¿Qué necesitas?

—¿Te quedarías? —Entrecierro los ojos.

—Sí —responde en voz baja—. Me quedaré.

Me aparto para hacerle lugar, él se acuesta a mi lado y abre el brazo para que pueda apoyarle la cabeza en el hombro y acurrucarme en su cuello. Me abraza, apaga la luz y me besa en la frente.

—Buenas noches, Arlo —susurro.

—Buenas noches, Sadie —susurra como respuesta, y su aliento tibio me roza la piel.

Siento que me da otro beso en la cabeza, y luego me duermo profundamente.

Cuando me despierto por la mañana, con la boca seca y la cabeza latiéndome con fuerza, él ya no está.

CAPÍTULO DIEZ

—¡Hola! ¿Sadie? —Jade me pega un codazo fuerte—. Necesito tu ayuda. ¿Qué crees que deba hacer?

—Perdón, ¿con qué? —me disculpo.

—Sabía que no estabas escuchando. —Suspira y aminora el paso; vamos caminando por las calles empedradas en dirección a North Bailey, hacia mi próxima clase. Ella ha accedido a acompañarme hasta su café favorito, para llevarse su tercer café del día—. ¿Qué te pasa hoy? Estás muy distraída.

—Lo siento, me duele un poco la cabeza, nada más —murmuro.

—¿Quieres un analgésico? Tengo algunos en la cartera —me ofrece, extrae un blíster de su bolso de diseñador y me lo pasa—. Esta mañana me moría de dolor, y eso me ayudó, no hay dudas. Deberías haber salido con nosotras ayer, te perdiste una buena noche. Podrías haber ido después de entrenar con Arlo.

No le he contado nada a Jade de lo que pasó anoche. Siento tanta vergüenza que apenas logro admitírmelo a mí misma. Al menos, puedo quedarme tranquila de que, a la hora que sea que se haya ido Arlo, Jade no lo vio, ya que volvió a la residencia esta mañana resacosa y desaliñada, vestida como iba anoche y con los tacones en la mano. Yo había tenido que mantener en secreto mi propia resaca, lo cual no me había resultado fácil, y resistí la necesidad de quejarme en voz alta de no haber tenido ni noticias de Arlo hoy.

Ni una nota, ni un mensaje, nada.

Si no fuera por mi dolor de cabeza punzante y por el aroma de su colonia que persistía en mi almohada esta mañana, hasta dudaría de si lo de anoche sucedió de verdad. Por suerte, no me acosté con él, o la falta de contacto de su parte hubiera sido aún más humillante.

—Habías salido con tus amigas de la carrera… No quería molestar —le explico, y me tomo dos analgésicos con un buen trago de agua.

—Sabes que siempre eres bienvenida. Por cierto, ¿cómo estuvo?

—¿Qué cosa?

—La práctica con Arlo.

—Ah. Em. Bien. —Arrugo la frente y el calor me empieza a subir a las mejillas; ansiosa, cambio de tema—. ¿Qué me habías preguntado antes, que no estaba escuchando?

—El chico con el que estuve anoche, ¿le escribo o no?

—Si te gusta, escríbele —respondo con un encogimiento de hombros.

—Igual, no estudia aquí. Vive en Londres y estaba visitando a un amigo. Entonces, ¿qué sentido tiene iniciar una conversación? No es que tenga futuro. —Se acomoda las gafas de sol en la nariz, a pesar de que el día está frío, ventoso y amenaza con llover—. Pero estaba bueno, y era gracioso. Además, el sexo estuvo increíble. De verdad, Sadie, si no fuera porque salió a bailar en chanclas, hubiera dicho que era el hombre de mis sueños.

—Bueno —me río—, algo malo debe tener. Esa inclinación por las sandalias no me parece un factor decisivo.

—No quiero parecer desesperada.

—¿Quieres que te sea sincera? Si pasas la noche con alguien, es lindo mandarle un mensaje al día siguiente, incluso si la relación no va a prosperar —opino, descorazonada con mi triste situación.

—Tienes razón —concede ella, y asiente con la cabeza al tiempo que paramos frente al café—. Si fuera al revés, y él tuviera mi número, pero yo no el suyo, apreciaría que me enviara un mensaje.

—Ahí está tu respuesta, entonces.

Extrae el teléfono y me mira, en pánico.

—¿Qué le digo?

—Ponle algo tipo… —empiezo poniendo los ojos en blanco y fingiendo que me desvanezco mientras abro de par en par la puerta del café—. «Fue la noche más maravillosa de todas y solo puedo pensar en ti y en tu…». *¡Mierda!* ¡Perdón!

Estoy tan metida en mi propia actuación que me topo de lleno con una persona que sale del establecimiento y la hago volcarse todo el

café que acaba de comprar en la camisa. Cuando levanto la vista para mirar al damnificado, me paralizo.

—Vaya, ¡Arlo! —Contengo la respiración, y el calor me invade el rostro.

Él se sacude el café de la mano con una mueca.

—Hola, Sadie —musita mientras se examina la mancha de la ropa con el ceño fruncido.

—Estábamos hablando de Jade, recién —me apresuro a soltar.

—¿Eh? —Levanta la mirada un momento, extrañado.

—Estaba diciendo lo que *ella* debería escribirle a alguien. No hablaba de… Eh… En pocas palabras, ayer pasó la noche con un chico y yo le estaba dictando un mensaje. Uno falso. Obviamente.

—¿Okey? —Parpadea sorprendido—. Genial. No oí lo que decías, me distraje un poco cuando me salpicó el café caliente.

—Claro. Mierda. Perdón. Te compraré otro —tartamudeo, y me paso la mano por el pelo.

—No, no te preocupes —responde con una sonrisa leve, y me rodea para salir.

—Por favor, me siento mal… ¿Seguro que estás bien?

—Sí, en serio. —Gesticula con la mano para restarle importancia —. La camisa se llevó la peor parte. Nos vemos, chicas.

—Adiós, Arlo. Nos vemos en el entrenamiento —saluda Jade con dulzura, para luego arremeter contra mí—. ¡Sadie! ¿Por qué le andas contando a la gente sobre mi vida sexual como si nada?

—¿Eh? —digo sin prestarle atención, con los ojos clavados en él.

—¡Le acabas de contar que pasé la noche con alguien! O sea, no me avergüenzo ni nada, pero él ni siquiera te había preguntado.

—Perdón, es… Es que pensé que, por ahí, me había oído y se le había ocurrido que estaba hablando de… —Me callo. Ella arquea las cejas.

—¿Te preocupó que te hubiera oído hablando de una noche maravillosa y que se quedara con la idea de que hablabas de su práctica de fútbol? Ya sé que me has dicho que es arrogante, pero de seguro no es tan vanidoso, Sadie.

—Tienes razón, sí, soy una estúpida. —Me miro los zapatos—. Lo siento, Jade.

—No pasa nada. No me importa. —Vacila y luego añade, alegre y casual—: Quizá se ponga celoso y me invite a salir.

—¿Qué? —Levanto la cabeza de golpe—. ¿Quieres salir con Arlo?

—¡Ajá! —Se le dibuja una sonrisa pícara en el rostro, se quita los lentes con un movimiento veloz y me apunta con ellos, acusadora—. ¡Lo sabía! Te pasan cosas con él.

—¡Claro que no!

—Claro que sí. Protesta todo lo que quieras, pero la tensión sexual entre ustedes dos se nota a kilómetros. Ni hablar de los celos que acabo de ver apenas insinué la idea de que Arlo Hudson saliera con otra persona. Te *encaaaanta*.

—Ay, cállate —resoplo, entro en la tienda de café y ella me sigue, entre risitas—. *No* me gusta Arlo Hudson.

—Te creería, Sadie McGrath, si no fuera porque tus mejillas están tan rojas como ese pelo brillante y fabuloso que tienes —bromea y se para conmigo al final de la fila—. Si fuera tú, no me preocuparía… Se nota que también le gustas.

—Sí, porque recién fue *suuuperamable* conmigo —comento, sarcástica, y me desmorono por dentro de la vergüenza y el rechazo, claros como el agua. Apenas me dirigió la palabra, y ni una fue en alusión a la noche que pasamos juntos.

—¡Vamos! Gracias a sus entrenamientos particulares, claramente, Arlo ya te conoce. Sabe que tiene que ser paciente y trabajar a largo plazo para enamorarte. No es que vas a verlo y vas a caer enseguida a sus pies, como su creciente club de fans.

—¿Tiene club de fans?

—¿Por qué te importaría que lo tuviera? —Me sonríe de oreja a oreja.

—No me importa —insisto, y, con el ceño fruncido, finjo estudiar el menú escrito en la pizarra colgada detrás del mostrador.

—Por si no te has dado cuenta, es un lindo chico, y encima tiene a su favor que es deportista. Es como el típico atleta *sexy* de las películas estadounidenses para adolescentes, solo que no es un cretino.

—¿Estás segura de eso? —resoplo.

—Creo que debes darle una oportunidad —responde, altiva—. Nunca se sabe, podría sorprenderte.

—O puede que termine siendo justo el tipo de persona que creo que es. —Me acerco a la caja registradora y le lanzo una sonrisa cálida al barista—. Dos *flat white*, por favor.

—¿Nunca se te ocurrió que, tal vez, lo intimides? —comenta Jade mientras pago y nos movemos al otro extremo del mostrador para esperar nuestras bebidas—. A veces, das un poco de miedo cuando juegas al fútbol. No me malinterpretes, como compañera de equipo, me encanta eso. Pero, quizá, lo pones tenso y nervioso… Seguro dice estupideces para impresionarte. Deberías ser más indulgente cuando hables con él.

—Jade —comienzo con un suspiro profundo—, no lo pongo nervioso. Créeme. Y, para que sepas, ayer fui amabilísima con él y… conectamos. Un poco. Pero, después, me lo encuentro hoy ¡y apenas me mira! Tú estabas ahí. Viste que no dijo demasiado y luego rehuyó mi compañía tan rápido como le fue humanamente posible.

—Pero, Sadie, por Dios, le tiraste una bebida caliente encima y después le soltaste a gritos las aventuras sexuales de tu mejor amiga. —Se ríe y me mira como si no pudiera creer lo que le digo—. ¿Qué esperabas que dijera?

—¡Nada! Nada. —Me ruborizo—. No importa.

Me observa con curiosidad.

—¿Cómo fue que conectaron?

—¿Qué?

—Dijiste que conectaron en el entrenamiento de ayer. ¿De qué hablaron?

—De nada importante —murmuro—. Pensaba que habíamos roto el hielo, nada más. Recién, parecíamos dos extraños.

—¿Tienes su número? Mándale un mensaje —sugiere—. Discúlpate de nuevo por el accidente con el café. Vamos, ¿por qué no? Como me aconsejaste tú, si te gusta, escríbele.

—Ya te dije que no me gus…

—Sadie —me interrumpe alzando la mano—, por favor, no pasemos por esto otra vez. Apenas tengo paciencia para esta clase

de idas y vueltas de mierda cuando me siento bien, imagínate ahora, con la resaca de mi vida gracias a los cinco mil vasos de sambuca que consumí anoche.

Suspiro y extraigo mi teléfono, feliz en secreto de tener una buena excusa para contactarlo.

—Está bien. Le escribiré para pedirle perdón por lo del café.

—Bien —contesta, satisfecha. Luego, agradece y toma los dos cafés que aparecen en el mostrador para nosotras—. Te apuesto lo que quieras a que responde coqueteando.

Esta vez, Jade se equivoca.

Esa noche, siento el peso aplastante de tener razón acerca de Arlo Hudson. No responde coqueteando.

Directamente, no me responde.

CAPÍTULO ONCE

En un mundo ideal, podría evitar por completo a Arlo, pero sé que estaremos obligados a vernos casi todos los días de la semana, gracias a que los entrenamientos de nuestros equipos son a la misma hora y a que, además de eso, tenemos nuestras sesiones privadas. Por suerte, en la primera práctica grupal después de aquellos tequilas, se vuelve evidente muy rápido que ninguno de los dos le ha contado a nadie más sobre la noche espontánea que pasamos juntos. Aunque los chicos no entrenan con nosotras hoy, sí están en la cancha de al lado, y nadie acota nada ni se comporta de manera diferente conmigo. Los conozco lo necesario como para estar segura de que, si tuvieran alguna sospecha de lo que pasó, habría comentarios. No habría forma de que Dylan Carson no aprovechara la oportunidad de avergonzarme.

Agradezco que Arlo tenga la clase suficiente para no alardear sobre estas cosas.

Solo que esa clase no le alcanza para enviarme un puto mensaje después.

Evito expresamente mirar para su cancha tanto como me es posible. En un momento, en medio de un ejercicio, sin querer hago contacto visual con él, que se incorpora y me sonríe con afabilidad, con el rostro iluminado. Frunzo el ceño y desvío la mirada. Cuando pateo un penal hacia el final del entrenamiento, lo oigo aplaudirme y gritar: «Buen tiro», pero no me doy por aludida. Ya bastante humillada estoy como para que él empeore la situación elogiándome porque me tiene lástima.

Cuando Hendricks toca el silbato y nos manda a ordenar los conos y largarnos, me sorprende oír que me llama Dylan.

—¡Sadie! Hola. —Se acerca al trote por detrás mientras me agacho a levantar la pelota de donde la metí, en el fondo del arco.

—Hola, Dylan —lo saludo, perpleja, mientras los demás van saliendo del campo de juego en dirección a los vestuarios—. ¿Todo bien?

—Sí, bien. Bárbaro —responde sin sonar muy convencido; se quita los guantes de arquero y gira para comprobar que ya estemos solos —. Que… Eh… Quería hablar de algo contigo, en realidad.

—Okey. ¿Qué pasa?

—Quería pedirte un consejo. —Suspira con la cabeza ladeada—. Sobre Hayley.

—Querías… ¿Eh? —Parpadeo, sorprendida.

—¡No sé qué hacer! —exclama levantando las manos, exasperado —. ¡Es muy difícil de entender! ¿Por qué es así?

—¿Me estás…? ¿Es un chiste? —pregunto, y miro nerviosa para todos lados para verificar que ninguno de los imbéciles de sus amigos esté acechando detrás de los postes del arco, filmándonos en secreto. Pero no hay nadie cerca: las canchas se vaciaron y los únicos que quedan son Arlo, Hendricks y Nevile, que están conversando a algunos metros.

—Hablo en serio. Tienes que ayudarme —insiste Dylan y me suplica con la mirada—. Siento que me estoy volviendo loco. Un día me adora y, al día siguiente, no me responde los mensajes. Dijo que no quería salir con nadie más, pero luego, anoche, casi ni me dirigió la palabra y anduvo coqueteando con otro chico en el bar.

—Em, Dylan, no creo ser la persona que…

—La conoces mejor que nadie —persiste, con la frente arrugada —. Ya sé que es extraño que te pregunte estas cosas a ti, pero ya la has superado, ¿no? Ahora son, tipo, amigas.

—Sí. —Carraspeo—. Claro.

—Entonces, ¿es normal eso? ¿Se puso así contigo? ¿Debería preocuparme? No quiero que me deje de un día para el otro, como te hizo a ti.

Dios, que alguien me mate.

—La verdad, no teníamos la misma relación que tienen ustedes — logro decir mientras pienso que ojalá el campo se abriera debajo de

mis pies y me tragara—. No hablamos de exclusividad ni nada por el estilo.

—Sí, pero estuvieron juntas un tiempo, o algo así —señala con impaciencia—. Me contó que lo de ustedes iba bastante en serio.

—¿Te dijo eso? —me sorprendo.

Se encoge de hombros.

—Mira, Dylan, por lo que he visto, le gustas de verdad —termino opinando cuando me doy cuenta de que no me dejará en paz hasta que no le haya respondido algo—. Estoy segura de que no tienes de que preocuparte.

—¿Sí? Okey, genial. —Asiente con la cabeza, aliviado—. Es raro. Nunca estuve en esta situación. Por lo general, soy yo el que deja, entonces, no sé bien cuáles son las señales de aviso si me está por pasar, ¿sabes? Por eso se me ocurrió preguntarte a ti sobre el tema.

—Qué… dulce —comento con una sonrisa forzada—. Bueno, si alguna vez quieres más consejos sobre cómo es que te dejen, sabes dónde encontrarme.

—Gracias, Sadie —dice alegremente; se le escapa mi sarcasmo—. Nos vemos luego.

Se da vuelta y se aleja trotando, y yo niego con la cabeza, incrédula. Sigo pasmada con la conversación cuando salgo del vestuario, más tarde, luego de haberme duchado y cambiado. Jade tenía que irse corriendo después del entrenamiento, pero ya estoy ansiosa por contarle todo al respecto y escuchar su opinión. Estoy segura de que será entretenida.

Al salir del centro deportivo, todavía sonrío pensando en la reacción de Jade cuando reparo en un grupito de personas reunidas afuera. Arlo está ahí, rodeado de tres chicas y un chico, a quienes no reconozco. Los cuatro se ríen bajito de algo que acaba de decir Arlo, y una de las chicas le apoya una mano en el brazo. Agacho la cabeza y avanzo con decisión para dejarlos atrás lo más rápido posible.

Cuando doblo la esquina, Arlo aparece corriendo detrás de mí y empieza a caminar a mi ritmo.

—Oye, espera —me pide, inquieto—. ¿Qué tal tu entrenamiento? Te veías increíble hoy. Es decir, jugando. No en general. O sea. No es que no te vieras increíble. Obvio que te ves increíble también en

general. Bueno, se entendió todo mal. —Se ríe con nerviosismo—. En fin, quería hablar contigo sobre el otro día.

—¿Sobre qué? —pregunto mirando fijo hacia delante, sin aminorar la marcha.

—Quería disculparme por no responder a tu WhatsApp sobre el accidente del café —explica, y aprieta el paso para no quedarse atrás—. Fue lindo de tu parte, escribirme, y me siento mal por haberme olvidado de contestar.

No debe tener ni idea de lo dolorosas que me resultan sus palabras. Ahí estaba yo, revisando mi teléfono cada cinco minutos, analizando las tildes azules que aparecían junto a mi mensaje y mostraban que había sido leído, sufriendo por el hecho de que casi nos habíamos acostado y preguntándome qué pensaría él…

Y él solo se había olvidado de contestar.

Enseguida me doy cuenta de que tengo dos opciones: enfadarme con Arlo y probarles tanto a él como a Jade que, de alguna manera, efectivamente, terminé sintiendo cosas por él, lo cual, a juzgar por esta conversación, no hay duda de que no será recíproco; o superar todo esto, olvidar que alguna vez pasó algo y ahorrarnos a todos la vergüenza.

La segunda alternativa es la elección más obvia.

—No hay ningún problema —le digo—. Te soy sincera, ni noté que no me habías respondido. Solo quería disculparme otra vez por arruinarte la ropa.

—En realidad, la mancha salió con el lavado, así que la camisa se salvó.

—¡Gracias a dios! Qué alivio —comento, y me paso un poco con el entusiasmo, la verdad.

—¡Sí! Gracias a dios —iguala mi tono.

Nos sumimos en un silencio incómodo mientras caminamos el uno junto al otro. Carraspeo.

—Entonces, ¿cómo te fue en tu entrenamiento? —pregunto con jovialidad—. Me fue inevitable notar que no has seguido ninguno de los consejos que te di en nuestras sesiones particulares. Erraste ese segundo tiro al arco porque perdiste el control de la pelota. Estabas ocupado alardeando.

Los hombros se le relajan de forma notoria y le desaparecen las arrugas de la frente; avanza junto a mí con paso relajado y se mete las manos en los bolsillos.

—Me pareció que jugué bastante bien hoy —replica, y le brota una sonrisa de alivio.

—Fue un desempeño medio. Tenemos mucho que trabajar mañana.

—Me aseguraré de prestar atención.

—No llegues tarde.

—No me atrevería.

Cuando giro para alejarme en dirección a Collingwood, resisto la urgencia de volver la vista hacia atrás y mirarlo por encima del hombro. Toda esta situación me resulta mortificante. Suspiro y deseo poder retroceder el tiempo.

Ojalá no hubiera ido a su habitación a invitarlo a tomar algo. Ojalá no hubiéramos bebido tanto tequila. Ojalá, cuando me acompañó hasta la facultad, le hubiera dado las buenas noches y luego la espalda.

Ojalá pudiera dejar de pensar en ese beso cada vez que cierro los ojos.

CAPÍTULO DOCE

Me esfuerzo al máximo por mantener distancia de Arlo desde el punto de vista emocional, pero resulta mucho más difícil de lo previsto. En nuestros entrenamientos particulares, hago todo lo que está a mi alcance para que la relación se mantenga lo más profesional posible y que la conversación se limite al fútbol, pero él es tan relajado y encantador que descubro que soy incapaz de resistirme a caer en la trampa de charlar con él también sobre temas personales. No tocamos ninguno muy serio, como sí hicimos en el bar, pero hablamos de cómo estuvo nuestro día, de adónde vamos a salir por la noche, de cómo les está yendo a nuestros equipos en el campeonato y de cómo nos sentimos en los partidos.

Descubro que tengo ganas de verlo.

Jamás menciona lo que pasó entre nosotros, así que yo tampoco. Actuamos como si nunca hubiera sucedido, aunque, gracias a esa noche, se puede decir con seguridad que nos entendemos un poco mejor: yo me ablandé y él, sin duda, se está esforzando más en los entrenamientos. En todo caso, pareciera que disfrutamos de las prácticas más que antes.

Sin embargo, por mucho que intente olvidarme, hay veces en las que mi mente se ve arrastrada a esa noche, y me vienen recuerdos del momento electrizante en que me besó por primera vez afuera de la residencia de la facultad, la forma en que me puso contra la pared de mi dormitorio y apretó su cuerpo contra el mío…

—¿Estás nerviosa? —me pregunta una tarde durante una práctica, arrancándome de la fantasía que estaba teniendo con él.

—¿Qué? —le paso la pelota, inquieta—. ¿Por qué estaría nerviosa?

—Por tu partido de mañana por la tarde contra Northumbria —responde mirándome extrañado mientras frena la pelota con la suela del botín—. Estábamos hablando de eso. Decías que son un buen equipo. ¿No perdieron contra ellas hace poco?

—Ah, eso. Nos vencieron en un partido benéfico, pero mañana ganaremos nosotras.

—Me gusta tu seguridad. —Parece impresionado.

—Venimos jugando bien, a pesar del pequeño traspié contra Edimburgo.

—Una única derrota en lo que viene siendo una temporada perfecta.

—Una derrota de sobra.

—Qué difícil es complacerte, McGrath —resopla, acomodándose el gorrito para protegerse las orejas del frío—. Están ustedes, que se la pasan ganando partidos, y luego nosotros, que nos la pasamos perdiendo. Solo espero mañana jugar mejor de lo que lo hice la semana pasada. Fue un bochorno.

—Eso no es cierto… Jugaron mucho mejor como equipo —afirmo —. Parecía que tú y Michael se estaban comunicando muy bien. Tuvieron mala suerte al final.

—Perdimos, nos metieron un gol en los últimos cinco minutos.

—Como dije, tu equipo tuvo mala suerte. Y, del grupo, tú fuiste, por lejos, el mejor jugador. Ojalá esto no suene condescendiente, porque en serio no es mi intención, pero creo que estas prácticas extras nos están ayudando mucho a los dos. Estás jugando de modo brillante, cuando no te desconcentras. Mañana ganarán, lo sé.

No parece convencido; con un movimiento rápido de la punta del pie, levanta la pelota en el aire y la hace rebotar en la rodilla. Cuando la pelota cae al césped, Arlo se lleva las manos a la cintura y baja la cabeza.

—¿Estás bien? —le pregunto con el ceño fruncido. De repente, parece agobiado.

—Sí, todo bien —me asegura, luego añade en voz baja—: Ojalá el partido no fuera mañana, solo eso.

—Es normal que te pongas nervioso antes de un partido importante, pero te irá bien.

—No es… —Se interrumpe.

Lo observo con curiosidad; advierto que un destello de tristeza recorre su expresión cuando clava los ojos en el suelo.

—Arlo, ¿qué pasa? ¿Hay algo más? ¿Por qué es malo que sea mañana?

—Nada —responde con una media sonrisa—. Tienes razón. Son los nervios previos al partido, nada más.

—¿Seguro? Si quieres hablar de algo, pues…

—Estoy bien —dice con brusquedad.

—Okey. Bueno, Hendricks sugirió que hoy practicáramos tiros bajo presión —le informo—, pero si trabajar en otra cosa te haría sentir mejor, dilo.

—No, suena bien. —Asiente, y se recompone.

—Empezarás en la banda, te moverás hacia el centro y tomarás el control de la pelota. Yo haré de defensora y cruzaré corriendo el área en diagonal para posicionarme junto a ti e intentar rechazarte. Tú trata de esquivarme, busca el espacio y dispara al arco. ¿Entendido?

—Suena bastante fácil —asegura con un encogimiento de hombros.

—Ah, ¿sí? —Arqueo las cejas—. En ese caso, hagámoslo un poquito más difícil y sumémosle un límite de tiempo. Tienes treinta segundos para esquivarme y patear al arco.

—Lo haré en diez —replica con una sonrisa astuta.

—Esa es la seguridad que necesitas mañana —le recuerdo, troto hasta la pelota y la llevo regateando hasta el centro—. Muéstrame tus habilidades.

Se aleja mientras me posiciono en el borde del área. Compruebo que esté listo, miro mi reloj y le doy una señal. Arlo corre a controlar la pelota y yo hago lo mismo en su dirección. Él me observa aproximarme, se le dibuja una amplia sonrisa en el rostro y se ríe e intenta amagar un tiro para despistarme.

Pero estoy preparada para una jugada así; le bloqueo el paso con facilidad, le arrebato la pelota y la despejo hacia la línea de medio campo. Me vuelvo con aire triunfal y lo encuentro con las manos detrás de la cabeza y una mueca de sufrimiento.

—Estoy calentando —sostiene, y baja las manos.

—Yo también —contesto, incapaz de contener una sonrisa—. Vamos de nuevo.

Me adelanta trotando para buscar la pelota y yo regreso a mi posición inicial. Reviso el reloj para recordarle el límite de tiempo, le hago un gesto y recomenzamos el ejercicio, pero le vuelvo a robar la pelota. Maldice por lo bajo cuando la pateo fuera del área.

—No estás tomándotelo en serio —lo acuso—. Te ríes cuando corro hacia ti. ¿No crees que sea una defensora digna?

—No, ¡claro que sí! Solo que… —Se encoge de hombros y aprieta los labios, frustrado.

—Estás tonteando. Esto no es un chiste, Arlo, así que deja de trivializar la situación. Ponte serio, para variar. No me veas como si fuera yo. Por si te ayuda, no te estoy viendo como si fueras tú. Te veo como un perdedor total al que le quitaré la pelota, al que se la quitaría dormida y todo.

—Bueno —exclama entre dientes—. Qué agradable.

—Soy todo menos agradable cuando juego al fútbol, y tú tampoco deberías serlo —afirmo con severidad—. Prueba de nuevo, pero, esta vez, esquívame con la pelota y métela en el arco. ¿O prefieres continuar como hasta ahora y dejar que te humille toda la tarde?

Contrae la mandíbula y toma una gran bocanada de aire.

—Okey —termina diciendo—. Vamos otra vez.

Ahora, cuando corro hacia él, no se ríe. Con expresión decidida, lleva la pelota cerca de él, enfocado, la mantiene bajo control con el exterior del pie, me esquiva y dispara al arco. Giro al instante y observo cómo la pelota pega en el palo. Arlo echa la cabeza para atrás y emite un quejido.

—¡Eso fue brillante! —Lo aplaudo.

—Le erré —murmura, mirando al arco con el ceño fruncido.

—Arlo, me pasaste por al lado antes de que supiera qué sucedía —le señalo—. Mantuviste el control bajo presión y aprovechaste el espacio generado. Demostraste habilidad y determinación. La próxima, va a ser gol. Vamos, otra vez desde el principio.

Con un suspiro hondo, obedece. Practicamos el ejercicio tres veces más: la primera, la mete. La segunda, consigo bloquearlo, y le

señalo su falta de concentración, que aparece de la mano de su autosuficiencia. La tercera vez, me gambetea, patea y mete el gol. Es una jugada hermosa. Le choco los cinco cuando se me acerca corriendo con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Una vez más? —sugiere, y gira la pelota entre las manos.

—Pasemos a otra cosa, practiquemos tiros de esquina.

—O sea que ahora me tienes miedo —bromea—. He demostrado que puedo vencerte.

—Muy bien, una más. —Levanto el mentón, desafiante—. Esta vez, no seré amable.

—A diferencia de las anteriores —dice arqueando las cejas.

Mientras vuelvo para atrás, lo observo estudiar el arco y trato de leerle la expresión con la que calcula lo que hará. Cuando la boca se le curva en una sonrisa misteriosa justo antes de mirarme y asentir, adivino que intentará engañarme, de seguro con algún amague. Apenas toca la pelota, me lanzo a la carrera para atacar y hacerle una barrida antes de que pueda esquivarme. Logro robarle la pelota y lo oigo gritar de frustración mientras me la llevo rodando.

—¡En tu cara, Hudson! —alardeo con una risita.

De repente, siento que me envuelve la cintura con los brazos y me levanta en el aire, gira conmigo para alejarme de la pelota y me deja caer de golpe del otro lado. Corre la pelota riéndose a carcajadas, evita que salga de la cancha y la redirige hacia el arco.

—Oye… ¡Árbitro! —grito, y me echo a correrlo.

Cuando lo alcanzo, trato de desplazarlo con un empujón y le quito el control de la pelota rozándola con el pie, pero, al hacerlo, me tropiezo, me caigo y lo tiro conmigo. Aterrizamos de espaldas en el césped y ahí quedamos, riéndonos, con las piernas enredadas.

—Qué mal perdedor que eres, Arlo Hudson —le digo, con la vista en el cielo.

—Y qué molesto es lo talentosa que eres —replica con un suspiro, se incorpora sobre los codos y gira la cabeza para mirarme desde arriba; tiene el rostro salpicado de lodo por la caída.

Nos quedamos en silencio, respirando agitados. El estómago se me hace un nudo cuando veo cómo sus ojos me miran fugazmente

los labios. Se acerca para limpiarme una manchita de lodo de la mejilla. Empieza a inclinar la cabeza…

—Deberíamos practicar tiros de esquina —suelto. Me alejo y me pongo de pie con torpeza.

Al principio, parece sorprendido, pero luego asiente con la cabeza y también se pone de pie.

—Sí, suena bien —responde mientras se sacude la ropa—. Voy a buscar la pelota.

Cuando se vuelve y sale trotando, tomo una gran bocanada de aire e intento que se me calme el corazón. Eso estuvo cerca. Quizá esté malinterpretando las cosas, pero hubiera jurado que estaba pensando en besarme. No puedo caer otra vez en esa trampa.

CAPÍTULO TRECE

Esa noche, más tarde, no dejo de pensar en Arlo. Me arde la piel cuando me acuerdo del momento en que casi nos besamos, y no puedo librarme de la sensación de que había algo que no me estaba diciendo hoy, en el entrenamiento. Sigo dándole vueltas a lo raro y evasivo que se puso cuando le pregunté por qué estaba preocupado por el partido de mañana y no tengo idea de cuál podría ser el motivo. Se me ocurre que, quizá, Liverpool le trae malos recuerdos o algo así, ya que jugará allí, pero luego recuerdo que dijo que «ojalá el partido no fuera mañana». El problema no es el lugar. Es la fecha.

Reviso su perfil de Instagram en busca de pistas, pero, aunque tiene cuenta, no publica casi nunca. Sentada en la cama con las piernas cruzadas, abro mi computadora portátil y escribo su nombre en Google. Aparecen muchos enlaces que no están relacionados, así que añado «San Francisco» y «*soccer*», para ver si ayuda a afinar la búsqueda. Aprieto Enter y el primer artículo que sale es sobre el accidente. Trago el nudo que se me forma en la garganta, muevo el mouse para hacer clic en el vínculo y espero a que cargue la página.

Ojeo la noticia, donde se cuenta que la hermana melliza de una «estrella del *soccer* local» murió trágicamente en el accidente y que Arlo sufrió varias heridas graves. El conductor del otro vehículo era un poderoso empresario con ambiciones políticas. Fue sobreseído. Cuando vuelvo a leer el título, reparo en la fecha y, de repente, todo cobra sentido. Mañana es el aniversario de la muerte de la hermana. Claro. ¿Qué otra cosa podría afectarlo tanto?

Cierro la computadora, me desplomo contra las almohadas y me froto los ojos. Con razón parecía conflictuado por el partido de mañana. Debe estar sintiendo un montón de emociones al lidiar con

los recuerdos del choque y pensar en cómo cambió su vida para siempre, además del dolor de perder a su melliza. Quizá no debería jugar. Tal vez le gustaría tomarse el día para estar tranquilo.

O quizá quiere jugar. Así tiene algo que lo distraiga. Pienso en mandarle un mensaje, y empiezo a escribir, pero enseguida desisto y guardo el teléfono. Si hubiera querido que lo supiera, habría dicho algo cuando tuvo la oportunidad. Es evidente que no le apetece hablar del tema y yo no quiero desconcentrarlo.



A la mañana siguiente, trato de enfocarme en el partido de la tarde, pero no logro dejar de pensar en Arlo y preguntarme cómo estará. Además, no nos vamos a ver en todo el día porque nosotras jugaremos de locales y ellos de visitantes.

—¿Estás bien, capitana? —pregunta Jade en el vestuario antes del partido mientras se pone los pantalones cortos—. Pareces un poco desanimada hoy. ¿Todo bien con tu papá?

—Sí, está… igual. Perdón, estoy bien. Solo estoy pensando en nuestra estrategia —miento.

Al notar su expresión preocupada, fuerzo una sonrisa y me recuerdo que este partido es importante. Perdimos contra este rival hace poco, en aquel partido benéfico, y mi equipo va a ser muy consciente de eso; puede que su confianza esté debilitada, y es mi trabajo como capitana aumentar su seguridad. Necesitamos ganar estos puntos. Así que me quito a Arlo de la cabeza, me pongo de pie de un salto y doy unas palmadas para reunirlas a todas antes de salir a la cancha.

—Bueno, gente, vengan. —Escudriño los rostros ansiosos de mis compañeras, formadas en círculo alrededor de la banca, en el centro del vestuario—. Ya sé que quizá no sea un partido fácil, pero tenemos una ventaja.

—¿Nosotras? —Hayley no parece convencida, y se cruza de brazos —. Son un equipo muy sólido y nos ganaron, ¿te acuerdas?

—Justamente por eso —insisto, y ella me mira con el ceño fruncido, confundida—. Hoy ellas saldrán al campo de juego pensando que ya tienen la receta para derrotarnos, pero nosotras hemos aprendido de nuestros errores y contratacaremos con diez veces más fuerza. No podrán ni reaccionar.

—¡Sí! —Jade me da unas palmadas en la espalda—. ¡Me encanta! Demostremos de qué madera estamos hechas, ¿cierto, chicas?

El equipo responde a coro, mucho más confiado y entusiasmado que antes de que les diera la charla motivacional, y yo me vuelvo hacia Jade y le choco los cinco. Hayley espera a que las demás comiencen a enfilar hacia afuera y se me acerca.

—Perdón por ponerme tan negativa recién, Sadie. Siempre puedo confiar en que me animarás cuando empiezo a dudar de mí misma —dice, y me lanza una sonrisa afable—. Eres todo lo que debe ser una capitana.

Con un movimiento veloz de la cabeza, se corre la coleta hacia atrás del hombro y sigue a la última de las chicas que se apresuran a salir del vestuario. Cuando Jade me dirige una mirada de advertencia, le aseguro que estoy bien y que lo único en lo que estoy pensando es en el partido. Pero, cuando salgo corriendo al encuentro de los gritos alentadores de la hinchada local, me desconcierta un poco el hecho de que, si algo me tiene distraída hoy, no es mi ex y el comentario sugerente que me hizo justo antes de jugar.

Es Arlo Hudson.



Celebramos el triunfo en una de las discotecas para estudiantes más conocidas de la ciudad; ahí nos encontramos después de haber ido

cada una a alistarse a su respectiva facultad. El lugar tiene dos pisos, uno de los cuales, los miércoles por la noche, es exclusivo para los clubes deportivos de Durham, así podemos reunirnos ahí después de los partidos sin preocuparnos por reservar un área para los equipos. Cuando entro a la parte acordonada, noto que algunas personas me miran y me sonrojo, satisfecha de que el vestido con recortes azul oscuro y los tacones cuadrados altísimos, atuendo que Jade me incentivó a ponerme, están produciendo el efecto adecuado.

—Aquí tienes, capitana. —Amy me pasa una copa de *prosecco*—. Por nuestra última victoria. —El minivestido rojo entallado le queda increíble.

—¡Salud! —grita Quinn a todo pulmón, e induce a todo el equipo a chocar las copas y lanzar vítores por encima de la música—. ¡Saldremos CAMPEONAS!

—No nos adelantemos —ruego, pero Quinn no me oye: está demasiado ocupada meneándose al ritmo de la canción que suena.

—Pero hará falta un equipo arrollador para vencernos… Admítelo —dice Amy con una sonrisa de oreja a oreja—. Mírate hoy, Sadie. Ese penal nos dio la victoria.

—Tú fuiste la que hizo dos goles, Amy, no yo —le señalo—. Yo estuve muy dispersa en el primer tiempo.

—Les recuerdo a las dos que vinimos aquí a festejar —se queja Jade, me sujeta el rostro con las manos y me da un fuerte beso en la mejilla—. Mañana pueden analizar cómo jugaron todo lo que quieran, pero hoy, ¡a bailar!

—Está bien. —Me río mientras ella toma la botella de la cubeta de hielo y rellena su copa—. ¿Y los chicos? ¿Sabemos cómo les fue?

—Hayley me contó que Dylan le mandó un mensaje —responde Amy con una mueca—. Perdieron uno a cero. ¿Y oíste lo de tu estadounidense?

—No es *mi* estadounidense —la corrijo, y me sube el calor al rostro por la insinuación—. Pero ¿a qué te refieres? ¿Le pasó algo?

—Cometió una falta e insultó al árbitro, así que recibió una tarjeta amarilla. El otro equipo obtuvo un tiro libre y terminó metiendo el

gol —explica—. Al parecer, estaba de tan mal humor en el bus de regreso que no habló con nadie.

—Por lo visto, tenías razón con que tiene el ego frágil, Sadie —agrega Jade, poniendo los ojos en blanco.

—No, eso no es…

Me interrumpe la ruidosa llegada del equipo masculino. Es evidente que han estado ahogando las penas en algún otro lado antes de venir. Están completamente borrachos y, cuando Dylan se le acerca a Hayley para plantarle un beso baboso en los labios, ella lo aparta de un manotazo:

—Puaj, ¡Dylan! ¡Apestas a cerveza!

Cuando no veo a Arlo por ningún lado, le pregunto a uno de sus compañeros si sabe dónde está, y me esfuerzo por no retorcerme del asco cuando me mira de arriba abajo sin disimulo, pasándose la lengua por el labio inferior con un movimiento rápido. Por fin revela que Arlo vino con ellos, pero está fumando afuera. Me las arreglo para escaparme de la gente cuando están todos distraídos con uno de los chicos, que levantó la cubeta de hielo y está tirándosela encima en medio de un coro de gritos alentadores.

Salgo al aire helado de la noche y lo veo de pie con dos chicas que están ofreciéndole un encendedor para el cigarrillo que les pidió. Mientras da una pitada, levanta la vista, me ve y se le ilumina la expresión.

—¡Ahí está! Sadie, ¡ven aquí! —arrastra las palabras.

Me aproximo con cautela y él, con el cigarro equilibrado entre los labios, abre los brazos y me arrima contra su cuerpo tibio y transpirado.

—Felicitaciones por lo de hoy —murmura, y se afianza para no perder la estabilidad cuando me desprendo del abrazo. Da otra pitada y exhala una nube de humo, luego vuelve a dirigir su atención a las chicas y me señala con el cigarrillo—: Oigan, ¿conocen a Sadie? Su equipo ganó hoy. Siempre gana su equipo, no como el nuestro. Es la mejor de la Primera División Norte, ¿no es genial?

Las chicas sonríen por cortesía y me felicitan mientras sus ojos saltan entre Arlo y yo al tiempo que ellas tratan de descifrar con

rapidez qué relación tenemos. Las dos son altas y rubias, llevan el maquillaje impecable y están bañadas en perfume. Una de ellas tiene puesto un vestido plateado cortísimo y escotado, y la otra viste un top corto y pantalones de cuero de tiro alto. Son tan lindas y glamurosas que intimidan.

—Gracias —respondo con humildad, y giro para mirar a Arlo, preocupada—. ¿Estás bien? Me enteré de lo que pasó en el partido.

—¡Estoy bien! Estoy bárbaro. Todo está perfecto —afirma, y vuelve a fumar. Le echa un vistazo a mi vestido y arquea las cejas—. Guau, Sadie. Estás… Guau.

—Te vemos adentro, Arlo —dice una de las chicas, que toman ese comentario como su pie para retirarse.

Debería avisarles que no estamos juntos, pero me quedo en silencio mientras lo saludan bamboleando los dedos, seductoras, y regresan a la discoteca. Él las observa ir y luego se vuelve hacia mí con una sonrisa ancha y tonta.

—Son fuera de serie, ¿no? —Vacila y arruga la frente—. Oye, ¿te acuerdas de cómo se llaman?

—No nos presentaste —suelto, brusca, y alargo el brazo para tomar el suyo—. Arlo, quiero asegurarme de que estés bien. Parece que tuviste un día difícil.

—Solo es un partido de fútbol. —Suspira y alza los ojos al cielo—. No pasa nada.

—Sí que pasa. No sueles insultar a los árbitros. —Hago una pausa cuando se lleva el cigarrillo a la boca, aspira profundo y gira la cabeza hacia el otro lado para expulsar el humo. Lo miro con el ceño fruncido—. Tampoco te he visto fumar antes.

—Tal vez no me conoces tanto —replica, desafiante.

—Te conozco lo suficiente como para saber que hoy no eres tú mismo. Si quieres hablar…

—Uh, basta, capitana McGrath —se burla, revolea la mano y deja un rastro de humo en el aire—. Vinimos a divertirnos. Vinimos a bailar, a beber… y a olvidar nuestras vidas miserables durante algunas horas de tonterías.

—Arlo, sé qué día es hoy. Sé que… es el aniversario de tu hermana.

La sonrisa se le desvanece. Me dirige una mirada fría y severa.

—No quiero hablar de eso —espeta—. No tiene nada que ver con nada.

—Está bien si afectó la manera en la que jugaste hoy —me apresuro a agregar; las palabras brotan sin que pueda frenarlas—. No quiero que pierdas la seguridad solo por haber tenido un mal día porque tenías la cabeza…

—No tenía nada en la cabeza más que el puto partido, ¿okey, Sadie? —gruñe, enfurecido—. ¿Por qué estás hablando de esto? Te dije que no quería hacerlo.

—Ya sé… Solo pensé que quizá necesitabas que alguien…

—Pensaste mal —declara sin vueltas—. No te necesito, ¿está bien?

Trago saliva.

—No necesito que te fijes cómo estoy —sigue, y gesticula como loco—. No necesito que me cuides, no necesito que me arruines la noche… No necesito nada, y menos de ti. A diferencia de ti, yo vine a divertirme. —Da una última pitada, luego arroja el cigarrillo al suelo y lo aplasta con el zapato—. Me voy adentro. Que tengas buenas noches.

Herida, parpadeo para contener las lágrimas que amenazan con derramarse. Me recuerdo que está sufriendo y descargándose contra mí, y que seguro se disculpará mañana. No es personal.

Espero.

Me prometo que no dejaré que me haga llorar esta noche; regreso al bar y me pongo en la fila para entrar al baño, para revisar que no se me haya corrido el maquillaje. Con la cabeza en alto, atravieso el gentío y subo al área reservada para los equipos; estoy decidida a pasar una buena noche e ignorar a Arlo Hudson hasta que esté sobrio. Me olvidaré de su existencia por hoy.

Pero es más fácil decirlo que hacerlo. Cuando cruzo la cuerda para reingresar, se oyen vítores del equipo masculino. Arlo está rodeado de un grupo de ellos; tiene las manos en la cintura de la rubia de pantalones de cuero con la que hablábamos afuera y está metiéndole la lengua hasta la garganta. Hay otra erupción de gritos y silbidos cuando Arlo la alza y ella le enrosca las piernas alrededor; ninguno de los dos parece inmutarse por estar dando rienda suelta a

semejante pasión en medio de un espacio público. Los miro horrorizada y siento que me cortaron el aliento de un golpe.

Y entonces caigo en la cuenta.

Por fin acepto que me estoy autoengañando hace ya un tiempo, y, por la mirada de compasión que me lanza Jade cuando ella misma repara en el espectáculo que está montando Arlo, también ella lo sabe. Por mucho que trate de negarlo y de evitar enamorarme, no hay caso. Ya estoy hundida hasta el cuello.

Me gusta.

CAPÍTULO CATORCE

Para cuando llega el receso de Navidad, estoy desesperada por salir de Durham. Desde la pelea con Arlo en la discoteca, la relación está más rara que nunca. Igual que cuando pasamos la noche juntos, ninguno de los dos ha abordado abiertamente lo sucedido, así que ha estado flotando entre nosotros como un estorbo durante nuestras sesiones privadas de entrenamiento. No importa cuántas veces intente autoconvencerme de que no fue personal: no puedo no sentirme dolida por la actitud mordaz que adoptó conmigo esa noche. Insinuó que estaba aguándole la diversión y me dijo sin rodeos que no me necesitaba. Y luego lo recuerdo con esa chica, las piernas de ella enroscadas en su cintura, las manos de él aferradas a sus muslos para sostenerla, los labios de ambos apretados en un beso. ¿Cómo puedo actuar con normalidad cerca de él si tengo esa imagen grabada en el cerebro para siempre?

Luce tan apesadumbrado como me siento yo, y la única vez que aludimos a los hechos, el ambiente se enrareció enseguida. Habían pasado tres días de esa noche y nos tocaba entrenar juntos. Llegó puntual y noté que apenas podía mirarme a los ojos.

—Hola —me saludó con prudencia, y empezó a elongar—. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias. ¿Tú?

—Con un poco de resaca.

—Saliste de nuevo anoche.

—Y la noche anterior —explicó—. No fue una buena idea salir tres noches seguidas. Bastante estúpido de mi parte. Ninguna fue tan divertida.

—¿No? A mí me pareció que te estabas divirtiendo el miércoles —murmuré y le lancé la pelota—. Cuando estés listo, empezamos.

Me había dado una ligera satisfacción cuando vi que mi comentario lo había incomodado y humillado, pero eso fue todo. No volvió a surgir el tema.

Jade había insistido en contarme que, en una charla con Hayley, Dylan y Quinn, había tratado de obtener información, discretamente, sobre Arlo y la rubia del bar, y que Dylan le había restado importancia diciendo que había sido algo de una noche.

—Parece que Arlo sintió mucha vergüenza al día siguiente, con las bromas de todos los chicos —me informó una noche en mi dormitorio, entusiasmada, mientras yo trataba de concentrarme en mis trabajos de clase—. Anduvo preguntando si alguien los había visto juntos, y Dylan le dijo que, o sea, obvio que sí, si habían estado teniendo sexo en la pista, más o menos. —Titubeó, mirándome con ojos chispeantes—. ¿Quieres saber lo que creo yo?

—Adelante —respondí mientras examinaba la pantalla de mi computadora, donde había leído la misma oración de un artículo académico sobre el conflicto social y el desorden político en la Europa medieval cuatro veces sin entenderla.

—Creo que quería averiguar si tú los habías visto juntos. ¿Por qué le importaría que alguien más lo hubiera visto con ella?

—¿Tal vez porque cayó en la cuenta de que era inapropiado que la chica estuviera montándolo en el medio de una discoteca? —sugerí, y le lancé una ojeada—. Jade, ya está. Me dejó en claro lo que siente por mí. No le intereso y no tiene ganas de que piense que hay algo entre nosotros. Si quiere estar con cualquier persona cuando sale, está en todo su derecho. Somos… amigos. La verdad, con suerte somos eso.

—Tú admitiste que tenían química en los entrenamientos —argumentó ella—. Dijiste que se abrió contigo y que tuvieron muy buenas conversaciones. No habla así con nadie más, ¿sabes? Cuando yo le hablo, se la pasa haciendo chistes. No toca temas serios. Pero contigo siente que puede. Eso tiene que significar algo. Además, siempre lo atrapo mirándote.

—Será solo porque quiere mejorar su técnica, y conmigo habla de cosas serias porque está obligado a hacerlo. Somos solo dos en el campo de juego cuando entrenamos, sería incómodo si no dijera nada. —Suspiré, pasándome la mano por el pelo—. No pasa nada entre nosotros, Jade. Fue un enamoramiento estúpido y lo voy a dejar atrás, ¿está bien?

Ella había alzado las manos para admitir la derrota.

En el tren de Durham a Edimburgo, con la mirada perdida en el paisaje, había cavilado sobre la necesidad actual de nuestras sesiones privadas de entrenamiento. Quizá, cuando vuelva del receso navideño, le pregunte a Hendricks si podemos parar. Ha sido útil tener a alguien con quien practicar, pero no es como que a ninguno de los dos le quede mucho por aprender del otro.

Lo último que quiero mientras esté en casa es andar preocupándome por Arlo Hudson. Él se fue a San Francisco para las fiestas, y yo tengo que enfocarme en el tiempo que pase con papá y en ayudar a mamá; no hay lugar para nada más. Es difícil ignorar los cambios que ha sufrido papá, incluso en las últimas semanas. Le está costando más articular las ideas, y de vez en cuando tiene dificultad para expresar lo que quiere decir.

Agradezco mucho que compartamos el amor por el fútbol: cuando conversamos sobre eso, habla con fluidez y pasión, como si volviera a ser él mismo, entonces, cuando se abstrae y se desanima por lo que le está pasando, puedo sacarle charla sobre la Premier League o sobre las novedades acerca de algún equipo o director. Él se ilumina, intrigado por conocer mi opinión al respecto y preparado para dar la suya.

Me alegra estar en casa, pero también me agota el torbellino de emociones con el que debo luchar: el dolor de ver cómo mi padre inteligente, brillante, navega las vicisitudes del discurso; la esperanza, cada mañana, de que ese día se sentirá bien; y la culpa de observar la buena cara que pone mamá, cuando sé que, cuando no estoy aquí, tiene que lidiar sola con todo esto.



El humor de papá mejora en Navidad, cuando visitamos a mi tía y mis primos que viven cerca, y esa noche estoy mucho más optimista de lo que estuve en toda la semana. Cuando me meto en la cama, reviso el teléfono. El corazón se me acelera cuando veo que me espera un WhatsApp de Arlo. Él también está en línea ahora.

Arlo

¡Feliz Navidad!
Tendrías que haber visto el gol que metí recién.
Generé el espacio para una pelota cruzada y, cuando llegó, esquivé al defensor y corrí para patear.
Pensé con suficiente antelación como para crear ese espacio, como siempre me dices que haga.
¡Habrías estado orgullosa!
¿Cómo vienen tus vacaciones?

Me quedo mirando el mensaje; su afabilidad me toma un poco desprevenida. Quizá es su forma de presentar una ofrenda de paz. Inhalo profundamente y empiezo a escribir.

Feliz Navidad para ti también.
Parece que fue una jugada genial.
¿Dónde estás jugando?
¿Estás en tu casa en San Francisco?
Sí, todo está bien, gracias.
¿Y tus vacaciones?

Veo que se pone a escribir enseguida y contengo la respiración mientras espero su respuesta. Ojalá el solo hecho de que aparezca su nombre en la pantalla de mi teléfono no desatara este frenesí de mariposas de mi estómago. Son esos ojos que tiene, el maldito.

Bien, pero estoy listo para volver a la universidad.
¿Qué tal Edimburgo? ¿Andas muy ocupada o estás tranquila?

He estado relajada, pero veré a algunos viejos amigos de la escuela mañana por la noche.
Saldremos por el centro.

He oído que Edimburgo tiene buena vida nocturna.
Tendrás que mostrarme algún día.

Inhalo con fuerza, el corazón me da un vuelco. ¿A qué se refiere con eso? No debería sacar conclusiones.

No. Debería. Sacar. Conclusiones.

Estoy tratando de decidir qué responder, pero antes me vuelve a escribir.

¿Has estado jugando mucho al fútbol?

No tanto como quisiera.
Solo pateo un poco la pelota en el parque del vecindario.
Extraño los entrenamientos, va a estar bueno volver.

Te refieres a nuestros entrenamientos, ¿no?
¿Estás queriendo decir que me extrañas?
Puedes admitirlo si quieres.
No me reiré de ti.

Qué generoso.
No, no estaba diciendo que te he extrañado.
Me vino bien descansar de tus lloriqueos en los entrenamientos, en realidad.

Ay, qué tierna.
Siempre cuento contigo para subirme el ego.

Por supuesto.

¿Tus amigos de la escuela son tan cálidos y encantadores como tú?
¿O el centro de Edimburgo tiembla de miedo por la horda que lo invadirá mañana por la noche?

Yo soy la simpática del grupo.

Va a haber alboroto, entonces.

Suele pasar con los de la escuela.
Las situaciones tienden a descontrolarse.

¿Descontrolarse? ¿¿Descontrolarse cuánto??
¿Me estás queriendo dar celos, McGrath?

¡¿QUÉ CARAJO?! Me enderezo y aferro el teléfono, rígida. Okey, tal vez el mensaje anterior sobre venir a Edimburgo pueda interpretarse como algo amistoso y casual que se dice para ser cordial, pero no hay manera de que ese mensaje no tenga la intención de coquetear, ¿no? ¿NO?

¡¿Dónde está Jade cuando la necesito?! Mientras empiezo a escribir una respuesta, la adrenalina que me corre por las venas me provoca temblores en los dedos. Mierda, un chico que me gusta me manda algo sugerente y altera mi capacidad para escribir.

Soy patética.

¿Por qué querría darte celos, Hudson?

Tú me dirás.

DIOS MÍO. Estoy tratando de no hiperventilar.

Tengo que actuar con inteligencia. Recordemos que este chico me dijo en la cara que no me necesitaba cuando quise ayudarlo, y luego fue y le comió la boca a una chica cualquiera enfrente de mí. Desde entonces hemos estado raros e incómodos el uno con el otro, así que no debería dejar que se me aflojen las rodillas solo porque estamos manteniendo una conversación un poco sugerente por WhatsApp, que, de seguro, es porque está aburrido. Tendría que guardar el teléfono de inmediato, antes de que me arrastre a este juego. Debería ignorarlo sí o sí.

Aunque…

Quizá últimamente la relación venía rara e incómoda porque los dos sentimos algo por el otro. Después de todo, Jade dijo que, según Dylan, Arlo sentía remordimiento por esa noche. Tal vez reaccionó mal cuando toqué el tema del aniversario de su hermana, y luego besó a esa chica porque estaba borracho hasta la médula y ella le estaba encima.

Me muerdo el labio cuando veo que está escribiendo de nuevo, y resuelvo tantear el terreno con mis respuestas. Si está tan confiado como para ponerse así de provocativo, no tiene nada de malo que le siga el juego.

¿Cuándo vuelves a Durham?

¿Por qué quieres saber?

Tengo mis razones.

La semana que viene iré con Jade a visitar a Maya a la casa, y luego volvemos todas juntas.

Yo también vuelvo a Durham la semana que viene.
Avísame cuando estés por allá.

¿Por qué? ¿Por lo mucho que extrañaste nuestros entrenamientos?
¿Quién hubiera dicho que eres tan sentimental, Hudson?
Me conmueve.

En realidad, iba a proponer que fuéramos a tomar algo.
Pero tampoco me voy a oponer a que me pongas a prueba, ya que tanto insistes.

¿QUÉ ESTÁ PASANDO? ¡No puedo creer que haya dicho eso! ¿Qué sucede? Debe de haber bebido; es imposible que esté sobrio. ¿Qué hora es en San Francisco? Es plena tarde. El almuerzo navideño debe haber incluido alcohol. Estupefacta, me quedo mirando el mensaje; mis dedos dudan sobre las teclas mientras mi cerebro frenético intenta resolver qué diablos responder a ese mensaje. Una vez más, me salva él lanzándose a la acción antes de que pueda contestarle.

Como dije…
Avísame cuando vuelvas 

Apago la pantalla y pongo el teléfono en la mesa de noche. Después de unos segundos, lo levanto de nuevo y vuelvo a revisar esos últimos mensajes. Miro bien los emojis de los besos, para asegurarme de que no los imaginé. Dejo otra vez el teléfono en la mesa y clavo la mirada en el cielorraso de la habitación; me pregunto cómo voy a dormir hoy. El corazón me late a toda velocidad.

Había estado desesperada por irme de Durham. Ahora me muero por volver.

CAPÍTULO QUINCE

Maya nos ha insistido con que debemos visitarla y salir en Newcastle desde que nos conocimos, y Jade y yo le prometimos que lo haríamos estas fiestas, así que vamos para allá el día anterior a tener que volver a la universidad. No hay que conducir mucho hasta Durham mañana, y Maya está tan entusiasmada que ha planificado para nosotras un recorrido por sus bares favoritos. La noche que salí con mis amigos de la escuela en Edimburgo fue divertida, pero mucho menos interesante de lo que esperaba, porque algunos todavía sufrían la resaca de Navidad; así que me entusiasma una buena noche de fiesta con las chicas y me he arreglado para la ocasión: me he puesto un top verde entallado con hombros descubiertos, pantalones negros de tiro alto, botas de tacón y labial rojo brillante.

—Guau —exclama Jade con una amplia sonrisa cuando emerjo del baño, donde he estado aplicándome otra capa de rímel. Me pasa un vaso de vodka con Coca-Cola—. Quiero que sepas que, si hoy no levantas, es por tu coqueteo. No va a ser por tu aspecto, eso es seguro.

Empezamos en un elegante bar de tragos por el centro de la ciudad y nos contamos todo sobre nuestras vacaciones navideñas, para luego dirigirnos al siguiente lugar, que es un poco menos chic y tiene mucho más ambiente. Cuando Maya vuelve de la barra con una bandeja de chupitos, emito un quejido, pero lo acepto de buen grado; agradezco la cantidad de pizza que comí antes de salir y espero que me haya recubierto el estómago. No hay duda de que Maya y Jade beben mucho más que yo y tendré que moderarme.

—¿A quién le mandas tantos mensajes, Maya? —pregunta Jade, y nos tomamos de los brazos mientras salimos del bar para caminar al siguiente.

—A nadie —responde ella, evasiva; guarda el teléfono en la cartera y se mira los pies con una sonrisa.

—¿Conociste a alguien? —Jade ahoga un gritito—. Más vale que empieces a hablar o te voy a robar el teléfono cuando te distraigas para echar un vistazo a tanto mensaje sexual que has estado enviando mientras estás de fiesta con tus amigas.

—¡No son sexuales! —chilla Maya entre carcajadas—. Pero puede que haya estado con alguien la otra noche y puede que nos estemos escribiendo.

—¿Quién es? —pregunto con entusiasmo—. ¿Te gusta?

—Parece buena onda. —Vacila—. De hecho, salió de fiesta hoy.

—¿A DÓNDE? —Jade nos frena a todas de golpe y exige una respuesta—. ¿Cerca de aquí?

—Puede ser.

—¿A uno de los bares de nuestro recorrido? —Cruzo una mirada de emoción con Jade.

—Puede ser —suspira Maya, y aprieta los ojos—. Pero les juro que no fue a propósito.

—Me muero… Rápido, vayamos al próximo así nos sentamos y nos cuentas todo de ella —declara Jade, y nos arrastra para que avancemos.

Para cuando nos dirigimos al cuarto lugar, las tres estamos medio borrachas y sobreexcitadas por la posibilidad de encontrarnos con esta chica, Heather, aunque, cuando entramos al bar donde está, Maya nos echa un discurso muy serio a Jade y a mí para que no nos emocionemos demasiado. Acaban de conocerse y no es nada importante.

—Me pregunto si te casarás en Newcastle —bromea Jade, que recibe de Maya un puñetazo juguetón en el brazo, mientras yo les sostengo la puerta abierta entre risitas.

—Vayan a sentarse. —Les indico una mesa vacía aislada en una esquina—. Yo invito esta ronda.

La fila de la barra se mueve rápido y, cuando llego adelante, le dirijo una sonrisa amplia al personal que corre de acá para allá sirviendo tragos; no tengo problema en aguardar mi turno. Esta noche, estoy de buen humor y nada lo va a alterar, así que, cuando sin querer le golpeo el codo al chico que viene y se pone a mi lado, me giro para disculparme, a pesar de que, técnicamente, es su culpa por querer meterse ahí cuando debería haber esperado.

—Perdón, no quise… *¿Arlo?* —farfullo, incrédula.

Los ojos se le abren enormes de la sorpresa.

—¡Sadie! —exclama; se le tensiona todo el cuerpo—. ¿Qué estás…? ¿Qué haces aquí?

—¡Te conté que vendría a visitar a Maya!

—Ah, cierto. —Asiente despacio—. Es de Newcastle. No hice la conexión en mi cabeza.

—¿Qué haces tú aquí?

—Estoy visitando a mi primo. Vive aquí y salimos con algunos de sus amigos.

—¡Qué raro! O sea, no es raro que hayas salido con tu primo —me apresuro a explicar—. Es raro que nos hayamos encontrado de la nada, en Newcastle, siendo que tú pasaste las vacaciones en Estados Unidos y yo, en casa en Escocia. Es como si fuera…

—¿El destino? —sugiere, y la mirada le brilla mientras me sonríe alegremente—. Qué bueno verte, Sadie. Deberíamos…

Me apoya la mano en el brazo, se inclina hacia adelante y me da un beso en la mejilla. Siento un hormigueo en el cuerpo cuando me toca.

—Entonces, ¿qué te pido? —agrega cuando se endereza—. Y no nos dejemos llevar por la inercia de discutir quién invita esta ronda. Los dos sabemos que me atenderán a mí primero, así que puedes decirme qué quieres y te ahorraré la molestia de perder toda la noche esperando aquí a que te presten atención.

—Me suena a desafío. —Pongo los ojos en blanco.

—A ti todo te suena a desafío.

—¿Tienes miedo de perder esta vez?

Rechaza de plano la insinuación.

—Lo único que me da miedo es que te vengues en la cancha por perder esta apuesta. Ya me está doliendo esa barrida.

—Entonces, es una apuesta. —Asiento con la cabeza—. ¿Cuál es el premio?

—Gloria, orgullo y una altanería bien ganada. Y el que pierde tiene que comprarle una ronda de chupitos a cada grupo de amigos.

—¿Con cuánta gente viniste? —Lo miro arqueando una ceja.

—Somos cuatro contándome a mí. ¿Tú?

—Tres.

—Acepto. —Me tiende la mano. Yo le doy la mía.

—Trato hecho.

Ninguno malgasta un segundo: los dos nos inclinamos sobre la barra desesperados por hacer contacto visual con el personal. Por suerte para mi orgullo y para mi tarjeta de crédito, uno de los chicos que está trabajando ahí termina un pedido, me ve y sonríe; se me acerca para preguntarme qué me sirve, y Arlo se tapa el rostro y emite un quejido. Una vez que ha pagado y cargado los tragos en una bandeja, la toma y nos alejamos de la barra en dirección a nuestra mesa de la esquina.

—Debo decir —empiezo, y me vuelvo hacia él para lanzarle una sonrisa triunfante— que siento bastante orgullo, gloria y una buena cantidad de altanería bien ganada.

—No fue una pelea limpia, vestida como estás —comenta—. No tenía posibilidad de ganar.

El corazón me da un vuelco.

Jade y Maya chillan de emoción cuando ven a Arlo y se ponen de pie de un salto para abrazarlo, tan atónitas como estábamos nosotros por haber coincidido en el mismo lugar al mismo tiempo. Él llama a su primo, Sam, para que nos conozca. Alto, moreno y musculoso, Sam es la prueba de que la belleza corre por las venas de esa familia. Los ojos de Jade se agrandan de deleite cuando se acerca.

—Arlo me contó de ti —me confía Sam cuando su primo está distraído con Jade y Maya, que lo están poniendo al corriente de Heather—. Dice que fue por ti que recuperó la chispa en la cancha.

Me alegro mucho de saber que está volviendo a jugar bien y a hacer lo que ama. Gracias por ayudarlo.

—Yo no hice nada. Todo el mérito es suyo —remarco, revolviendo mi trago con el sorbete, y el calor me sube a las mejillas—. Él también me ha estado ayudando.

—Por lo que he oído, no es que te haga falta.

—Te digo que yo pensaba lo mismo —admito con una risita—. Pero Arlo me ha inspirado a ser más… espontánea cuando juego. Solo me interesaba la estrategia pura y dura. Ahora, creo que tengo que dejarme llevar un poco más y no entrar en pánico cuando las cosas no salen como planeé. Debería confiar más en mi instinto. Aunque me cuesta arriesgarme.

—La cabeza contra el corazón —comenta, y lo mira a Arlo.

—Exacto. —Bebo un sorbo de mi trago—. Y ¿cuándo vino Arlo a Newcastle?

—¿A qué te refieres? —Me dirige una mirada extraña.

—¿Llegó esta mañana de San Francisco? ¿O hace ya unos días?

—No fue a Estados Unidos. Estuvo la primera semana del receso en Durham y luego vino aquí para Navidad. Lo tuve que obligar a que no la pasara solo. La única forma de traerlo fue prometiéndole un partido de cinco contra cinco con unos amigos míos. Gracias a él, nuestro equipo ganó por goleada, obviamente.

—¿Estuvo… en Durham todo este tiempo? —Parpadeo, sorprendida—. ¿Solo?

—Nunca le gustó esta fecha —me cuenta Sam, serio—. Está demasiado cerca del aniversario de la muerte de Tamy. Creo que siente la pérdida aún más en Navidad, ¿sabes? La mamá decidió visitar a unos amigos en Florida para las fiestas… Es bueno para ella, divertirse un poco, salir de la ciudad. Lo invitó a ir con ella, pero Arlo prefirió quedarse en Reino Unido.

En ese momento, por azar, Arlo nos echa una ojeada en medio de su charla con Maya y la sonrisa se le esfuma cuando nota mi expresión. Se disculpa velozmente y viene hacia mí mientras Jade aprovecha la oportunidad para arrimársele a Sam y sacarle charla.

—¿Por qué no me dijiste? —le pregunto a Arlo en voz baja, después de revelarle lo que Sam me acaba de contar.

Aprieta los labios y me hace un gesto para que lo siga afuera, para poder hablar bien. Apoyado contra la pared, se mete las manos en los bolsillos y me mira, esperanzado:

—No tendrás un cigarrillo, de casualidad, ¿no?

Lo miro.

—¿Alguna vez me has visto fumando?

—Sabía que era poco probable. Es solo por estrés. No fumaba nunca antes del accidente, y entonces… fue una especie de acto de rebeldía, cuando empecé. Lo dejé después de un tiempo, pero a veces me ayuda a sosegar un poco la cabeza.

—No me debes ninguna explicación, Arlo. —Me encojo de hombros—. ¿Quieres que le pregunte a alguien si nos da uno?

—No, está bien. No debería. —Niega con la cabeza y baja la mirada. Respira profundamente y continúa—: Perdón por no haberte contado que estuve en Inglaterra todo este tiempo. Cuando supusiste que estaba en San Francisco, me resultó más fácil dejarlo pasar que decirte la verdad. No… No quería que sintieras pena por mí. Quería estar solo.

—Pero ¿por qué? Si es una época difícil para ti, no deberías aislarte.

—Ya sé. —Suspira—. Pero no me gusta deprimir a todo el mundo y arruinar los festejos, es eso. Nadie quiere ser esa persona. No sé… Es más sencillo ponerme triste por ella por mi cuenta y luego, cuando estoy con los demás, ser divertido y relajado.

—Puedo entenderlo. Pero también está bien ponerte triste y ser auténtico. Si no, nunca podrás conectar emocionalmente con nadie, y eso no es algo positivo. —Titubeo y añado con voz queda—: Hay gente que te quiere acompañar.

—¿Gente como tú? —Levanta los ojos para hallar los míos.

—Bueno…, sí.

Cohibida, me cruzo de brazos. Él nota mi piel erizada y se incorpora.

—Debes de estar congelada. Mejor entremos.

—Estoy bien.

—Mi abrigo está adentro, te lo doy —ofrece, con el ceño fruncido de preocupación—. Deja que lo vaya a buscar.

—Arlo. —Me río y levanto una mano—. Estoy *bien*. Ahora entramos, de todos modos, pero antes quería decirte que, si alguna vez quieres hablar de tu hermana, aquí estoy. Ni siquiera tenemos que hablar si no te apetece. Podemos simplemente pasar el rato y mirar esas películas viejas que te gustan a ti.

—Ah, ¿sí? ¿En serio? —Arquea las cejas—. ¿Disfrutarías de un clásico de Humphrey Bogart?

—Claro. Solo te pido que no te escondas para sufrir a solas. ¿Sí?

—Entendido. —Asiente, y la boca se le curva en una sonrisa—. Gracias. Me… Lo aprecio mucho. —Extiende la mano y señala la puerta del bar con un gesto de la cabeza—. ¿Entramos?

—Sí, vamos —acepto, le tomo la mano y lo dejo guiarme hacia el interior del bar.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Una semana después, subiendo al ómnibus que nos llevará a Nottingham para nuestros partidos como visitantes, percibo los nervios de los dos planteles. Los equipos masculino y femenino de Nottingham son fuertes. Su equipo masculino lidera la liga, mientras que los entrenamientos de nuestro conjunto femenino después de Navidad no aumentaron para nada nuestra seguridad. Mi equipo estaba más lento y más impreciso, algo que Hendricks atribuyó al receso. Solo me resta esperar que esas prácticas desastrosas nos hayan pegado la sacudida que necesitábamos para jugar mejor hoy.

Me siento junto a la ventana y veo que se sube Arlo, entonces me enderezo, con la esperanza de que me divise y elija el asiento que queda libre a mi lado.

Nos divertimos muchísimo esa noche en Newcastle, más allá de que no pasó nada entre nosotros. Jade y Sam se llevaron muy bien, y Maya encontró a Heather, así que Arlo y yo estuvimos juntos la mayor parte de la noche, charlando y riendo, totalmente cómodos. Al día siguiente, me escribió para preguntarme si podíamos llevarlo a Durham y, mientras Maya conducía y Jade dormía en el asiento delantero, él y yo nos sentamos atrás. Intenté luchar contra la resaca y no quedarme dormida durante el corto trayecto, pero terminé cediendo al sueño. Cuando me desperté, me di cuenta de que me había dormido en su hombro; él descansaba la mejilla en mi cabeza, y teníamos los dedos entrelazados.

Mientras avanza por el pasillo del autobús, Arlo me ve y sonríe, pero decide continuar y sentarse junto a uno de sus compañeros. Trato de ocultar mi decepción, me coloco velozmente los auriculares y elijo una lista de reproducción motivacional, que ahoga la discusión

ruidosa y estúpida que mantienen Hayley y Dylan al fondo del vehículo.

Cuando Jade se arroja en el asiento junto a mí, me quita uno de los audífonos y pregunta:

—¿Me repites cuánto dura este viaje? Dime que no tendré que escuchar a estos dos más de una hora.

—Más bien tres horas —respondo, y ella emite un quejido fuerte —. Por eso pasaremos la noche en Nottingham.

—Más le vale al DT que haya reservado un buen hotel —murmura, malhumorada—. Necesitaremos un poco de lujo después de este partido, me parece. Ese lugar oscuro y sucio donde nos hizo dormir la última vez que jugamos de visitantes fue asqueroso.

—Yo no esperaría que nos llevara al Savoy, Jade.

Suspira, se hunde en la butaca y cierra los ojos mientras los últimos que faltan toman asiento y nos disponemos a partir.

El viaje transcurre sin inconvenientes y llegamos a Nottingham con tiempo, nos instalamos en los vestuarios y nos preparamos para el precalentamiento. Cuando salimos a sus campos de juego, el entrenador Hendricks me está esperando y me indica que me acerque, serio.

—Hablemos, McGrath —dice con voz grave, y me aleja del resto. Se cruza de brazos—. Quería que supieras que hoy vino un ojeador a mirar.

—¿De verdad? —Tomo bruscamente una bocanada de aire.

Señala con la cabeza un hombre barbudo solo, que lleva puesto un abrigo ligero negro y está sentado en las gradas.

—Enfócate en el juego. No tengas miedo de correr riesgos —me aconseja Hendricks, observándome con atención—. Estuviste un poco distraída esta semana en los entrenamientos. ¿Todo bien?

Miro fugazmente a Arlo, que está calentando con uno de sus compañeros.

—Sí, todo bien —le aseguro—. Solo fue la vuelta del receso, nada más.

—El receso se acabó, McGrath —señala, como si no lo supiera ya —. Esto es serio. Cáusale una buena impresión a este tipo, como sé

que eres capaz de hacer, y podríamos estar hablando de un potencial contrato con un club.

Trago saliva y asiento con la cabeza.

—Creo que es prudente no contárselo a los demás. No quiero poner nervioso a nadie —afirma—. Mejor que se concentren en el juego. Bueno, ve a ayudar a los chicos a calentar, ¿sí? Los partidos de la liga masculina están programados primero, luego vamos nosotros.

Me acerco trotando a mis compañeras de equipo, que están elongando y haciendo algunos ejercicios de calentamiento, y trato de ignorar las profundas náuseas que me provoca el saber que este partido podría cambiarme la vida. No me siento preparada.

Me distraigo por un momento de mis preocupaciones con el revuelo que se arma cuando la directora técnica le informa a Arlo que lo pondrá en la banca, después de recordarle su comportamiento en el último partido de visitante, que le costó una tarjeta amarilla.

—¡Estaba teniendo un mal día! —discute, enfurecido, y lanza las manos al aire—. Vamos, no necesito este castigo. Debería estar en la cancha para darle al equipo la posibilidad de ganar. ¡Está tomando una mala decisión!

—Se te explicó antes del receso que esta era la consecuencia, Hudson —responde ella, impasible—. Vuelve a cuestionar las decisiones que tomo y no jugarás otro partido en todo el trimestre, ¿entendido?

Arlo aprieta la mandíbula, retrocede y se aleja negando con la cabeza. Le dejo tiempo para calmarse y, cuando ya ha empezado el partido, me acerco al extremo del campo donde se supone que está practicando pases con otro suplente, pero está pateando la pelota con demasiada fuerza y sin ningún control.

—¿Estás bien? —pregunto con cautela, y reemplazo a su compañero en los pases mientras este corre a buscar agua—. Sabes que no es que no quiere que juegues, ¿verdad?

—Entonces, ¿por qué no me pone de titular? —gruñe, y ojea la cancha, donde el marcador sigue cero a cero—. Es como si no quisiera que ganáramos. ¡Me necesitan!

—Sí, y te está demostrando que tú los necesitas a ellos.

Frena la pelota y se pone las manos en las caderas.

—¿Crees que está queriendo darme una lección?

—¿Cómo te parece que se sienten tus compañeros de equipo después de oírte decir que te necesitan para ganar? —lo confronto —. ¿Piensas que así van a jugar lo mejor posible? ¿O crees que se sienten un poco como la mierda y desmotivados? Y me imagino que tú tampoco te encuentras muy bien ahora. Estás frustrado y enojado contigo mismo.

Exhala y mira al suelo.

—No niego que seas el delantero estrella, pero no eres el único integrante del equipo —sigo con calma—. Castigarte por la mala conducta que tuviste el trimestre pasado le sirve a tu DT por partida doble: te demuestra que se las pueden arreglar a la perfección sin ti y te recuerda, al mismo tiempo, lo mucho que disfrutas de jugar con estos chicos. Mata dos pájaros de un tiro.

Arlo levanta la vista hacia Nevile, que está de pie en la línea de banda gritándole a su equipo que se despierten, y vuelve a dirigirme su atención.

—Entonces, crees que todavía hay chances de que me haga entrar hoy.

—No tengo dudas —afirmo—. Pero necesita alguien que juegue en equipo, no alguien individualista. Controla tu actitud, apoya a tus compañeros y, cuando entres a la cancha, confía en ellos. —Le dirijo una sonrisa burlona—. Dicho de otro modo, no acapares la pelota, Hudson.

Me complace que no pueda evitar sonreír.

Cuando regresa su compañero, los dejo seguir tranquilos y me uno a Jade y Maya, que hinchan por nuestros chicos desde el borde de la cancha. Cuando Nevile mete a Arlo para el segundo tiempo, porque el partido aún va cero a cero, él corre al campo de juego mucho más animado y motivado que antes.

El árbitro toca el silbato y comienza el juego, y Hendricks viene a observarlos a mi lado.

—Notable mejoría, la del juego de Hudson, en las últimas semanas —comenta mirándolo, que corre como un rayo por la

cancha y logra desmarcarse—. Nevile y yo coincidimos en que, en gran parte, es gracias a ti. Incluso si no resulta lo del ojeador, deberías estar orgullosa de ti misma cuando termine la temporada, McGrath.

Nottingham anota en los últimos diez minutos, y se me encoge el corazón por los chicos, pero a Arlo no parece afectarlo tanto. Mientras Dylan arroja la pelota hacia delante desde el arco, entre insultos a los defensores, Arlo lanza palabras de aliento, y miro con orgullo cómo, a los pocos minutos, le da una asistencia a Michael, que termina metiendo un gol y desata el frenesí de nuestro equipo y del público visitante que hincha desde las gradas. Suena el pitido final y nuestro bando festeja el empate, un resultado fantástico contra los campeones actuales. Yo aplaudo hasta que me arden las manos y sonrío de oreja a oreja al ver a Arlo celebrando con Michael.

—¿Estás lista? —pregunta Hendricks con voz grave, y se inclina hacia mí—. Ahora te toca a ti.

Tomo una gran bocanada de aire y sacudo las manos; los dedos me hormiguean de los nervios.

Este podría ser el momento decisivo.

CAPÍTULO DIECISIETE

Alguien toca a la puerta del vestuario. Cuando no obtiene respuesta, Arlo la abre con cuidado y me llama; el espacio vacío amplifica el eco de su voz.

—¿Sadie? ¿Estás aquí? —Me ve sentada en la banca, sola—. ¿Hay alguien más o puedo pasar?

—Solo estoy yo.

Entra con cautela y deja que la puerta se cierre detrás de él. Se sienta a mi lado.

—He estado esperándote afuera —empieza con suavidad, y se recuesta contra la hilera de casilleros que tenemos a nuestras espaldas—. Jade dijo que eras la última y que saldrías en un minuto. Eso fue hace —revisa su reloj— diez minutos. Me preocupó que te hubiera pasado algo. Que te hubieras quedado encerrada en un armario o algo así.

Consigo esbozar una sonrisa débil. Él frunce el ceño, confundido.

—En general, cuando alguien gana un partido, se celebra a lo grande después.

—No tengo muchas ganas de festejar —admito en voz baja.

—Pero ¡jugaste muy bien hoy!

—No tanto. Habría metido otro gol si no hubiera dudado cuando Alisha interceptó la pelota y me la envió. Me tomó desprevenida y arruiné la jugada porque no tenía un plan. Perdí la oportunidad.

—¿Qué? —Me mira con los ojos como platos—. ¡¿De qué estás hablando?! Sadie, ganaron.

Me encojo de hombros.

—Me dijeron que esta noche hay planeado un fiestón. —Me da un toquecito con el codo—. Creo que Dylan está a cargo, lo que

significa que, probablemente, terminemos todos en algún lugar desagradable. Esperemos que escuche a Hayley y elija un bar donde el alcohol no tenga gusto a gasolina. —Hace una pausa y me observa con curiosidad—. ¿Te molesta que te pregunte por qué no te apetece festejar? No quiero ser entrometido.

—No pasa nada. —Vacilo—. Suena patético.

—Inténtalo.

—Hoy vino un ojeador a los partidos. —Suspiro, y me reclino contra los casilleros a su lado.

—¿En serio? —Se sorprende—. ¿Quién?

—Estaba en las gradas. Me lo señaló Hendricks antes del partido. Pensé que… —Niego con la cabeza mientras se me va apagando la voz—. En fin, ya se fue.

—¿El ojeador?

—Sí.

—¿Habló contigo antes de irse?

—No.

—Ah. —Arlo asiente, comprensivo—. Qué pena, Sadie.

—Fue estúpido de mi parte, ilusionarme. Pero, cuando metí el segundo gol, le eché un vistazo y estaba aplaudiendo… No sé, por un momento, me permití creer que después del partido podría tener una conversación que me cambiara la vida. Me imaginé contándole a mi papá. Visualicé su rostro, la emoción y el orgullo. —Hago una pausa, bajo la cabeza y parpadeo para contener las lágrimas—. Que tonta fui.

—Ey, no digas eso —me contradice con dulzura, rotando para mirarme de frente. Alarga el brazo y me aprieta la mano—. Tenías todo el derecho a hacerte ilusiones. Estuviste brillante.

—Fui muy conservadora. No me destaqué. —Trago el nudo que se me forma en la garganta—. No fui suficiente. Tal vez nunca lo sea.

—Sadie, mírame —insiste y me espera a que me obligue a alzar la vista para hallar la suya—. Eres una de las mejores futbolistas que he visto en una cancha. Naciste para esto. ¿Me oyes? *Vas a triunfar.*

—Pero el ojeador…

—Ese tipo no tiene idea de lo que hace, está claro —me interrumpe—. Desperdició la chance de identificar a una de las

futuras estrellas del fútbol femenino. Es problema suyo y tendrá que vivir para siempre con ese remordimiento. Olvídate de él. Habrá otros ojeadores y más oportunidades. Esta no fue la definitoria, pero eso no significa que no vaya a suceder.

Sorbo por la nariz; no logro impedir que se me escape una lágrima rodando por la mejilla.

—¿De verdad lo crees?

—Sí, así es. —Sonríe y me suelta la mano para secarme la lágrima con el pulgar—. Eres única, Sadie McGrath. Un día, cuando no recuerdes ni quién soy, podré presumir que solías ser mi mentora. «Si tan solo la hubiera escuchado», andaré diciendo por el bar.

—Estás admitiendo que no me escuchas, entonces —señalo con una risita.

—En realidad, tu consejo de hoy tuvo mucho sentido. Sin ti, no hubiéramos metido ningún gol. —Se pone de pie de un salto—. Por eso, me gustaría invitarte a cenar esta noche, para agradecerte por tu charlita motivacional. Te las arreglaste para decirme que no fuera un cretino, pero en mucho mejores términos. Admirable.

—Eso me pone orgullosa.

—También festejaremos tu espléndida victoria. Ningún ojeador puede quitarte eso ni hacerte sentir que no eres una ganadora. Me recomendaron un muy buen restaurante de comida texana-mexicana y, en mi opinión, te mereces un brindis con tequila.

—¡Puaj! —Pongo cara de asco—. Por favor, tequila no. Nunca sale nada bueno de beber eso.

—No sé si coincido contigo —murmura, para luego dirigirme una amplia sonrisa—. Okey, tacos sí, tequila no. Esa es mi oferta. Tómalo o déjalo. En lo posible, tómalo.

Me tiende la mano. La miro fijo, precavida.

—A menos que —agrega, ladeando la cabeza— prefieras ir a cenar al lugar que elija Dylan. Creo que su mantra es «¿Quién necesita mesas cuando hay máquinas de videojuegos?». Seguro que será elegantísimo.

—Entonces, ¿tacos sí, tequila no? —Me río, le tomo la mano y me pongo de pie—. Me parece perfecto.



Primero volvemos al hotel para alistarnos; le cuento a Jade mis planes apenas entro a nuestra habitación. Ella ahoga un gritito y sale disparada a tocarles la puerta a Amy y Maya, las obliga a venir al cuarto y les repite lo que acabo de decirle. Cuando las tres empiezan a chillar de emoción, les ruego que SE CALMEN porque vamos a comer algo rápido y no significa nada.

—Los tacos te pueden hacer ver *sexy* —afirma Maya mientras revuelve en mi bolso para ayudarme a elegir qué ponerme.

—¿Te parece? —Amy hace una mueca—. Son difíciles de comer sin mancharse.

—Sí, es verdad —concuerda Jade, y sigue arrojando en la cama ropa que extrajo de su maleta para que yo elija; típico de ella, haberla traído repleta de opciones para una única noche—. Debes comerlos sin hacer un desastre, Sadie. Esto es una cita, no hay dudas.

—No es una cita —replico con la voz ronca y la garganta tensa—. ¿O sí?

—Te esperó afuera del vestuario para invitarte a cenar a solas antes de reunirse con el resto del grupo. Creo que tenemos que aceptar que es, efectivamente, una cita.

—Mierda. —Me siento de golpe en la cama y exhalo, pasándome la mano por el pelo—. Tengo una cita.

—Con el chico más atractivo del equipo —chilla Amy, aplaudiendo.

—Corrección. El chico más atractivo del universo —acota Jade.

—Gracias por tranquilizarme, chicas —murmuro.

—¿Qué tal este conjunto? —pregunta Maya, mostrándonos una de las minifaldas de Jade y un top de lentejuelas—. ¿Demasiado?

—Demasiado para una taquería, sí —declara Jade, y yo coincido con un movimiento de la cabeza—. Pero apártamelo para mí. Esta noche iré *sexy*.

—Tú vas *sexy* todas las noches —le dice Maya y le tira un beso.

—Ay, para. —Jade sonríe—. Sadie, ¿con qué ropa te sientes cómoda? Hoy, lo importante es que vayas segura de ti misma.

Exhalo e intento pensar. De repente, me viene un recuerdo a la memoria y me enderezo.

—¿Vieron cuando nos lo encontramos en Newcastle? Elogió mi atuendo —rememoro, entusiasmada—. Nos estábamos peleando por ver a quién le tomaban el pedido primero en la barra y dijo que él no tenía posibilidad de ganar porque yo estaba vestida así.

—El top Bardot, de hombros descubiertos. —Jade chasquea los dedos—. Te resalta la clavícula, que es muy *sexy*. Es un diseño muy favorecedor. ¿Lo trajiste?

—¡Aquí está! —Amy lo extrae de mi bolso.

—Me inclino por ese top con esto. —Jade me lanza sus calzas de cuero sintético. Sonríe con suficiencia—. Lo vas a matar.

Habiendo traído unos altavoces y, aparentemente, demasiado exaltada como para pensar en los demás huéspedes del hotel, Jade reproduce una lista de todas sus canciones favoritas. La voz de Beyoncé inunda la habitación e incita a Maya y a Jade a ponerse a bailar en la cama mientras Amy se maquilla frente al espejo del tocador. Sonriendo, me meto al baño para maquillarme yo también lo más rápido posible y luego vestirme con el conjunto que elegimos. Cuando salgo para que vean el *look* final, hay más chillidos.

—¡Te lo dije! —grita Jade por encima de la música—. Se va a morir.

—Si después de verte vestida así no entra en razón y oficializa contigo antes de que alguien se le adelante, entonces, no es El Indicado —asevera Maya—. ¿Qué zapatos tenemos en mente?

—¿Botas de caña baja? ¿O tacones altos? —pregunta Amy y sostiene en el aire las dos opciones.

—O podría usar zapatos bajos, para ir más informal —señala Maya.

—¡Botas! —exclama Jade—. No. Espera. Tacones. No. Botas.

—Tal vez zapatos bajos —ladea la cabeza Amy.

—Me parece que tacones —afirma Maya, luego frunce el ceño—. En realidad, ¿quizá botas?

—Bueno, me están confundiendo. —Suspiro y me llevo las manos a la cintura—. ¡Necesito que alguien decida!

—¡Conque aquí es la fiesta! ¿Podemos alistarnos con ustedes? —pregunta Quinn y entra a la habitación seguida de Hayley. Ahoga un grito cuando me ve—. Ah, bueno, Sadie. *Guau.*

—Tiene una cita con Arlo —les cuenta Jade con una risita.

—No está confirmado que sea una cita —intervengo. Me sonrojo y evito mirar a Hayley, cuyos ojos me recorren de la cabeza a los pies sin pudor—. Saldremos a cenar antes de encontrarnos con ustedes más tarde. Me quiere agradecer por los entrenamientos extra.

—¡A mí me suena a cita! —exclama con una sonrisa Quinn—. Estás muy *sexy*. ¿Qué zapatos te pondrás?

—De hecho, es lo que estamos tratando de resolver —admito, y Amy enseña las dos opciones—. ¿Cuáles quedarían mejor?

—Mmm. —Quinn vacila—. No estoy segura. Hayley, a ti se te dan bien estas cosas. ¿Qué piensas?

Jade y Maya cruzan miradas. Esperamos en silencio mientras la chica me estudia.

—Depende —opina al fin, el mentón en alto—. ¿*Quieres* que esto sea una cita, Sadie?

—Sí —respondo con sinceridad.

—Entonces, ponte los tacones. No podrá resistirse —decreta en voz baja, y me dirige una sonrisa triste—. Créeme.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Es posible que Arlo Hudson tenga la mejor risa del mundo. Si algo lo divierte un poquito, esboza una sonrisa *sexy* y disimulada y se ríe por lo bajo, pero, cuando algo le resulta gracioso de verdad, entonces echa la cabeza para atrás, exhibe una sonrisa enorme y desbordante que le transforma el rostro agraciado y suelta una carcajada que es totalmente contagiosa. La clase de risa que te alegra el día. Una risa que desata en mí un cosquilleo cálido que me recorre el cuerpo. Es tan maravillosa que me da ganas de hacer que se ría así para siempre.

En este momento, se está riendo exactamente así porque le acabo de contar de la vez que me persiguió un halcón por el castillo de Edimburgo.

—No puede ser real —dice tratando de respirar, y me mira asombrado por encima de la mesita que obtuvimos en el restaurante tex-mex.

El lugar está genial, es íntimo y divertido, los camareros son superamables y la comida es deliciosa. El gran peso de la desilusión que había sentido hoy, cuando me ignoró el ojeador, fue desapareciendo de a poco, y el ambiente distendido del restaurante me ha ayudado a relajarme, pese a haberles reconocido a mis amigas que esto es, efectivamente, una cita. Él también se ha arreglado para la cena: lleva unos pantalones chinos y una camisa azul marino que tiene arremangada para exhibir sus antebrazos tonificados. Más temprano, cuando se abrieron las puertas del elevador en la recepción del hotel, me estaba esperando ahí y tuvo que mirar dos veces cuando bajó el teléfono y me vio caminar hacia

él. Con los ojos como platos, separó apenas los labios y tragó saliva. No sé si alguna vez lo había visto tan nervioso.

Fue muy satisfactorio.

—¿Me estás diciendo que un halcón te persiguió, así como suena, por afuera del castillo? —verifica, y le da una palmada a la mesa cuando asiento—. ¿Cómo puede ser? ¿Acaso los halcones en este país andan como si nada por las fortalezas, entrenados para hostigar jóvenes doncellas que estimen amenazantes?

—Resulta que había un hombre exponiendo sus aves de rapiña el día de nuestra salida escolar —explico, intrigada y divertida por la fascinación con la que se expresa—. El halcón decidió tomarme de enemiga y me persiguió por el gran espacio que hay justo afuera de la entrada del castillo. Cuando el adiestrador por fin logró controlarlo, dijo que pensaba que al pájaro o bien le había encantado mi pelo rojo o lo había ofendido, de alguna manera.

—¿Tu pelo ofendió a un halcón? —pregunta, incrédulo.

—Prefiero creer que lo estaba admirando.

—Bueno, eso lo puedo entender. —Asiente con la cabeza, todavía riendo por lo bajo—. Quizá le evocó un lindo cojín de terciopelo rojo sobre el que podría posarse un pájaro majestuoso.

—Ah, qué amoroso. Lo que toda chica quiere oír, que su pelo es como un cojín.

—Uno *majestuoso* —subraya.

—Importante distinción. —Sonrío, y tomo mi margarita. Nos limitamos a beber refrescos durante la cena, pero sentí la necesidad de un cóctel antes de ir al encuentro de los demás, y él pidió una cerveza Corona.

—Debe haber estado bueno, crecer en una ciudad donde hay un castillo en la puerta de tu casa —reflexiona—. Me encantaría visitar Edimburgo algún día. Tal vez este verano, cuando se celebra el Festival Fringe.

—¿No te irás a pasar el verano a tu casa, a Estados Unidos?

—No estoy seguro. —Se encoge de hombros—. Supongo que sí, pero siempre podría volver al Reino Unido un poco antes de que empiece el trimestre y visitar Escocia. ¿Me recibirías?

—No lo creo —resoplo con desdén.

—¿Por qué no? —Alza las cejas—. ¿No quieres que conozca tu hermosa ciudad natal? ¿Te doy vergüenza, McGrath? ¿Es porque soy estadounidense? Porque puedo imitar otros acentos. Da la orden y cambio por completo de nacionalidad. ¿Los escoceses son fans de los irlandeses? El acento dublinés me sale bárbaro.

—Eres más que bienvenido en Escocia, hables como hables —respondo poniendo los ojos en blanco—, pero te olvidas de que vivo con mis padres, así que, a menos que quieras quedarte con ellos…

—¿Por qué no? —Me mira ladeando la cabeza—. Me encantaría conocer a tus papás.

—Que… ¿qué? —Parpadeo con sorpresa.

—¡Sería divertido! —insiste, animado—. Oiría todas las historias sobre la niña adorable que eras y la adolescente peleadora y de pesadilla en la que te convertiste… Tuviste una fase de rebeldía, ¿no? Seguro que sí. Ojalá tengan fotos.

—Yo también puedo jugar a esto, Arlo. Nada me impide embarcarme en un avión a San Francisco e insistirle a tu mamá para que me cuente historias de tu infancia.

—Adelante, no tengo nada que ocultar. Puedo decirte convencido que me quedaba muy *cool* el pelo morado. —Me lanza una sonrisa pícara.

—¿Tuviste el pelo morado? —Lo miro boquiabierta.

—Y solía llevar un pañuelo verde brillante en la cabeza todo el tiempo —revela—. Estaba en una banda de punk *rock*. Por desgracia, tuve que dejarla para dedicar mi tiempo al deporte.

—Gran pérdida para la música.

—Para tu información, soy un músico nato —sostiene, y le da un trago a su cerveza.

—Me imagino. —Bebo con una sonrisa condescendiente.

—De verdad. La gente viajaba kilómetros solo para verme ahí parado en el escenario.

—Ah, ¿sí? Te digo algo, puedes demostrarlo en la pista de baile más tarde —bromeo—. Un músico nato seguro que tendrá ritmo. Veremos entonces si estás diciendo la verdad.

—Por mí, perfecto. —Se encoge de hombros—. ¿Y tú? ¿Tendré el placer de verte romper la pista esta noche?

—Lo dudo. No es nada fácil hacerme bailar.

—Eso me suena a desafío, McGrath. —Baja su bebida despacio.

—A ti todo te suena a desafío, Hudson —repito, con una sonrisa sagaz, las palabras que me dijo él en Newcastle—. Hablaba de alcohol, Arlo. Dado que esta noche solo he tomado una margarita, difícil que me veas bailar.

—Apuesto a que logro llevarte a la pista de baile y que pases el mejor momento de tu vida sin más alcohol que ese trago —dice señalando la copa que sostengo en la mano.

—El mejor momento de mi vida, ¿eh? —Alzo las cejas—. Qué osado.

—Tengo confianza en mis habilidades —declara.

—Muy bien, entonces, adelante, inténtalo. Pero si la paso muy muy mal, me debes otra margarita —acepto, divertida—. Y si tú ganas y paso «el mejor momento de mi vida», ¿qué quieres?

Se inclina sobre la mesa y baja la voz para que solo yo pueda oírlo.

—Si estoy bailando contigo y estás pasando el mejor momento de tu vida —me mira con un brillo peligroso en los ojos—, entonces, ya habré ganado.

CAPÍTULO DIECINUEVE

No me gusta cuando Arlo gana, pero esta noche se lo reconozco.

Cuando nos vamos el restaurante, me estaba contando una anécdota sobre una de sus clases mientras caminábamos hacia la discoteca donde estaban los demás, y me tomó de la mano, como si fuera lo más natural del mundo. Como si estuviéramos juntos. Fue electrizante.

Los dos equipos festejaron con silbidos y cánticos cuando llegamos y, mientras que estoy segura de que a mí las mejillas se me pusieron de color rojo intenso, a Arlo no pareció importarle ni un poco; luego de saludar con alegría a nuestros amigos, volvió su atención hacia mí y me condujo directo hasta la pista de baile.

—Esperen, ¿no quieren beber algo? —había gritado Jade por encima del retumbar sordo de los bajos.

—Primero tiene que pasar el mejor momento de su vida —había respondido él, para la confusión de mi amiga.

Bajo la mirada indiscreta de los demás, me guía a través de la pista abarrotada esquivando a la gente que baila con fervor, hasta llegar al otro lado del salón, donde los chicos no podrán vernos desde su mesa por mucho que estiren el cuello. Al principio, opta por la comedia: se pone a girar y me hace reír con algunos pasos de baile estrambóticos y un juego de pies intrincado e impresionante. Aunque está bromeando, me doy cuenta de que baila bien de verdad.

—¿Te estás divirtiendo? —Se inclina para hablarme al oído. Sonríe cuando asiento con la cabeza—. Igual, el reto era hacerte bailar *a ti*.

Se me acerca y, con los dedos, recorre la parte interna de mis brazos, llega a las muñecas, las levanta, se las coloca sobre los

hombros, y mis manos quedan apoyadas en su nuca. Aferra las manos a mis caderas, me arrima hacia él y mi cuerpo se pega al suyo. El corazón me golpea el pecho con frenesí. El ruido y la gente que tenemos alrededor se desdibujan cuando Arlo baja la cabeza hacia la mía; yo alzo la vista, sin aliento, y nos miramos a los ojos. Nos mueve de lado a lado, balanceándonos al ritmo de la música, y mis manos se deslizan poco a poco por sus hombros anchos y musculosos, le presionan el pecho y se aferran con fuerza a su camisa. El calor me sube al rostro y la adrenalina del momento desata un hormigueo que me recorre el cuerpo entero.

Arlo inclina la cabeza aún más y me toca la nariz con la de él, espera a que yo interprete la señal y levante el mentón para rozarme los labios con los suyos en un movimiento arriesgado, pero se niega a besarme, por ahora. Con la mano derecha, me toma el rostro; desvía un segundo los ojos hacia mi garganta y sonríe complacido cuando ve que, nerviosa, trago saliva. Me acomoda el pelo detrás de la oreja y se acerca para hablarme por encima de la música; siento su aliento caliente, su perfume almizclado y amaderado me estremece de arriba abajo.

—¿Voy ganando, Sadie?

La cabeza me da demasiadas vueltas como para emitir palabras. Solo puedo asentir en silencio.

Ya no sonríe; me mira con tanta intensidad que me siento por completo impotente, abrumada y asustada. Asustada, porque lo deseo tanto que sé que no puedo ocultarlo. Sus ojos penetran los míos, examinan hasta el más mínimo matiz de mi expresión, me dejan indefensa y vulnerable.

Nos interrumpe Dylan, que aparece de la nada, se cuelga de Arlo y, en su borrachera, empieza a cantarle algún disparate sobre su victoria mientras él sigue con la mirada clavada en la mía. Agradezco la disrupción de nuestra burbuja y esbozo una sonrisa despreocupada mientras giro la cabeza para buscar a Jade, que viene abriéndose paso hacia nosotros. Arrastra consigo a Michael, que tiene la boca toda embadurnada del lápiz labial de ella. La mira como si acabara de ganarse la lotería. No pasa mucho tiempo hasta que Hayley, Maya y Quinn se nos unen con algunos de los chicos del

equipo masculino, y Arlo y yo nos separamos espontáneamente a medida que el grupo se agranda.

Les sigo el ritmo y me quedo un ratito bailando y riéndome con las chicas, pero luego me escapo y me uno a Amy y el resto del equipo en la mesa. Me sorprendo cuando al llegar descubro que Arlo me ha seguido porque me envuelve con el brazo por detrás y me pregunta qué quisiera beber. Se dirige a la barra y yo me siento al lado de Amy.

Cuando vuelve, encuentra el lugar que está junto a mí ocupado por uno de sus mediocampistas, Jacob, que me está diciendo, borracho, lo talentosa que cree que soy, bien de cerca, para que pueda oírlo, y con una mano apoyada en mi brazo. Trato de no parecer demasiado contenta cuando veo la expresión de Arlo, que crispa la mandíbula y mira a su amigo con los ojos entrecerrados. Me excuso de la charla con educación, me pongo de pie, voy con Arlo y acepto, agradecida, el cóctel que me ofrece, para que no haya equívocos respecto de las intenciones que tengo esta noche. Relaja los hombros en el acto y se inclina para besarme la mejilla.

—Jacob se te había puesto demasiado cerca, me parece —comenta y le lanza una mirada hostil a su compañero, que se encoge y se arrima con rapidez a Amy para conversar.

—¿Qué pasa, Arlo? ¿Celoso? —Le hago ojitos en chiste.

—De hecho —comienza y se vuelve hacia mí—, sí, demasiado.

El aliento se me corta con la franqueza de su tono; trato de pensar en algo que decir, pero, por lo visto, he olvidado todas las palabras del idioma. Arlo me indica con un gesto que me siente de nuevo a su lado, y me paso todo el tiempo sin poder concentrarme en nada de lo que intentan decir los demás por encima de la música. Me tiene demasiado distraída la posición que ha adoptado: con un brazo me acurruca contra él y me apoya la otra mano en el muslo. En un momento, Amy me pide que hablemos, y me inclino hacia ella para oír mientras Arlo conversa por detrás de mí con Jacob, que parece que ya está perdonado. La mano de Arlo no se mueve de alrededor de mi cintura cuando me doblo hacia delante.

—Veo que quiere dejarle en claro a todo el mundo cuál es la situación —arrastra las palabras Amy con una risita.

—¿A qué te refieres?

—¡Arlo! Está anunciándole al mundo que están juntos.

—Amy, ni siquiera ha pasado nada todavía.

—Ah, pero pasará, amiga mía, pasará —afirma y me da unas palmaditas en la rodilla—. ¡Me muero por saber todos los detalles mañana de camino a casa!

Entre risas, comienzo a incorporarme y niego con la cabeza, pero el corazón se me acelera cuando Arlo, que siente que me muevo hacia atrás, me jala hacia sí para agilizar el proceso. Le busco la mano y entrelazo los dedos con los suyos sobre mi estómago. En las palabras de Amy resuenan mis expectativas y, cuando Jade y Michael se nos acercan a los tropezones y nos avisan que se van a casa, esas expectativas suben al infinito.

—Arlo, ¿te molestaría acompañar a mi compañera de habitación para que llegue sana y salva? —grita Jade sujetándole el rostro—. Yo acompañaré a *tu* compañero de habitación para que llegue sano y salvo, ojo por ojo y etcétera.

—¿Sí? —Arlo arquea las cejas, y su brazo tibio y fuerte me estrecha—. Bueno, si insistes…

—¡Que se diviertan, chicos! —entona Jade con un chirrido, y luego gira hacia Michael—. Vamos.

—Okey —responde Michael con aire soñador, y sale detrás de ella, embelesado.

Ninguno de los dos comenta nada al respecto; nos quedamos sentados juntos, impacientes, con las manos entrelazadas, mientras la música sigue retumbando. Por fin, me pregunta si me quiero ir y yo asiento con la cabeza, al tiempo que se me hace un nudo en la garganta. No nos preocupamos por despedirnos de nadie cuando nos vamos. Pide un Uber de camino a la salida y llega casi al instante. Nos sentamos juntos en el auto y no decimos ni una palabra en el corto trayecto hasta el hotel; el silencio está lleno de la tensión abrasadora que nos consume.

Llegamos, se baja y sostiene la puerta abierta para que haga lo mismo. Lo imito y, mientras le agradece al conductor y cierra el auto, lo tomo de la mano para guiarlo adentro del edificio, hacia el elevador. Presiono el botón y él está detrás de mí; desliza una mano

por mi cintura, usa la otra para correrme el pelo del hombro y descubrirme el cuello. Me apoya en la espalda el pecho, que sube firme al ritmo de su respiración, pausada y regular.

El ascensor se abre con un *ping* y entro. Me sigue de cerca. Las puertas se cierran detrás de nosotros y Arlo me da vuelta para que quedemos frente a frente. Le rodeo el cuello con los brazos y me muerdo el labio, y él hunde el rostro en mi pelo con un suspiro de satisfacción, para luego darme un beso en el hombro.

Espera a que lo haga pasar a mi habitación para avanzar y, por fin, besarme, después de toda una noche de amagues. Una mano se mueve a mi espalda baja, la otra me alza despacio la mandíbula hasta que nuestros labios se tocan. Es un beso diferente del anterior. El de aquella noche llena de tequila fue algo intenso, rápido y urgente. Este beso es tan lento y suave que duele; el tipo de beso que me eriza toda la piel y me estremece el cuerpo entero con la expectativa de lo que pasará a continuación.

Mientras le presiono el pecho firme con las palmas de las manos, empieza a dominarme la impaciencia y, arqueándome contra él, aumento la intensidad del beso. Reacciona al instante: también me besa con más ímpetu, suelta un ruidito involuntario de placer y desliza las manos por mi cintura para aferrarme por las caderas. El pulso se me acelera, busco a tientas el primer botón de su camisa. Lo desabrocho con torpeza y voy por el siguiente. Con la respiración agitada, se aparta para verme bien; sus ojos oscuros reflejan mi propio anhelo.

—¿Estás segura? —verifica con voz ronca y rasposa.

—Sí —susurro; le tomo el rostro en las manos con dulzura y lo miro a los ojos, para que no le quepan más dudas—. Estoy segura.

Se le dibuja una sonrisa, me aferra los muslos y me alza, lo que me provoca una risita que suelto mientras mis piernas se acoplan automáticamente a sus caderas. Nos mueve hasta la cama, donde me posa con delicadeza. Mientras se me pone encima y me vuelve a besar, cierro los ojos, lo estrecho con fuerza y me pierdo en la esperanza de no tener que soltarlo jamás.

CAPÍTULO VEINTE

En la mitad de la noche, Arlo me susurra algo, pero estoy tan cansada que, en realidad, no escucho. Sonrío cuando me besa y luego me quedo dormida otra vez. Cuando me despierto a la mañana siguiente, descubro que se ha ido y que Jade ahora está en su cama, en la otra punta de la habitación, con el vestido y el maquillaje de anoche todavía puestos, acostada boca abajo sobre el edredón, roncando fuerte. Reviso mi teléfono, pero no hay ningún mensaje. ¿Tal vez salió a buscar café? No, momento: afuera estaba oscuro cuando me habló; debe haber vuelto a su cuarto. Se me encoge el corazón y me pregunto por qué no se habrá quedado. Me digo que no tengo por qué ser tan dramática: estamos en el mismo hotel que todos nuestros compañeros de equipo y nuestros directores. Es entendible que no haya querido que lo viera todo el mundo por la mañana escabulléndose a su habitación. Imagino que es por eso mismo que Jade ha regresado.

Alargo el brazo para tomar una camiseta y unos pantalones de pijama de mi bolso, me los pongo debajo del edredón y luego voy de puntillas al baño para ducharme y vestirme. No puedo parar de sonreír cuando pienso en lo de anoche. Bajo el agua caliente de la ducha, dejo que mi mente deambule y recuerde la forma en que Arlo me aferró en el elevador, la manera en que me besó cuando llegamos al cuarto y lo *sexy* que es, tanto que resulta embriagador. Todo fue perfecto anoche; lástima que no pudo quedarse a dormir también. Una vez que hayamos regresado a Durham y no compartamos más alojamiento, eso podrá cambiar. Me estremezco de emoción cuando pienso en que lo de anoche podría repetirse y

me muerdo el labio inferior. Ahora que sé que los sentimientos son correspondidos, quiero estar con él todo el tiempo.

Cuando ya estoy lista para empezar el día, me siento en el borde de la cama de Jade y la despierto con dulzura. Emite un quejido que sofoca su almohada y se quita el pelo del rostro para mirarme con los ojos entrecerrados.

—¿Qué hora es? —pregunta con voz ronca.

—Nueve y media. El autobús sale a las diez de aquí afuera. —Le ofrezco una botella de agua—. Ten. Bebe unos sorbos. Mientras te duchas, voy a buscarnos café y te veré junto al bus.

—Eres un ángel venido desde las Tierras Altas de Escocia para protegerme.

Esbozo una amplia sonrisa al tiempo que se incorpora con dificultad y toma la botella.

—¿Te divertiste anoche?

—Como pocas veces, aunque ahora estoy pagando el precio —admite, y bebe un trago largo—. Nunca había notado lo *sexy* que es Michael. Siempre pensé que era muy callado e introvertido. Pero, uf, sabe lo que hace.

—Los callados son los peores —comento con una risita.

—¿Qué tal tu noche con Arlo? Nos cruzamos en el pasillo cuando cambiamos de habitación y chocamos los cinco.

—¿En serio?

—No. —Se ríe alegremente—. Cuando volvió a su cuarto a no sé qué hora, me di cuenta, a pesar de mi estado de ebriedad, de que no tenía ganas de amanecer con dos delanteros en la habitación y me pareció apropiado regresar aquí. Me alegro de que haya golpeado la puerta y nos haya despertado.

—Menos mal que tocó. Se arriesgaba a sorprenderlos con las manos en la masa.

—Tal cual. —Arquea las cejas. Cuando bajo la vista con el ceño fruncido, me mira con curiosidad—. ¿Qué pasa? No me digas que es malísimo en la cama, porque sería una enorme…

—No, no, estuvo… genial —le aseguro—. Fue todo… increíble. No sé por qué se fue, nada más. Pensé que, quizá, tú habías vuelto aquí

y él había sentido que debía irse, pero si dices que fue él quien regresó primero a la habitación…

—Yo no me preocuparía, Sadie —le resta importancia encogiéndose de hombros—. De seguro no quería lidiar con todas las preguntas indiscretas que le hubieran hecho, como a cualquiera que ven saliendo de la habitación de otra persona. Es entendible.

—Puede ser.

—Estás sacando conclusiones erradas, linda. —Se estira para darme unas palmaditas en la mano—. Le gustas. Era muy notorio anoche. No te quitaba los ojos de encima. Estaba como obnubilado. Y ¿quién no lo estaría? No es ningún tonto.

Se me dibuja una sonrisa.

—Cada vez que te veía hablando con otro chico, parecía que le iba a explotar la cabeza —continúa con las cejas arqueadas—. Está enganchadísimo. Así que no hay manera de que la razón por la que se fue esta madrugada sea que no quería pasar la noche contigo. Seguro lo incomoda un poco que estemos todos en el mismo hotel o algo así. Confía en mí, cuando hayamos regresado a la universidad, todo será diferente. Probablemente no podamos deshacernos más de él.

—Ojalá. —Lanzo un suspiro anhelante y melancólico.

—¿No te dije desde el principio que ustedes dos tenían química? —señala—. Tuve razón entonces y tengo razón ahora. Confía en mí.

—Está bien, perdón por ser tan patética.

—No eres patética, corazón… Solo estás enamorada. Ahora —se sienta en la cama—, si me disculpas un momento, voy a vomitar y a cuestionar mis decisiones de vida.

Mientras se dirige a trompicones al baño, me quedo petrificada donde estoy. No estoy segura de qué es más preocupante: el hecho de que me guste tanto Arlo Hudson que Jade piensa que me enamoré de él o la idea de que, tal vez, esté en lo cierto.



Intento no enojarme o decepcionarme cuando Arlo no se sienta al lado mío en el autobús, pero termino luchando con las dos emociones durante todo el trayecto de regreso a casa. Me digo que no es tan grave y que somos adultos, no adolescentes de secundaria: el lugar que uno elige en el bus no significa nada. Es más, todos están tan cansados y con tanta resaca que a nadie le importa dónde está sentado el resto; solo quieren ponerse los auriculares y dormir. Incluso Hayley elige sentarse junto a Quinn, se coloca su antifaz rosa y se queda dormida en el hombro de su amiga. Noto que Dylan le dirige una mirada extraña y termina desplomándose en uno de los asientos de la parte de adelante del bus y deja libre el espacio de al lado para que lo ocupe Arlo. Jade es una de las últimas en subir, con dificultad, los escalones, y prácticamente se lanza por el pasillo a buscar el café que sostengo en alto.

La situación mejora cuando me bajo del autobús y veo que Arlo me está esperando con mi bolso, que ya ha extraído de la bodega.

—Hola —saluda mientras juguetea con el dobladillo del abrigo—. ¿Qué tal el viaje?

—Logré dormir un poco. ¿Y tú?

—Dylan es de los que abrazan.

—Qué suerte la tuya. —Me río—. Quizá la próxima vez debas elegir compañero de viaje con más cuidado.

—Lo haré. ¿Qué tienes planeado para hoy? —pregunta con esperanza.

—Jade quiere tomarse un día tranquilo y mirar las tres películas de *High School Musical* —le cuento, y echo un vistazo hacia atrás, adonde mi amiga está sentada encima de su maleta con los lentes de sol puestos, navegando en el teléfono de forma mecánica mientras me espera a que termine—. ¿Qué planes tienes tú?

—Día tranquilo y películas suena muy bien. —Vacila y frunce el ceño, como si algo le preocupara.

—Ey, ¿todo bien? —indago, con pánico de que esté arrepintiéndose de lo que pasó.

—Sí —responde con desenfado—. Es… Eh… Lo de anoche…

Se le va apagando la voz y vira el peso de un pie al otro. Me empieza a subir el calor por el cuello hasta el rostro mientras lo observo buscar las palabras para decir lo que sea que quiere decir, y, viendo su expresión intranquila, me preparo para que me explique que fue todo un gran error.

—Fue muy divertido —termina articulando.

—Me pareció lo mismo.

—¿Sí? —comprueba, y los hombros se le relajan con mi comentario—. Bien.

Caigo en la cuenta de que, por algún motivo, le preocupa que yo no lo haya disfrutado, o que, quizá, sea yo la que se arrepienta esta mañana.

—*Muy* divertido —enfatizo, solo para que quede bien claro.

Funciona. Todo el cuerpo se le distiende, levanta la vista para mirarme y esboza una sonrisa de oreja a oreja.

—Entonces, ¿cuánto duran, exactamente, esas películas que van a ver? —consulta con las cejas arqueadas—. ¿Crees que se quedarán hasta tarde viéndolas? ¿O piensas que podrías tener tiempo para… mirar otra cosa con otra persona?

Una calidez me llena el cuerpo. Después de un largo viaje preguntándome si lo de anoche había sido algo de una sola vez, siento cómo me libero del peso de la preocupación y empieza a reemplazarla una sensación de alivio. Arlo se fue temprano y no se sentó conmigo en el autobús, pero me esperó luego para invitarme a pasar el rato con él. No puedo ser yo sola la que siente esto.

—Arlo —empiezo, coqueta—, ¿me estás invitando a ver una película contigo esta noche?

—Si estás libre, entonces, sí, ¿por qué no? —pregunta con un encogimiento de hombros.

—No me vas a hacer mirar algo viejo en blanco y negro, ¿no?

—Puedes elegirla tú —promete.

—Nah, elige tú —insisto—. Tú eres el cinéfilo. ¿No me dijiste una vez que me podías dar una lista de películas que tenía que mirar? Adelante, entonces, escoge alguna que me vaya a cambiar la vida.

—Uf, no me siento para nada presionado. —Se mete las manos en los bolsillos.

—¿Qué pasa, Hudson? —Sonrío, levanto mi bolso y, mientras me alejo caminando, le grito por encima del hombro—. Creía que te gustaban los desafíos.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Siempre tuve poca paciencia. Sé que es uno de mis defectos. Cuando estoy a la espera de algo, solo puedo pensar en eso y no logro concentrarme en otra cosa por mucho que lo intente. Desde que decidí dedicarme al fútbol, no me ha importado nada más de verdad. Nunca nada se le ha asemejado en importancia.

Hasta que llegó él.

Cuando no estoy con Arlo, pienso todo el tiempo en él, me pregunto en qué andará y cuándo podré volver a verlo. No sé qué disfruté más, si la noche en Nottingham o la noche siguiente, cuando se me apareció en la puerta con palomitas de maíz y nos acurrucamos bajo el edredón a mirar una película sobre una heredera y un leopardo, *La adorable revoltosa*, protagonizada por Katharine Hepburn. No estaba convencida de que me fuera a gustar un filme tan antiguo, pero era graciosísimo. Me encantó y, cuando se lo dije a Arlo mientras pasaban los créditos, se mostró muy complacido consigo mismo. Fue adorable.

—Sabía que te gustaría —afirmó con suficiencia—. Lo sabía.

—¿Porque adivinaste que me gustaban las comedias?

Cambió de posición para acostarse y yo me giré para mirarlo.

—Porque tienes un gusto exquisito —respondió, y me besó.

Cuando me desperté a la mañana siguiente envuelta en sus brazos, con nuestros cuerpos enredados debajo de las sábanas, sentí una felicidad arrebatadora. Mientras él dormía profundamente, estudié sus pestañas largas y oscuras, la pendiente suave de la nariz, los labios carnosos, y me permití albergar la esperanza de que habría muchas más mañanas de despertarme junto a él. Con la cabeza apoyada en su pecho, escuchando el latido de su corazón,

me sentí a salvo por primera vez en un largo tiempo. La verdad es que, desde que mi papá recibió su diagnóstico, me he sentido sola con mis preocupaciones, y avanzo por la vida con un objetivo y mucha, pero mucha expectativa. Pero, cuando estoy con Arlo, es como que puedo *ser* y ya. Vuelvo a respirar.

Aun así, me empieza a dominar la impaciencia. Es ingenuo pensar que podemos lanzarnos de cabeza a lo que sea que es este vínculo, solo porque yo estoy segura. Si bien reconozco que él también se está distendiendo, me estoy dando cuenta muy rápido de que es más prudente y avanza más lento de lo que yo querría. No me escribe a menudo y, desde la noche en que vimos la película, no se ha quedado a dormir ni me ha invitado a salir. Traté de sugerir que deberíamos vernos de nuevo, pero él tenía una semana ocupada, y yo no podía reprocharle que tuviera vida social.

Jade me recuerda que los chicos no sirven para usar el teléfono y no deja de pedirme que me relaje y disfrute, pero no tiene nada de disfrutable andar revisando si te llegó un mensaje que no aparece o esperar a que alguien que te gusta te invite a una cita. Cuando entrenamos a solas, es igual de divertido y seductor que siempre, pero nos enfocamos, sobre todo, en el fútbol. Eso tendría que ponerme contenta; es como *debe* ser. El fútbol siempre fue mi prioridad. Pero no es como quiero que sea, para nada. Quiero que me proponga que cancelemos el entrenamiento y, en vez de eso, salgamos. Quiero que me bese en la cancha y que no le importe en lo más mínimo que alguien nos vea.

Lo quiero *a él*. Y quiero que él me quiera a mí.

Pero uno no siempre obtiene lo que quiere, como descubro una tarde de esa semana, justo antes del entrenamiento en equipo. El ambiente en el vestuario está animado y divertido, gracias a una nueva victoria dos días antes; y no solo nuestra, sino de los chicos, también. En su partido, Arlo le dio una asistencia a Michael en el primer tiempo y metió dos goles en el segundo. La mejoría del equipo es notoria y no parecen correr peligro de bajar de posición en la tabla de la liga.

—¿Lo viste a Michael el miércoles? —la molesta Quinn a Jade, y le sonríe mientras mete el bolso en su casillero—. Nunca lo había visto

jugar así. Cualquiera diría que trata de impresionar a alguien.

—No me mires así, Quinn. No somos nada —insiste Jade al poner los ojos en blanco.

—Es lindo —comenta Amy, que espera a que terminemos de prepararnos apoyada contra la pared—. ¿Te ha estado mensajeando?

—Un poco —responde con un encogimiento de hombros.

—Si tú y Michael empiezan a salir, estará surgiendo un patrón muy bonito de parejas de futbolistas —señala Quinn, lo que extrae un resoplido burlón de Jade—. Me va a resultar difícil estar al día con todos estos noviazgos. Hayley y Dylan, Sadie y Arlo, Jade y Michael… ¿Quiénes serán los próximos?

—Disculpa, no estamos de novios —aclara Jade, y le arroja un calcetín a Quinn, que lo esquiva mientras se ríe de su propio comentario.

—Nosotros tampoco —murmuro; trato de no sonar demasiado resentida.

—¿Arlo no te pidió ser exclusivos? —pregunta Amy, sorprendida. Niego con la cabeza.

—Obvio que no —interpone Hayley desde el espejo donde se está mirando—. Si no tienen nada serio.

Doy un respingo y dejo los botines a medio atar. Quinn y Amy intercambian una mirada. Maya se queda atónita y Jade está completamente furiosa.

—*Hayley* —exclama Jade con las manos en la cintura—, ¿cómo vas a decir eso?

Ruborizada, Hayley gira hacia nosotras y se me queda mirando con los ojos como platos.

—Ay, no, no quise expresarlo como si fuera mi opinión… Perdón si pensaste eso —explica con inocencia—. ¡Estaba repitiendo lo que dijo Arlo!

Se me forma un nudo en la garganta.

—¿Arlo dijo eso? —pregunto con voz ronca; intento sonar casual, en vano.

—Sí, anoche, cuando fuimos a Osbournes —cuenta—. Éramos varios. Dylan me invitó, así que fui con Quinn, y estaban algunos de

los chicos de fútbol y unas chicas de la facultad de Arlo, creo.

Cuando le escribí a él ayer para preguntarle qué hacía, me respondió que había salido con los chicos. No me invitó a que me uniera.

—A una de las amigas de Arlo, que, de hecho, creo que juega en la tercera división, es obvio que él le gusta —sigue Hayley—. Entonces, Dylan le estaba preguntando a él si andaba con ella, y por supuesto que yo me metí y te mencioné, Sadie, para defenderte. Cuando Dylan le hizo un chiste con que eras su novia, Arlo dijo que ustedes dos no tenían nada serio. —Hace una pausa y me mira parpadeando—. Supuse que los dos pensaban así. Si no, él no habría comentado eso enfrente de mí, ¿no? Habría sabido que, como somos amigas, yo te iba a contar que anda por ahí diciéndole a la gente que no tienen nada serio.

—Claro. —Asiento despacio—. Sí. Tiene sentido.

El vestuario se sume en un silencio incómodo. Quinn mira al suelo, y Amy y Maya me observan con expresión preocupada. Yo siento una extraña apatía. Es como si mi cerebro se estuviera tomando su tiempo para procesar las palabras de Hayley. Cuando me percato de lo estúpida que he sido y de lo mucho que dejé que avanzaran mis sentimientos, me acaloro de la humillación y quedo al borde de las lágrimas. Por si fuera poco, no fue otra que Hayley la que me lo comunicó. Una vez más, he quedado como una tonta frente a ella.

Qué idiota.

—Sadie… —empieza Jade.

—¿Qué pasa? ¡Estoy bien! —enfatizo, me termino de atar los botines y me pongo de pie para cerrar mi casillero—. Arlo tiene razón… Lo nuestro no es serio. No es nada grave. Salgamos a jugar antes de que Hendricks se vuelva loco.

Sin darles tiempo a responder, me apresuro a abandonar el vestuario, y agradezco el aire frío que me golpea el rostro cuando abro la puerta de par en par y me dirijo corriendo hacia el campo de juego.

Hoy los chicos no entrenan con nosotros, por suerte, y yo intento no distraerme con Arlo, que se dedica a sus ejercicios a un par de canchas de distancia. En un momento, está de pie en la línea de

banda y hace contacto visual conmigo, que me estoy posicionando para practicar un centro. Me saluda con la mano. Yo le doy la espalda con el ceño fruncido, corro hacia la pelota y la pateo con demasiada fuerza.

—¡Concéntrate, McGrath! —me grita Hendricks mientras se agacha para esquivar la pelota que le vuela por encima de la cabeza, al otro lado del campo.

No puede tener más razón. Me he permitido olvidar lo que es importante y lo que vine a hacer aquí. Desde el principio supe que Arlo Hudson sería un problema… ¿Y qué pasó? Me dejé seducir por sus encantos, como cualquier otra imbécil, y ahora estoy con el estómago que se me retuerce de angustia mientras espero a que me responda y me distraigo de mi juego por andar fantaseando con él.

Bueno, ya no. Aprendí la lección. No lo dejaré volver a jugar con mis sentimientos.



Cuando termina la práctica, Hendricks me pide que espere un momento mientras las demás vuelven al vestuario. Jade, indecisa, se queda en la línea de banda, pero le digo que la veré después y le lanzo una sonrisa llena de confianza para comunicarle que estoy bien.

—¿Qué pasa, Grosvenor, eres su niñera? —le ladra.

Ella me promete que me esperará para que caminemos juntas de regreso a Collingwood y se va a regañadientes. Hendricks la observa irse y luego gira hacia mí para preguntarme, con el ceño fruncido:

—¿Te encuentras bien? Hoy parecías… alterada.

—No, estoy bien. De hecho, nunca me sentí tan decidida. ¿Algún comentario sobre mi desempeño?

—Mi primera observación sería que mantuvieras la pelota en juego en esta cancha, en vez de tratar de mandarla a Australia —ironiza.

—Entendido —respondo con una mueca—. Perdón por eso.

—Ya sabes lo importantes que son para el equipo estas próximas dos semanas. Si ganan la temporada, harán historia, pero no será nada fácil. Lideramos la tabla de posiciones, pero solo por un punto. No podemos confiarnos.

—Lo sé.

—Un ojeador vendrá a observar estos últimos dos partidos. —Contempla el campo de juego frotándose la barbilla—. Le hablé de ti y está interesado. Tiene muchos contactos, McGrath. Debes mostrarle de lo que eres capaz.

Asiento con la cabeza; tengo la boca seca y la respiración entrecortada.

—No te preocupes, nos aseguraremos de que vea lo mejor de ti —afirma Hendricks—. Ahora estás jugando bien, pero quiero que sigas tu instinto un poco más. Confía en ti misma tanto como confías en la estrategia y la táctica. No dependas tanto de esto —se da unos toquecitos en la sien, luego baja la mano y se la apoya en el pecho, sobre el corazón— y juega con un poco más de esto.

—Entendido. No lo defraudaré.

—Yo no tengo nada que ver, McGrath. —Arruga el entrecejo—. No juegues para complacer a los demás. Juega por ti.

Bajo la vista.

—Dado lo importantes que son los próximos dos partidos para el equipo y para mi carrera, creo que lo mejor sería que dedique todo mi esfuerzo y mi tiempo a mi entrenamiento personal. Si bien me encantaría ayudar a Arlo Hudson, me parece mejor que dejemos de entrenar juntos.

—¿Sí? —Levanta las cejas—. Pensaba que eran… cercanos.

Se me ruborizan las mejillas. Maldición, hasta los DT lo sabían. ¡¿Tan obvia estaba siendo?!

—Hemos notado avances en ambos desde que empezaron las sesiones particulares —continúa sin miramientos—, y ya sabes que creo firmemente que es preferible entrenar con un compañero que solo. Pero Hudson ha progresado mucho y, si a ti te parece que sería más beneficioso concluir ahora los entrenamientos…

—Sí —declaro—. Creo que no podemos ayudarnos mucho más. Él está jugando bien y a mí me va mejor sola.

Lo tajante de mi tono parece sorprenderlo un poco, y asiente con la cabeza.

—Muy bien, McGrath. Te libero. —Titubea y añade—: Gracias por dedicar tu tiempo a practicar con él. Sé que Nevile está muy agradecida por eso, y estoy seguro de que Hudson también.

—Gracias —digo y luego me dirijo a los vestuarios.



Cuando Arlo me manda un mensaje al día siguiente, el corazón se me para un segundo al ver que su nombre aparece en mi pantalla, y niego con la cabeza, decepcionada de mí misma. Respiro hondo y empiezo a escribir la respuesta.

Hola, ¿vamos a tomar algo hoy, después de nuestro entrenamiento?

Creo que algunos de los chicos también saldrán.

Podemos encontrarnos con ellos después 

Te iba a escribir, en realidad.

Hendricks dijo que no hacía falta que siguiéramos con las sesiones privadas el resto de la temporada.

Puedes hablar con él si tienes alguna pregunta.

Y gracias, pero estoy ocupada esta noche.

Presiono Enviar. Las tildes azules aparecen de inmediato, así que sé que leyó el mensaje.

El teléfono empieza a sonar. Es él.

Ignoro la llamada.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

—Sadie, ¿no?

Alzo la vista de la computadora y veo una chica que, con la mano apoyada en la silla libre que está frente a la mía, me mira esperanzada con ojos grandes de color avellana. Es menudita y bonita, tiene la nariz manchada de pecas y el pelo castaño largo y ondulado; me resulta conocida, pero no logro recordar de dónde.

—Soy Ellie —se apresura a decirme—. Creo que nos conocimos una noche. Eres amiga de Hayley, ¿no? Yo también juego al fútbol. En la tercera.

—Ah, hola. —Le sonrío amablemente—. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Tú?

—Bien, gracias.

Nos callamos las dos, y yo la observo, expectante. Se muerde el labio y tamborilea con las uñas sobre la silla, con impaciencia.

—¿Te querías sentar? Adelante —le ofrezco, aunque sí me parece un poco extraño, dado que hay otras mesas libres en el café—. No estoy esperando a nadie y, de todos modos, me estoy por ir a una clase.

—¡Ah! No, eh… No…, no necesito la silla. En realidad, quería preguntarte algo.

—Okey. —Me reclino—. ¿Qué necesitabas? ¿Es algo de fútbol?

—Bueno, no. —Baja la cabeza y se ruboriza—. Es sobre… Arlo Hudson.

—¿Qué pasa con él? —Se me hiela la sonrisa en los labios.

—Ay, dios, qué incómodo. Perdón, estoy haciendo el ridículo. —Se pasa la mano por el pelo—. En concreto, me preguntaba si ustedes dos están, digamos, en algo. Porque quería invitarlo a salir, pero si

ya está con alguien, entonces, por supuesto que no lo haría, pues… códigos. —Hace una mueca—. ¡Dios! Qué vergüenza. Perdón. De seguro están juntos y me acabo de humillar por completo.

Exhalo; el corazón me golpea con fuerza el pecho.

—No te disculpes. —Me miro un segundo las manos, que tengo apoyadas sobre el regazo—. No te has humillado. De hecho, es bastante gentil de tu parte haber preguntado.

Me sonríe agradecida, con las mejillas sonrosadas.

—No estamos saliendo —le confirmo—. Así que puedes invitarlo a salir, adelante.

—¡Genial! —Ahoga un gritito, emocionada—. Okey, buenísimo. Perdón, no estaba segura de si seguían… En fin, me alegro de haber preguntado. Muchísimas gracias.

—No hay problema. Suerte.

—Gracias —responde con alegría, y se incorpora—. Y buena suerte en tus últimos dos partidos. Están primeras en la tabla, ¿no? No me sorprende. Seguro que seguirá siendo así. ¡Nos vemos!

—Nos vemos —la despido mientras da un giro y cruza la puerta bailoteando.

Cierro la computadora, junto mis cosas, taciturna, y salgo del café para dirigirme, a paso lento, hacia mi clase. Llegaré temprano, pero no hay forma de que pueda concentrarme en el trabajo ahora, así que no tiene caso que me quede aquí. Estando a unos metros de la puerta, alguien se me pone en el camino a propósito, lo que me obliga a levantar la vista del suelo.

Mierda.

—Hola, Sadie —saluda Arlo con el ceño fruncido—. Jade me dijo que quizá estuvieras aquí.

Me acomodo en el hombro la cinta del bolso, que se me estaba resbalando, y lo esquivo.

—Lo siento, tengo que irme… Llego tarde a una clase —murmuro.

—Me has estado evitando —me acusa, y me sigue—. ¿Qué pasa?

—Nada. No te estoy evitando.

—Intenté llamándote, y tampoco me has respondido los mensajes.

—He estado ocupada.

Se estira para tomarme del brazo y frenarme.

—Sadie, dale —me implora; desvío los ojos para todos lados, desesperada por no establecer contacto visual—. Habla conmigo. ¿Por favor?

Con un suspiro hondo, me obligo a alzar la vista. Él me sonríe.

—Hola —repite con suavidad, en respuesta a la mirada que le dirijo por primera vez en la conversación. Me armo de valor; me rehúso a que me doblegue su expresión afectuosa.

Es un juego. Está jugando contigo.

—Arlo, no tengo nada que decir —insisto con frialdad—. La temporada está por terminar y Hendricks coincidió en que, de ahora en adelante, debería concentrarme en mi entrenamiento personal. No me necesitas.

—Okey. —Arruga la frente—. Si el consenso general es ese… No estoy de acuerdo, pero si tú prefieres que lo dejemos aquí…

—Sí, prefiero eso.

Arlo entrecierra los ojos, vacilante.

—¿Qué pasa? Estaba todo… tan bien entre nosotros, y ahora estamos… Oye, ¿he hecho algo que te molestara?

—¿Por qué me molestaría algo que hicieras tú? —pregunto, con la cabeza ladeada—. No es que estemos juntos. No tenemos nada serio, ¿no?

—Es… —Parpadea, sorprendido—. Bueno, no, pero…

—Me alegra que pensemos igual. Ah, recién conocí a tu amiga Ellie en el café. Estuvo linda la charla, espero que funcione lo de ustedes. No es nada de mi incumbencia, pero trátala bien, ¿sí? Parece muy dulce y no se merecería lo contrario. En fin —me fijo la hora en el teléfono—, me tengo que ir. Nos vemos.

Lo dejo ahí, mudo, me doy media vuelta y me alejo caminando mientras lucho con el impulso de mirar atrás. Ya he decidido que no puedo ser amiga de Arlo. Ya lo intenté y no funcionó. Entre nosotros tiene que ser todo o nada. Ahora, por lo menos, los dos sabemos cuál es la situación. No somos nada.



¿Por qué está acá?

No es justo. Arlo no debería estar ahí en las gradas, alentándonos en nuestra penúltima fecha. ¿Por qué no anda por ahí con sus amigos o con su nueva novia? ¿O enfocado en su propio juego? No tiene derecho a estar acá mirando nuestro partido. Debe haber llegado durante el primer tiempo. Yo lo vi en el entretiempo. Me dirigió una sonrisa débil, pero le fruncí el ceño y me reuní con las chicas a un costado.

Seguimos cero a cero, y tengo que concentrarme. No puedo dejar que me distraiga. Alguno de los espectadores es un ojeador que podría cambiarme la vida. Y este partido no es importante solo para mí en lo personal, sino también para todo el equipo. Si hoy derrotamos a Loughborough, podríamos ganar la liga, siempre que Edimburgo pierda el partido que está jugando ahora.

Aplaudo cuando Hayley hace una barrida excelente, y logra que la pelota toque el talón de la atacante y salga de juego. Va a la banda a hacer el saque y busca jugadoras libres. Mis ojos, fugaces, cruzan el campo y se posan en el lateral, donde Arlo está de pie con las manos en los bolsillos del abrigo. Me está mirando fijo. Desvío la vista rápidamente.

¿Por qué está tan lindo?

Hayley se la ha pasado a Alisha, que se esfuerza por encontrar a Amy, pero su oponente la está presionando con agresividad, la barre y aleja la pelota. Emito un quejido de decepción. Por el rabillo del ojo, veo que Arlo saluda a dos personas que acaban de llegar a las gradas para mirar el partido. Sin poder evitarlo, echo un vistazo curioso, y el corazón se me estruja cuando noto que son Ellie y su amiga. Ella sonríe por algo que dice Arlo y estira la mano para rozarle el brazo.

¿Qué les pasa? ¿Hay necesidad de venir y restregármelo?

Se oyen vítores del público local, me obligo a apartar la mirada y descubro que Amy tiene la pelota. Y yo no me he movido. Ofuscada, me lanzo a la carrera al tiempo que Amy me divisa y patea la pelota al área. De milagro, la defensora del Loughborough no está en posición y puedo rematar de cabeza con libertad.

Mando la pelota a kilómetros por encima del travesaño.

Amy ya había empezado a festejar, pero se le arruga el rostro y hunde la cabeza entre los brazos. Yo me quedo mirando al arco sin poder creerlo, y respiro con dificultad, con las manos en las caderas. La arquera del Loughborough aplaude aliviada, pero vocifera instrucciones para las defensoras de que no dejen que vuelva a pasar algo así. Alguien me da una palmadita de consuelo en la espalda.

—La próxima —me dice la voz de Hayley al oído—. La próxima, va a entrar.

Pero todo el mundo sabe que las oportunidades como esa no abundan. Tal vez no haya una próxima vez en este partido. Esa era la chance de tomar la delantera.

Y la desperdicié.

Se reanuda el juego, pero las manos todavía me tiemblan de la conmoción y la vergüenza. Hendricks me grita que no me desconcentre, pero las profundas arrugas que tiene talladas en el ceño me revelan que está tan confundido como yo. Pronto la conmoción deja lugar al enojo con Arlo, que vino y lo arruinó todo. Esto es culpa suya.

Lo odio.

Me habrá dañado, y mucho, pero no voy a permitir que destruya mi carrera. Intento transformar toda mi frustración en motivación para generar otra oportunidad de gol y demostrarle al ojeador que me equivoqué, algo poco común en mí. Loughborough parece haber renovado su confianza a partir del tiro que erré: el equipo se pone más agresivo y lleva la pelota a un área peligrosa. Amy y yo bajamos para ayudar; yo corro hacia la mediocampista que tiene la pelota y la barro.

Sus piernas ceden, la jugadora cae al suelo y automáticamente suena el silbato.

—¡Ni la toqué! —discuto, pero es en vano.

El árbitro decreta que fue una jugada temeraria e inoportuna, y he regalado un tiro libre.

La mediocampista y la centrodelantera se acercan para patear. La delantera hace rodar la pelota unos metros para la izquierda, para que quede fuera de la barrera de nuestro equipo, y la mediocampista corre y patea.

Observo con impotencia cómo la pelota pasa volando la barrera y entra en el ángulo superior derecho del arco.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Mamá me deja un café negro enfrente y se sienta a mi lado a la mesa de la cocina, con su taza humeante de té entre las manos.

—Qué callada que estás —comenta y me mira con curiosidad.

—Son los nervios previos al partido, nada más —respondo, y bebo un sorbo de café.

—Es bueno estar nerviosa —señala, se estira para darme una palmadita en la mano y luego se vuelve hacia papá—. ¿No es cierto? Tú siempre te ponías nervioso antes de los partidos y yo te decía lo mismo. La adrenalina te mantiene alerta y enfocada.

—Así es —coincide papá—. ¿Qué se juega mañana?

—Sadie tiene el último partido de la liga —explica mamá con paciencia, aunque sé que ya se lo debe haber contado—. De visitante contra Edimburgo. Por eso está aquí. Vino un día antes para pasar tiempo con nosotros, lo cual es maravilloso.

—Ah, les será muy fácil ganarle al Hibs —comenta él, y golpetea la mesa con el dedo con gesto categórico—. Deben aprovecharse de sus lagunas defensivas. Últimamente, no paran de cometer los mismos errores.

—No, pa, no jugamos contra Hibernian —le aclaro despacio—. Esta es la liga de las universidades. Jugamos contra la Universidad de Edimburgo.

—Es un partido muy importante —le informa mamá.

—Ah, ¿sí? —Papá me mira para pedirme una explicación.

—Están arriba de nosotras en la tabla ahora, por diferencia de goles —desarrollo, y bajo los ojos a la mesa—. Perdimos contra Loughborough y ellas empataron el último partido. Entonces, tenemos que derrotarlas por dos goles para ganar la liga.

—Tú puedes —insiste mamá con una sonrisa alentadora—. Ahí estaremos hinchando por ti. Creemos en ti.

—Me equivoqué. —Niego con la cabeza—. Edimburgo es un muy buen equipo y yo desperdicié la oportunidad que teníamos de llegar a este partido con ventaja. Lo arruiné todo y ahora es muy probable que perdamos.

—No digas eso, Sadie. —Se inclina sobre la mesa y me toma de la mano.

No tiene caso que mamá trate de hacerme sentir mejor. A esta altura, no creo que nada lo logre. Cuando el árbitro pitó al final del partido con Loughborough, me paralicé. Doblada en dos, con las manos apoyadas en las rodillas y la cabeza gacha, sentía los oídos zumbándome del dolor y la desilusión por mis errores, a tal punto que ahogaban los gritos de celebración. Jade se me acercó para ponerme una mano en la espalda y decirme que estaba todo bien, pero no le creí. Me dolía todo el cuerpo y los ojos se me iban llenando de lágrimas. Cuando por fin logré moverme, le di la mano al equipo contrario como una zombi. Me fui de la cancha sin echarle ni una ojeada a Arlo. En los vestuarios, me senté en la banca y ahí me quedé.

Las chicas habían sido muy amables al respecto. Me dijeron que yo no tenía la culpa, que el equipo simplemente no había sabido aglutinar esfuerzos como necesitábamos. Me expresaron su apoyo y aliento. Todavía podíamos ganar la liga, no estaba todo perdido, dijeron. Pero sus palabras rebotaban en mí, vanas e ineficaces. Al final, me duché y me vestí, sin hablar con nadie. Jade les había contado lo del ojeador, era obvio, y todas me lanzaron miradas de compasión mientras me alistaba.

—Está Arlo afuera —me había informado con cautela Jade, que volvió a entrar cuando yo levantaba mi bolso para irme—. Dice que le gustaría hablar contigo.

—Pídele que se vaya, por favor —susurré cerrando los ojos y apoyándome contra la pared—. No quiero hablar con nadie, Jade, y menos con él.

Ella asintió y se me adelantó. Unos minutos más tarde, regresó para avisarme que Arlo se había ido y que ya podía salir. Esa noche,

él me mandó un mensaje para decirme que lo sentía y que esperaba que estuviera bien. Podía hablar con él si lo necesitaba, afirmó.

Era la última persona que necesitaba.

Quería echarle toda la culpa a él y, al principio, lo hice, pero al despertarme a la mañana siguiente, supe que la responsabilidad era toda mía. Me había permitido perder el foco y distraerme con su presencia. Había dejado que se apoderaran de mí los nervios que me generaba el ojeador. La única persona que estaba en falta era yo. Había decepcionado a mi equipo. Al director técnico. Me había decepcionado a mí.

El peso de todo esto ha sido insoportable.

Han sido días difíciles.

—No vayan a ver el partido mañana —les pido a mis padres, abatida—. No quiero desilusionarlos también a ustedes.

—Sadie —dice mamá, afligida—, ¡eso no pasará nunca! Estamos orgullosísimos de ti y de todo lo que haces.

—Sí, estamos muy orgullosos, Sadie —asevera papá, y lo expresa con tanta claridad y franqueza que me brotan las lágrimas.

—No lo habrías estado si me hubieras visto jugar el partido pasado, papá —admito, y una lágrima se me desliza por la mejilla. Mamá me aprieta la mano—. Me equivoqué mucho. Dejé que me superara la presión y mi cabeza era un caos. Si no ganamos la liga, será culpa mía.

Para mi sorpresa, papá resopla, divertido.

—Celtic —suelta, y mamá y yo cruzamos miradas.

—¿Cómo, pa? —pregunto con dulzura mientras el corazón se me estruja y me preparo para verlo hundirse en un estado de confusión.

—Estuve en el Celtic —responde con impaciencia.

—Sí, durante un tiempo —acota mamá, que se pregunta a dónde estará yendo con esto.

—En un partido contra Dumbarton yo jugué mal, erré un penal. —Niega con la cabeza y frunce el ceño con el recuerdo—. Fue terrible, terrible. Quería dejar todo. Más adelante, esa temporada, marqué un triplete contra Dundee y un doblete contra Motherwell. —La expresión se le relaja y levanta la vista para mirarme con ojos brillantes—. Cada partido es un partido nuevo.

Esbozo una sonrisa mientras me seco las lágrimas.

—Gracias, papá —susurro—. Necesitaba oír eso.

Suena el timbre y mamá me suelta la mano para ir a abrir. Bebo otro sorbo de café, todavía sonriéndole, agradecida, a papá. Nos llega la voz de mamá que habla en la puerta e invita a la persona recién llegada a pasar, y, momentos después, vuelve a la cocina.

—Es tu amigo de la universidad, Sadie —informa con alegría.

Casi me atraganto con el café cuando veo que entra Arlo detrás de ella.

—¡Arlo! —farfullo, apoyo la taza en la mesa con un estrépito y me pongo de pie—. ¿Qué haces aquí?

—Perdón por venir sin avisar —empieza, entusiasmado; sostiene un ramo de flores—. Llegué a la ciudad un poco más temprano que el resto del equipo, y Jade mencionó que estabas aquí… Se me ocurrió pasar. Espero que no haya problema.

—¡Claro que no! —Mamá lo observa despacio de arriba abajo—. Eres más que bienvenido. Sadie nos ha hablado de ti, Arlo.

—Ah, ¿sí? —Me sonríe mientras le lanzo una mirada furiosa a mamá. Él le entrega las flores—. Esto es para usted, señora McGrath.

—¡Qué hermosas! —Se le sonrojan las mejillas. Por lo visto, no soy la única de la familia que sucumbe ante el encanto de Arlo Hudson —. Eres muy considerado.

Arlo se gira hacia papá y le tiende la mano.

—Mucho gusto, señor.

—¿Eres amigo de Sadie? —pregunta papá con recelo, y le da la suya.

—Arlo también va a Durham. Es, eh, d-delantero del equipo masculino —tartamudeo; todavía estoy tratando de asimilar el hecho de que esté aquí.

—Otro futbolista, qué bueno —aprueba papá.

—Es un honor conocerlo —sigue Arlo—. Su hija ha tenido la gentileza de dedicar gran parte de su tiempo a entrenarme esta temporada.

—¿En serio? —Arquea las cejas—. Sadie es muy talentosa. Siempre lo fue.

—En fin —intervengo antes de que se pase de efusividad—, ¿por qué estás aquí? Quiero decir, ¿cómo fue que decidiste venir antes a Edimburgo?

—No había estado nunca y quería conocer —explica—. Me lo vendiste como un lugar impresionante, así que quería verlo yo mismo. No me pareció que fuéramos a tener mucho tiempo mañana para explorar.

—Ah, es una ciudad bellísima, ¿no es cierto, Sadie? —comenta mamá con entusiasmo mientras toma un jarrón y lo llena de agua—. Y la mejor forma de conocerla es con un guía local.

—¿Y dónde encuentro uno de esos, sabe? —pregunta Arlo con esperanza.

—Aquí mismo. —Mamá cierra el grifo y me señala.

—¿Eh? —La miro parpadeando.

—Recién estabas diciendo que hoy querías salir a caminar por la ciudad, ¿o no, Sadie? Tomar un poco de aire y despejarte para el partido de mañana —dice con descaro, y busca unas tijeras para cortar los tallos—. ¿Por qué no lo llevas a Arlo a pasear? Y le muestras los mejores lugares.

—Estaría buenísimo. —Me dirige una sonrisa de oreja a oreja.

—Pues… Eh… Bueno —me oigo aceptar.

—Vayan, entonces —dispone mamá, y me apremia a levantarme de la silla—. Encantada de conocerte, Arlo. Disfruta de nuestra ciudad, y ¿quizá te gustaría cenar con nosotros esta noche?

—Arlo hoy cena con el equipo, mamá —me apresuro a aclarar, y tomo mi abrigo—. No podrá…

—Me encantaría cenar con ustedes —responde él.

—Pero… Pero ¿no querrás estar con el equipo para coordinar la táctica para mañana y esas cosas? —chillo, y lo miro con los ojos como platos.

—Me imagino que aprenderé mucho más sobre el juego bonito aquí —señala a papá con la cabeza— que hablando con cualquiera de mis compañeros de equipo.

—Feliz de darles consejos —accede papá con una risita.

—Nos vemos por la noche, entonces —confirma mamá—. Que disfruten el día. ¡Adiós, Sadie!

—Adiós —saludo, y abro la marcha hacia la puerta de entrada a los tropezones; sigo sin estar segura de qué diablos está pasando o de cómo terminé en esta situación.

—Gracias por la invitación. Hasta la noche —lanza Arlo por encima del hombro, y mamá sonríe para sí misma mientras cierra la puerta detrás de nosotros. Él se vuelve hacia mí, que estoy de pie en la acera, aturdida—: Gracias por esto, Sadie.

—¿Qué haces aquí? —le espeto con el ceño fruncido.

—Te dije, quería cono…

—Me refiero a ¿qué haces aquí? —clarifico apuntando a mi casa.

Hace una pausa y luego responde, en voz baja:

—Quería verte.

Bajo la vista al suelo. Sorbo por la nariz y me meto las manos en los bolsillos.

—Siento mucho lo de tu partido contra Loughborough —continúa —. Me preocupabas y no me has respondido las llamadas. Vine para ver si estabas bien. —Titubea—. Si quieres que me vaya, lo haré. Pero sé que mañana es un día importantísimo para ti, y no sé, no quería que estuvieras sola.

Exhalo y pateo la acera con la punta del zapato, nerviosa.

—Sadie, olvídate de todo lo demás…, todo lo que… ha pasado entre nosotros —implora—. Deja que alguien te acompañe. Déjame acompañarte. —Suspira y se pasa la mano por el pelo—. Solo quiero saber si estás bien.

Respiro profundo y me obligo a mirarlo.

—Estoy aterrada —musito.

—Lo sé. —Se me acerca. Mueve ligeramente la mano, como si estuviera considerando alargarla hacia mí, pero se da cuenta de que no es una buena idea—. Dime qué te gustaría quehiciera, cómo puedo ayudar. Haremos lo que tú quieras. Podemos hablar del tema, no hablar del tema, sentarnos en algún lado, caminar por ahí, pasear… Podríamos ir al castillo y buscar algún halcón que te persiga para entrenar…

Largo una carcajada. Él esboza una sonrisa de satisfacción.

—Lo que tengas ganas de hacer, lo hacemos —concluye.

—Okey. —Lanzo un suspiro hondo—. Vayamos a pasear y no hablemos de fútbol. Ni de nada importante.

—Okey. —Asiente con la cabeza—. Hablaremos de trivialidades. Ningún problema. Resulta que soy experto en hablar de estupideces.

—Lo noté.

—Al fin, un destello de la Sadie que conozco: rápida, ingeniosa y mordaz. —Me sonríe y se frota las manos—. Entonces, un día en Edimburgo. ¿A dónde vamos primero?

CAPÍTULO VEINTICUATRO

R*espira.*

El eco de la voz de mamá me resuena en la cabeza cuando le doy la mano a mi oponente después de ganar el sorteo. Hace frío y llovizna, y todos los espectadores están envueltos en sus abrigos, con las capuchas puestas. Menos mal. Significa que no lo veo entre el público, aunque sé que está ahí. Su partido es más tarde, y todo el equipo masculino vino a apoyarnos.

Deja de pensar en Arlo.

Sé el lugar preciso donde están sentados mamá y papá, en la primera fila de las gradas, observándome muy concentrados. Estaba tan alterada por los nervios más temprano que casi no pude desayunar, hasta que mamá me recordó, muy seria, que necesitaba la energía para jugar a tope. Vio cómo me temblaba la mano cuando me estiraba para tomar el vaso de agua y me sonrió con calidez.

—Es bueno estar nerviosa, ¿recuerdas? Como le decía a tu papá antes de un partido importante. —Se acercó para acariciarme la espalda—. Respira.

Mientras observo cómo se posiciona el equipo de Edimburgo, inhalo una bocanada profunda de aire. Papá no se encontraba muy bien esta mañana; se desorientó cuando mamá le explicó que vendrían a ver el partido. Pero intento enfocarme en las palabras que me dirigió ayer más que en la expresión de desconcierto con la que me miró partir con el bolso deportivo.

Cada partido es un partido nuevo.

Exhalo despacio. Que me haya sentido una fracasada después del último encuentro no significa que vaya a fracasar en este. Debo aferrarme a eso. En algún lugar en esa grada, hay un ojeador que

hoy tomará una decisión que podría cambiarme la vida. Mi única esperanza es que, si no lo había impresionado mi desempeño la última vez, me dé la oportunidad de hacerlo cambiar de idea ahora.

El árbitro se acerca y deposita la pelota en el punto central.

Se me tensa la garganta. Siento náuseas. Siempre me pongo un poco nerviosa antes de los partidos, pero nunca tanto. Es demasiada presión, hay demasiado en juego. Trago saliva y lanzo una ojeada a la tribuna.

¿Dónde está?

No tengo derecho a necesitarlo hoy. No ha cambiado nada. No es mi novio. Ayer, cumplió con su palabra y no hablamos de nada importante, como solicité. Si bien, al principio, me resistía a pasar tiempo con él después de todo lo sucedido entre nosotros, al final me divertí muchísimo y quedé agradecida por su visita intempestiva. Si no hubiera aparecido, de seguro habría estado todo el día hundiéndome en un pozo de preocupación por lo de hoy.

En vez de eso, logré olvidarme de todo mientras me transformaba en guía turística de Edimburgo por un día y deambulaba por las calles empedradas del casco antiguo, donde el entusiasmo *nerd* de Arlo por los numerosos puntos de interés literarios me provocó varias risitas. Fotografió hasta el ridículo las huellas de las manos de Ian Rankin, grabadas en las baldosas de las inmediaciones del ayuntamiento, y luego me rogó que bebiéramos un trago en Conan Doyle, la taberna situada cerca de la casa donde nació Arthur Conan Doyle; ahí me hizo tomarle varias fotos junto al monumento a Sherlock Holmes, al final de la calle. Me eché a reír con ganas cuando imitó la pose de la estatua e hizo de cuenta que sostenía una pipa.

Ahora que lo pienso, estuve riéndome gran parte del día.

Mis padres lo adoraron. Me lo dijo mamá después de la cena, cuando él se había ido para el hotel. No sé por qué me sorprendió: es difícil que Arlo le caiga mal a alguien. Como siempre, fue encantador, interesante y servicial. Pero me di cuenta de que se estaba esforzando más con mi familia. Se notaba que había investigado y entabló una conversación con papá sobre su carrera; le tenía paciencia cuando le costaba articular lo que quería decir y lo

escuchaba mostrando un interés genuino. Lo hizo reír cuando se burló de su propio talento y cuando habló sobre *soccer* estadounidense.

No hace falta decir que mamá se enamoró perdidamente de él.

—Es precioso, ¿no? —me susurró cuando él estaba en el baño.

—¡Mamá! ¡Calla! ¡Te va a oír!

—No será la primera vez que lo oye —se defendió mientras removía el vino en su copa—. Beckham se pondría celoso si le viera la mandíbula. ¡Y los ojos!

—Mamá, basta.

—Es un comentario. Pero ¿sabes qué es lo que más me gusta de él?

—Dios, por favor —me quejé, y me tapé el rostro con las manos —, no vayas a decir… el trasero o algo así.

—Tiene un trasero muy lindo, sí, pero no me refería a eso —aclaró —. Lo que más me gusta de él es lo mucho que quiere a mi hija. Es muy notorio que lo tienes flechado.

Anoche, acostada en la cama, con la mirada clavada en el cielorraso, me preguntaba por qué era todo tan sencillo con Arlo, pero tan complicado nuestro vínculo. Entonces caí en la cuenta de que, en realidad, nunca se lo había preguntado de forma directa, y quizá debería haberlo hecho. Habrá sido injusto de su parte ningunear nuestra relación frente a Dylan y Hayley, fuera la que fuera, pero tal vez yo tampoco fui justa al no iniciar una conversación honesta con él al respecto, siendo que me había molestado tanto. Nunca le di la oportunidad de explicar sus sentimientos. Nunca le dije qué sentía yo.

No debería haberme pasado el día de ayer hablando de nada. Tendría que haber obtenido respuestas. Así, por lo menos lo sabría. Y no estaría aquí parada, en la cancha, por empezar el partido final, preguntándome por qué no podemos hacer bien las cosas, cuando debería estar concentrada en mi juego.

—¿Lista? —pregunta el árbitro, echándome una ojeada. Asiento con la cabeza.

Suena el silbato y comienza el partido.

Le devuelvo la pelota a Hayley y me lanzo campo arriba, para buscar espacios. La defensora no me deja respirar, su marca es brillante. Hago una mueca de desilusión cuando Hayley pierde la pelota por un pase impreciso, pero, dados mis propios errores recientes, no me puedo enojar. Sé que la recuperará.

Hayley y Dylan se separaron. Jade me lo mencionó esta mañana y se sorprendió de que me decepcionara.

—Sadie, esto tendría que complacerte en secreto —musitó—. Ya sé que ella te parece lo mejor del mundo, pero cualquiera se pone, aunque sea, un poquito feliz de saber que las cosas no le funcionaron a su ex con la persona que le siguió a una. Admítelo. Se la pasó presumiéndolo enfrente de ti.

—Te soy sincera, ya no me importa para nada eso —le informé—. Me pone triste por ella y, desde un lado más egoísta, no quiero que esté distraída hoy. Jugar con el corazón roto no es algo deseable para un partido final.

—¿Corazón roto? —resopló Jade—. Hayley rompió con él después de estar con otra persona. Dos veces. Y le dijo que ojalá pudieran ser amigos.

Como capitana, igual me había parecido que era mi deber comprobar que estuviera bien antes de salir a la cancha, asegurarme de que se sintiera apoyada. Sonrió cuando le expliqué por qué le preguntaba y se estiró para sostenerme el rostro entre las manos.

—Sadie, eres una persona increíble. —Bajó las manos y suspiró mirando al suelo—. Perdón si te lastimé alguna vez. En serio.

—Oye, no pasa nada. —Me encogí de hombros—. Somos amigas. Lo digo de verdad.

—Yo también lo creo, y si Arlo es tan estúpido como para perderte, se arrepentirá toda la vida. —Sonrió y me miró a los ojos —. Y lo digo de verdad.

Vuelvo a concentrarme en el juego cuando la pelota le llega a Alisha.

Ella perfora la defensa de Edimburgo por el centro y, de repente, la pelota está a mis pies. Corro hacia el arco; es nuestra primera oportunidad en el partido. La arquera me presiona y yo trato de meterla por encima de ella, pero alcanza a tocarla. La pelota sale

por la esquina. Intento no descorazonarme y me posiciono entre empujones para recibir el tiro de esquina de Hayley, pero una defensora lo cabecea y lo aleja del área.

Más avanzado el partido, me encuentro sola en la banda. Quinn lanza la pelota por encima de la defensora hacia el córner derecho y corro a buscarla con el corazón acelerado. Tengo espacio, así que encaro hacia el arco. Puedo tirar con el pie izquierdo; vacilo. La veo a Amy corriendo hacia el segundo palo, entonces decido ir a lo seguro y le paso la pelota. La defensa central la intercepta con facilidad y la manda para el otro extremo de la cancha. Vamos tras ella, pero el equipo de Edimburgo es demasiado bueno y una de las delanteras está muy bien posicionada. La extremo derecha se la pasa y la delantera dispara al arco. La pelota vuela por encima de Maya, que la roza con la punta de los dedos, pero golpea el fondo del arco.

Uno a cero.

El silbato anuncia el entretiempo. Se me encoge el corazón.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Pasando la vista por los rostros de mis compañeras de equipo por el vestuario, confirmo que el desaliento y la desesperación son compartidos. Hendricks nos está dando una charla motivacional, nos dice que el partido todavía no se acabó y que queda tiempo para invertir el resultado. Sus palabras no parecen convencer a nadie. Siendo que vamos perdiendo uno a cero y ya vamos por el entretiempo, es difícil de creer que lograremos ganarle a este equipo por dos goles. Después de haber repasado algunos puntos de la estrategia, Hendricks palmea tan fuerte que nos sobresalta. Levanto la cabeza de golpe y lo miro.

—Olvídense de la liga. —Gesticula con la mano para restarle importancia—. Este es el último partido de la temporada. Es la última vez que jugarán juntas. Ha habido jugadas fantásticas hoy y a lo largo de la competición. Deberían estar tremendamente orgullosas de ustedes mismas. Son un equipo increíble y es un privilegio ser su entrenador. Para lo que queda del partido, disfruten de trabajar juntas y de aprovechar las fortalezas de cada una. Ayúdense entre ustedes a alardear. Al fin y al cabo, es la última oportunidad que tendrán de hacerlo.

—Nah, estoy segura de que encontraremos otros momentos para alardear —apunta Jade, y extrae una risa de las demás.

—En tu caso, no lo dudo, Grosvenor. —Suspira y pone los ojos en blanco—. Miren, tengo fe en que este equipo puede ganar este partido. Pero no alcanza con eso. Ustedes también lo tienen que creer. Pase lo que pase hoy, como equipo, han vivido muchas cosas y han crecido… —Vacila y frunce el ceño—. Estoy pensando en una canción. ¿Cómo es? —Chasquea los dedos—. *The climb.* Esa.

—¿La de Miley Cyrus? —Lo mira Maya con los ojos entrecerrados.

—Sip —asiente él.

—Usted… ¿escucha a Miley Cyrus? —comprueba Hayley, y trata de reprimir una sonrisa.

Hendricks se encoge de hombros sin inmutarse.

—La canción está muy buena y transmite un mensaje con el que todos nos podemos identificar. Ganemos o no el campeonato, fue una temporada estupenda.

—Ahora tengo pegado el estribillo de *The climb* —comenta Quinn.

—Que la letra las inspire —responde Hendricks, y señala la puerta —. Salgan antes de que me deje llevar y las obligue a cantar a capela.

Las risas resuenan en el vestuario al tiempo que el equipo enfila hacia afuera. Yo me rezago. Hendricks espera a que se haya ido la última persona y luego se vuelve hacia mí.

—Buen discurso —le digo.

—¿Lista para otro? —Me clava una mirada severa—. Sadie McGrath, eres la jugadora con más talento natural que he entrenado en mi vida. No descansaré hasta que te contrate un club. Así me lleve los próximos dos años de tu estadía en Durham, trabajaré hasta el cansancio para encaminarte. ¿Está claro?

—Sí. Gracias.

—No me agradezcas, es mi trabajo —responde con el entrecejo arrugado—. Pero, a cambio, necesito que hagas algo por mí.

—Por favor, no me pida que cante Miley Cyrus.

—Deja de *pensar demasiado*. Eres una futbolista brillante a la que da gusto dirigir. Sigues indicaciones, estás abierta a probar distintas estrategias, eres responsable. El ojeador que está sentado en la tribuna lo sabe. Has demostrado ese aspecto tuyo. Ahora está buscando algo más. Algo de magia.

—¿Y si no tengo nada mágico? —Miro el suelo.

—Sí que tienes —insiste—. ¿Te acuerdas de lo que te dije? Aparece cuando confías en tus instintos y juegas con el corazón.

—Sí, bueno. —Suspiro—. No creo saber cómo se hace eso.

—Me imaginé esa respuesta, así que se me ocurrió traer a alguien que, tal vez, te pueda dar algunos consejos.

Se acerca a la puerta, la abre y le indica que pase a quien está afuera. Cuando entra Arlo todo tímido, ahogo un gritito.

—No tarden demasiado —le advierte Hendricks, y cierra la puerta al salir.

Nos quedamos en silencio.

—¿Q-qué haces aquí? —tartamudeo.

—Antes del partido, Hendricks me comentó que, quizá, necesitara que yo te impartiera un poco de sabiduría en el entretiempo. —Sonríe burlón—. Bueno, no lo dijo con esas palabras. Pero me explicó que podría hacerte falta una inyección de confianza y que yo debería alentarte a correr riesgos. Por lo visto, cree que, en la cancha, tú y yo sacamos lo mejor del otro.

Me cruzo de brazos, cohibida. Arlo titubea, luego añade, en voz baja:

—Yo creo que es el caso también afuera de la cancha.

—Arlo…

—Sadie, te debo una disculpa y una explicación —interrumpe y se me acerca un paso—. No tenemos mucho tiempo, y entiendo que este no es el mejor momento para hablar de nosotros, así que expresaré la idea central y ya me dirás tú si prefieres dejarlo para más adelante y, ahora, hablar solo de fútbol. ¿Está bien?

—Está bien.

Inspira hondo y continúa:

—Bueno, la idea central es que me enamoré de ti, Sadie. Y me gustaría pelear por nosotros. —Hace una pausa y me observa, temeroso—. ¿Quieres hablar de esto ahora? ¿O prefieres luego?

Me quedo quieta mirándolo; el corazón se me acelera y me golpea el pecho.

—Te… ¿Qué? —susurro.

—Estoy enamorado de ti —repite con suavidad pero con seguridad —. Puedo desarrollar o podemos discutir las ventajas de tomar riesgos en el fútbol.

—Desarrolla, por favor —pido, y le echo un vistazo al reloj colgado en la pared—. Rápido.

—Sadie, siento mucho haberme portado contigo como lo he hecho. La verdad es que no quería enamorarme de nadie. Ese era el

plan. Perder a Tamy me causó un dolor tan insoportable que busqué protegerme de todo lo que pudiera lastimarme de nuevo. No podía lidiar con nada serio. Todo lo que era divertido y trivial, sí, entonces, me prometí que mis amistades y mis relaciones serían así. No quería que me importara nada. Porque, si algo se volvía importante y lo perdía —se muerde el labio y niega con la cabeza—, no podría aguantarlo.

Se ve tan triste y vulnerable que tengo el impulso de abrazarlo fuerte, pero no puedo. Arlo se toma un momento para recomponerse.

—Y luego, te conocí a ti. —Se le relajan los hombros, las comisuras de los labios se le levantan en una sonrisa y fija la mirada en la mía—. Traté de reprimir los sentimientos, pero siempre algo me volvía a atraer hacia ti. Nunca antes sentí esto. Quería estar todo el tiempo cerca de ti. Me haces… feliz.

Trago saliva.

—He cometido muchísimos errores —admite, y el rostro se le crispa al evocarlos—. No dejé de intentar distanciarme. Quería autoconvencerme de que lo que sentía no era real, pero, en el fondo, sabía que me estaba mintiendo. —Hace una pausa—. Entonces, el otro día, hablé con Hayley.

—¿Sobre su separación de Dylan? —pregunto con las cejas arrugadas.

—No, estaba más preocupada por ti —revela—. Sabía que el partido contra Loughborough te había afectado mucho y pensaba que lo que estaba pasando entre nosotros no estaba ayudando, fuera lo que fuera. Me contó lo que te había dicho, que, según yo, no teníamos nada serio. Se sentía mal.

—Ah.

—De pronto, todo tuvo sentido. Que de repente me rechazaras, que dijeras todo lo de Ellie…

—Le gustas.

—A mí no me gusta —declara—. No así, digamos. Se lo he dicho.

—Pero los vi juntos en el partido contra Loughborough.

—Fue pura coincidencia. Ella estaba ahí con una compañera suya para alentar al equipo principal, y yo también. Es muy agradable y

somos amigos, pero sabe que no va más allá de eso. —Gesticula con la mano—. Pero esto no tiene nada que ver con Ellie. En cuanto hablé con Hayley, supe que tenía que venir a Edimburgo para verte y explicarme.

—Por eso llegaste antes que los demás —infiero—, pero luego te dije que no quería hablar de nosotros.

—Me dijiste que no querías hablar de nada importante, y esto es muy importante para mí —asevera—. Pero, si hubieras querido entrar en el tema, habría empezado por disculparme por el comentario estúpido que les hice, sin pensar, a Dylan y a Hayley sobre que no teníamos nada serio. Te habría explicado que solo lo dije para que me dejaran de molestar… Y porque tenía miedo. Fue patético y cobarde. Si reconocía en voz alta que mis sentimientos eran sinceros, todo se habría vuelto real. Habría tenido que admitirme a mí mismo que estaba abriendo mi corazón y afrontando la posibilidad muy real y muy dolorosa de que me lo rompieran, si las cosas no salían bien o tú no sentías lo mismo.

—¿Y ahora? —pregunto con voz queda.

—Ah, estoy aterrado. Pero, al igual que en el campo de juego, McGrath, si no te aventuras nunca, quizá pierdas tu oportunidad. A veces hay que escuchar al corazón y correr el riesgo. —Traga saliva, nervioso—. Así que aquí va. Pateo al arco: Sadie, si se trata de ti, estoy dispuesto a todo.

Me quedo mirándolo; la cabeza me da vueltas y el corazón me late a mil kilómetros por hora.

Separo los labios para responder, pero nos interrumpe la puerta que se abre de par en par. Hendricks entra a paso decidido, dándole toquecitos a su reloj.

—Es la hora —anuncia y se lleva las manos a las caderas—. ¿Dijiste lo que tenías que decir, Hudson?

—Sí. —Arlo asiente sin quitarme los ojos de encima—. Creo que se entendió.

—Genial —responde el hombre con brusquedad—. Vamos, McGrath, afuera. ¿Tienes un plan de acción?

—Sí, es muy simple. —Le lanzo una sonrisa cómplice a Arlo mientras Hendricks me despacha del vestuario—. Patear al arco.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Edimburgo da inicio al segundo tiempo con un pelotazo largo para una de las defensoras centrales; observo cómo Amy se lanza a la carrera en su dirección, para presionar enseguida, y sé que la oponente tiene una sola alternativa: cruzársela a la defensa a través del área de meta. No pierdo el tiempo. Habiendo adivinado el pase, corro a toda velocidad para interceptarlo, me arrojo hacia delante e interrumpo la trayectoria de la pelota con el pie izquierdo. La arquera, a veinte metros del arco, no se espera que ejecute el tiro. Es una jugada arriesgada, pero la tomará desprevenida.

El corazón me dicta que lo haga y yo, por fin, lo estoy escuchando.

La pelota se eleva y entra en el ángulo superior izquierdo de la red.

¡Gol!

La tribuna estalla en festejos y yo lanzo un puño al aire, en medio de lo cual llegan Amy y Hayley, que me envuelven en un abrazo de celebración y me gritan al unísono en el oído. Apenas me atrevo a creer lo que acaba de pasar; cierro los ojos mientras a mi lado mis dos compañeras de equipo siguen dando saltos. Qué buena manera de comenzar el segundo tiempo. Rebosante de felicidad por los aplausos efusivos de la hinchada, echo una ojeada a la banda, desde donde me mira Arlo con una sonrisa sagaz.

—¡Esa es nuestra chica! —exclama Jade al tiempo que volvemos a ubicarnos en nuestras posiciones.

Las demás me dedican sonrisas radiantes, algunas niegan con la cabeza con alegre incredulidad mientras que el equipo de Edimburgo ha quedado como en *shock*. Emergimos del vestuario con una

determinación renovada y empatamos en el primer minuto después de haber vuelto a la cancha. Vinimos a ganar. Ahora lo saben.

—¡Vamos que podemos! —Me vuelvo para mirar a mi equipo y aplaudo.

El juego reanuda y la siguiente oportunidad real nos llega un poco más tarde, cuando defendemos un córner. Jade cabecea la pelota afuera del área y se la manda a Hayley. Nos estamos dispersando y observo cómo Hayley echa una carrera espectacular por la banda izquierda y penetra la defensa con un pase largo cruzado hacia Alisha, que está a la derecha. Ella avanza unos pasos y envía la pelota por el aire con efecto hacia la meta, donde espero yo. Aterriza a mis pies. Nuestro contrataque ha tomado a Edimburgo por sorpresa, y ahora cuatro jugadoras se me acercan velozmente para rodearme. No tengo tiempo de girar. La veo a Hayley en el borde del área y le devuelvo la pelota por el hueco que han creado las defensoras que vienen hacia mí.

Hayley la mete en el ángulo superior derecho.

Gol. Estamos ganando dos a uno.

Madre mía.

Mientras el equipo prorrumpe en vítores y Alisha y Quinn se arrojan sobre Hayley, que festeja con una pirueta, miro a Hendricks. La boca se le curva en una sonrisa cuando establecemos contacto visual, y sé que los dos estamos pensando lo mismo.

Puede que lo logremos.

Trato de que esa esperanza no altere mi concentración y me esfuerzo por mantener la cabeza en el presente mientras se reanuda el partido, pero, a medida que se acerca a su fin, la adrenalina me hace temblar los dedos. Quedan cinco minutos y la presión va en aumento. Amy tiene una oportunidad de gol, pero una defensora la ve libre en el área e impide que toque la pelota tomándola por la camiseta. Ambos equipos le gritamos nuestra opinión al árbitro; todas sabemos lo que está en juego. Penal para nosotras. Lo pateo yo.

—Respira —me susurra Amy y me aprieta el brazo.

Exhalo por la boca y le sonrío, agradecida. Le había compartido el consejo sucinto pero sabio de mamá en el vestuario, más temprano,

y necesitaba que me lo recordaran.

Camino hasta el punto de penalti para patear; tomo la pelota y la coloco un par de centímetros a la izquierda de la marca, donde la he puesto mil veces durante los entrenamientos. El campo se queda en silencio, pero los oídos me zumban de lo fuerte que me palpita el corazón. Vamos ganando el partido, pero, si meto este, estaremos dos goles arriba. Ganaremos la liga. La presión me provoca náuseas, por mi mente pasan todo tipo de posibilidades.

¿Y si lo erro? ¿Y si perdemos la liga? ¿Y si el ojeador no me contrata? ¿Y si arruino esto y decepciono a mi equipo? ¿Y si decepciono a mi papá, que está ahí sentado en las gradas en este preciso momento, mirándome? Me esforcé muchísimo durante muchísimo tiempo y, de repente, parece que todo se redujera a este único momento aterrador.

¿Y si me decepciono a mí misma?

Es ahí que lo oigo en la cabeza.

Solo tienes que patear la pelota, McGrath, me dice la voz de Arlo.

Los hombros se me relajan, la respiración se me ralentiza y el corazón se me calma. Alzo la vista brevemente hacia el arco. Avanzo hacia la pelota y, apuntando al ángulo inferior derecho, le doy un golpe perfecto con la parte interior del pie.

La arquera adivina mi jugada y se tira para atajarla con la punta de los dedos. La pelota rebota en el palo y vuelve al juego; la recibe una defensora de Edimburgo, que la patea lo más lejos posible, y la pelota sale por el lateral.

La desilusión es monumental, casi insoportable. Se me cierra la garganta mientras veo cómo desaparece la pelota cancha arriba, bajo la cabeza y me llevo las manos a las caderas, al tiempo que el coro de lamentaciones que emite la hinchada reverbera por el terreno de juego y me desgarra. Me tiemblan las rodillas, como si mis piernas fueran a ceder y yo, a desmoronarme.

Pero no lo hago.

Por alguna razón, hay un ápice de fuerza dentro de mí que no me deja caer. A pesar del triste desenlace de ese penal, me queda una brizna de esperanza que lucha. Y, milagrosamente, no estoy sola, por lo visto.

—Arriba esa cabeza, capitana —me anima Hayley, que me pasa corriendo por al lado—. Aún hay tiempo de ganar la liga, ¡y todavía no les has mostrado ni la mitad de lo que puedes hacer!

—Aún hay tiempo —repito por lo bajo, con la ilusión de que, si lo digo suficientes veces, me lo creeré—. *Aún hay tiempo.*

Nos dan tres minutos y medio de descuento y no desperdiciamos ni un segundo. Nunca vi a mi equipo jugar tan bien y con tantas ganas; todas están en armonía, ninguna muestra ni un indicio de querer abandonar. Cuando no deben quedar más de cuarenta segundos, doy instrucciones de avanzar hacia el campo contrario. Basta de jugar sobre seguro.

—A ganar —murmuro para mis adentros.

Un angustioso ataque de Edimburgo fracasa, por suerte, y la pelota sale de juego. Saque de arco. El pelotazo largo de Maya llega hasta Quinn, que baja la pelota con el pecho con seguridad y se la pasa a Jade, hacia atrás. Ella ya está presionando para ponerse en posición de ataque y tiene algo de espacio; avanza unos pasos con la pelota y la ve a Hayley, que se la pide con señas detrás de la línea defensiva contraria. Sin titubear, Jade la patea con fuerza entre dos defensoras para colocarla en el camino de nuestra delantera, que corre por la banda izquierda. Le lanzo una ojeada al juez de línea para verificar que no esté fuera de juego: la bandera no se levanta.

Amy viene volando hacia el primer palo y yo estoy en el segundo, esperando la pelota de Hayley. De un vistazo al terreno de juego, descubro que Maya ha subido a la mitad del campo de Edimburgo y que nuestra línea defensiva se nos unió a Amy y a mí en el área. Se tomaron mis instrucciones en serio.

Hayley patea. Cuando avanzo para rematar el centro, me doy cuenta de que nadie me marca. Pego un salto, tuerzo el cuerpo y cabeceo la pelota hacia el ángulo inferior derecho. Es como si la estuviera viendo en cámara lenta cuando golpea el césped detrás de la línea blanca pintada.

Gol.

Gol. Hay una explosión de ruido a mi alrededor, pero estoy demasiado aturdida como para registrar bien lo que está pasando,

menos que menos para celebrar. Amy me alza y me da vueltas, luego se suma el resto del equipo a abrazarme.

Edimburgo ejecuta el saque inicial para cumplir con las formalidades correspondientes, pero el silbato suena casi de inmediato. La hinchada de Durham en la tribuna se vuelve loca. Mi equipo festeja bailoteando en el campo de juego. Hendricks lanza un puño al aire y grita: «¡VAMOS!».

Me quedo donde estoy, en el medio de la cancha, respirando con dificultad y asimilando todo. Sé que es un momento del que no me olvidaré nunca. El momento en que nuestro equipo ganó la liga e hizo historia. Un momento que sé que papá está presenciando y que será importantísimo para él. El momento cuando caigo en la cuenta de que, incluso si hubiéramos perdido el partido y hubiera tenido que lidiar con la desilusión, tampoco querría hacer otra cosa de mi vida.

Esto y nada más. Soy esta.

Solo tengo que patear la pelota.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Jade me sacude el aturdimiento cuando corre hacia mí y me salta en brazos gritando: «¡GANAMOS LA LIGA!» a todo pulmón. Los ojos se me llenan de lágrimas de alegría, estallo en risas y empiezo a saltar de felicidad, primero con ella y luego también con Quinn y Alisha, abrazadas las cuatro, celebrando. Pronto se nos unen Hayley y Maya, y, cuando nos queremos dar cuenta, se ha apiñado todo el equipo. Los fans de Durham han invadido la cancha y están todos como locos.

Finalmente, me separo de las chicas y observo el mar de rostros que nos rodea en el campo para buscar a mis padres. Veo que siguen en las gradas; mamá aplaude con fuerza, con las mejillas sonrosadas, y papá, junto a ella, tiene dibujada una amplia sonrisa. Me alejo de mis compañeras abriéndome paso a través de la multitud para salir de la cancha y subir los escalones hasta ellos. Mamá me da un abrazo efusivo, para luego sostenerme la cara con las manos.

—¡Lo lograste! —chilla—. ¡Sabía que podías!

—Gracias, ma. Me alegra mucho que pudieran verlo.

—No nos lo hubiéramos perdido por nada del mundo —susurra, y me vuelve a abrazar.

Me deja pasar hacia papá.

—Sadie —empieza él, con la voz ronca y temblorosa.

No le salen las palabras, pero no importa. Me acerco y lo abrazo; lo aferro y apoyo la cabeza en su hombro. Él me aprieta tanto que duele, y me besa la coronilla. Pasa un ratito hasta que me suelta y, cuando me separo, me sujeta los hombros y se toma un momento para mirarme bien, con los labios apretados y los ojos brillantes.

Asiente enérgicamente con la cabeza una vez y baja las manos; sé que está intentando contener las lágrimas.

—Ve a celebrar con tu equipo —dice mamá acariciándome el brazo —. Me imagino que les espera una gran noche de fiesta.

—Ahora es el partido de los chicos, así que nos quedaremos para eso, y luego de seguro salgamos todos juntos.

—¡Ah! —Se le iluminan los ojos—. Entonces, irá Arlo también. Dile que siempre es bienvenido en casa.

—Lo haré —prometo—. Si te soy sincera, creo que lo verán mucho más seguido, de aquí en adelante. Estarás contenta de saber que tu estratagema de casamentera ayer, al final, ayudó.

—¿Qué estratagema? —Me mira con inocencia.

—Eso de mandarme a hacerle de guía turística —digo con las cejas arqueadas—. Inventarte que yo quería tomar aire fresco antes del partido de hoy. Invitarlo a cenar.

—No sé a qué te refieres —insiste.

—¡McGrath! —ladra Hendricks desde el campo. Me indica con un gesto que me le acerque.

A su lado hay un hombre que no reconozco.

—¿Con quién está tu entrenador? —pregunta mamá con curiosidad.

Se me forma un nudo en la garganta y trago saliva; los nervios me asaltan el cuerpo y me causan un hormigueo en los dedos.

—Creo… Creo que debe ser el ojeador.

—Ah. Mejor no los hagas esperar. No te preocupes, Sadie. Aquí estaremos, contigo —me recuerda, dándome un empujoncito en la espalda.

Mientras bajo los escalones de las gradas e ingreso en el campo, en dirección a los dos hombres, le lanzo una mirada a Arlo. Tiene clarísimo lo que pasa y me alienta con un gesto de la cabeza.

Respira.



Me sobresalta el *pop* a coro del descorche de unas champañas; Dylan y Quinn, desde los taburetes en los que están parados, rocían de espuma a los dos equipos apelotonados en el área que nos reservaron Hendricks y Nevile en el bar. Ellos están sentados en la barra y fingen que no conocen a este grupo que festeja a los gritos, empapado del espumante que, en este momento, Dylan bebe sin respirar de la botella. El gerente de la taberna nos mira mal, pero, claramente, no le molesta tanto como para hacer el esfuerzo de venir y pedirnos que nos calmemos… Eso o se da cuenta de que no tiene caso tratar de aplacar nuestra euforia.

Los chicos ganaron su partido, en una victoria apoteósica sellada por un gol hermoso de Michael con asistencia de Arlo. Nuestro equipo se quedó a verlos y luego enfiló para el bar más temprano mientras ellos se cambiaban, lo que quiere decir que todavía no he hablado bien con Arlo. Acababa de llegar y estaba tratando de acercárseme cuando empezó la lluvia de champaña y diversión, con lo que quedó atascado de forma temporal en medio de su equipo.

—Creo que la primera en beber de la botella debería ser nuestra capitana —anuncia Quinn desde lo alto del taburete; sostiene la botella por encima de la cabeza y el líquido le chorrea por los dedos —. Nos condujo a una victoria histórica… ¡Somos campeonas por tercer año consecutivo, nena!

Todos vitorean y me pongo roja de vergüenza al tiempo que Quinn baja al suelo de un salto. El grupo se abre para dejarla pasar. Ella me alcanza la botella y le doy un trago, lo que provoca otra oleada de hurras y chiflidos, y luego se la devuelvo. La chica se aparta y aparece Arlo justo detrás.

—Veo que Dylan apuntó bien —le digo riéndome y ojeo la camiseta húmeda que se le adhiere al torso musculoso—. Recuérdame que se lo agradezca.

—Tú tampoco te salvaste —replica, y me aparta un mechón mojado de pelo que se me pegó a la mejilla—. Me hace acordar a aquella vez en que volvíamos caminando a tu facultad y se largó a llover a cántaros.

—Y ahora estamos empapados en champaña. Qué lejos que hemos llegado.

Suelta una risita. Cuando Dylan empieza a dirigir una especie de canción de victoria y nuestros amigos lo siguen a coro, bailando y empujándonos, Arlo me toma la mano y me aleja de ellos. Como no encuentra ningún rincón tranquilo y silencioso en el bar, salimos por la puerta al aire nocturno. Hendricks eligió una taberna justo en el centro de Edimburgo, y las calles están repletas.

—Bueno —comienza Arlo en voz baja, por si algún conocido también estuviera merodeando por aquí—, ¿qué dijo?

—¿Qué dijo quién? —pregunto con inocencia.

—Ya sabes quién. —Frunce el ceño, impaciente—. Después de tu partido, ¿qué pasó? No puedo creer que no me hayas contado hasta ahora. ¿Tienes idea de lo difícil que fue jugar con eso en la cabeza?

—No pareció que haya afectado mucho tu desempeño. Felicitaciones, por cierto. Me alegro de que el equipo masculino de Durham no vaya a descender y que tú puedas…

—Sadie —me interrumpe con un gruñido de advertencia—, si no sueltas lo que hablaste con el ojeador, me voy a volver loco. Ya me has hecho esperar bastante. *¿Qué dijo?*

Le sonrío ampliamente; el entusiasmo me sube a borbotones por el cuerpo mientras salen las palabras, y apenas me atrevo a creer que lo que estoy enunciando es verdad.

—Dijo... —empiezo despacio y con voz queda— que el Manchester United estaría interesado en conversar conmigo sobre mi futuro.

Arlo abre los ojos como dos platos y se queda boquiabierto.

—El *Manchester United* —susurra—. ¡¿Es en serio?!

—Es en serio —confirmo, y la mandíbula me duele de tanto sonreír; añado rápido—: Pero no le cuentes a nadie. No quiero anunciarlo por si, al final, no sucede.

—Sucederá —afirma sin dudar—. Confía en mí, Sadie, sucederá. —Se muerde el labio, niega con la cabeza y se le dibuja una sonrisa mientras me mira con los ojos chispeantes—. Eres increíble.

—Mucho de eso te lo debo a ti —subrayo—. El ojeador mencionó que jugué especialmente bien después del entretiempo. Al parecer, percibió que mi ánimo había cambiado y ahí fue que mostré mi verdadero potencial. El mérito es, en gran parte, tuyo… Aunque no todo. También ayudaron Hendricks y su referencia a Miley Cyrus.

—¿Sí? Qué interesante —responde Arlo, y la boca se le tuerce en una sonrisa pícara—. Entonces, ¿dices que, para que tu desempeño sea el mejor posible, me necesitas?

—No me parece que hayan sido justo esas mis palabras.

—Muy bien, como me lo has pedido con tanta amabilidad, seguiré cediendo mi tiempo para ser tu compañero de entrenamiento y musa del *soccer*. De nada.

—Eres insufrible.

—Sí, bueno, tú sabes cómo sacar lo mejor de mí.

Titubeo, y luego respondo con dulzura:

—Lo mismo digo.

Eso le da la autorización que estaba buscando. Se acerca, desliza las manos por mi cintura, las lleva hasta mi espalda baja, me arrima contra él y me obliga, así, a apoyar las palmas de las manos sobre su pecho y levantar la barbilla para mirarlo. Me quedo sin aliento, envuelta como estoy en estos brazos fuertes y seguros; un hormigueo me recorre el cuerpo cuando siento su roce cálido.

—Por cierto —comienzo, levantando la mirada hacia sus ojos marrones y chispeantes—, quería agradecerte por abrirme tu corazón en el vestuario antes.

—De nada. ¿Algún comentario de mi mentora oficial? —me pregunta con la voz grave y rasposa, al tiempo que inclina la cabeza y me roza levemente la sien con la boca—. ¿Algún consejo, alguna recomendación, quizá?

—Solo uno muy chiquito.

—¿Sí? —murmura contra mi piel—. Adelante.

—Tuviste razón al correr el riesgo —le confieso con la piel erizada —. Contigo, Arlo, estuve dispuesta a todo desde el principio.

Con un suspiro de satisfacción, me busca los labios y me besa; un beso largo e intenso, de esos que hacen que el mundo desaparezca de alrededor de uno. Cuando, llegado un momento, se desprende para dejarme un rastro de besos dulces por toda la clavícula y susurrarme al oído que me ama, yo cierro los ojos y exhalo, embelesada.

Por primera vez en mucho tiempo, no me preocupa el futuro, no estoy pensando en todo lo que puede llegar a pasar. Ya no quiero

jugar más sobre seguro. Voy a dejarme llevar.

Por fin estoy siguiendo a mi corazón.

EPÍLOGO

Termino de atarme el pelo, me subo la cremallera del suéter y examino mi apariencia en el espejo de cuerpo entero de la habitación. Tomo una gran bocanada de aire y la suelto despacio, para permitirme un momento de pausa. Sin duda, mi aspecto está bien logrado. Alguien que me echara un vistazo no se daría cuenta, necesariamente, de que tengo el estómago hecho un nudo y de que me tiemblan las manos.

Está bueno estar nerviosa los días de partido. Eso es lo que siempre ha dicho mamá, primero a papá, y ahora a mí.

—Tú puedes —le susurro a mi reflejo.

Es mi primer partido con el equipo femenino del Manchester United. Jugar para las Rojas es un sueño hecho realidad y, pase lo que pase hoy, agradezco haber llegado hasta acá.

El momento decisivo.

Me aparto del espejo, levanto el bolso de la cama y me lo cuelgo del hombro, luego salgo del cuarto en dirección a la cocina, donde están mi teléfono y mis llaves apoyadas en la mesa. Aunque es pequeño, me encanta este apartamento, y queda en la calle Deansgate, en pleno centro de Mánchester, que es una ubicación ideal desde la cual ir a cualquier lugar de la ciudad, incluido adonde entrenamos. También hay muchos cafés bonitos a metros de mi puerta, perfectos para trabajar cuando no tengo ganas de estar sentada en casa, sola, leyendo ensayos. Sigo decidida a terminar la licenciatura, y Durham me facilitó el continuar los estudios a tiempo parcial.

Vibra mi teléfono: es un WhatsApp, y de una ojeada rápida a la pantalla veo que es de Jade, así que me apresuro a abrirlo. Me ha

enviado una foto, una selfie suya con mi mamá y mi papá en la que los tres sonríen para la cámara, sentados en el restaurante del refinado hotel donde están alojados. Enseguida le sigue un mensaje:

¡Comiendo algo antes del partido!
Te vemos allá, qué orgullo.
Mucha suerte 
P. D.: tenemos asientos VIP, ¿¿no??

Me río, le respondo con unos emojis de corazones y le aseguro que los asientos son buenos; luego me doy cuenta de la hora que es y, arrojando el teléfono en el bolso, me apresuro a salir del apartamento y cerrar detrás de mí.

Atravieso las puertas del edificio y levanto la vista; espero ver el auto que pedí para ir hasta Leigh Sports Village, pero me freno en seco cuando lo encuentro a Arlo justo ahí delante, reclinado sobre un elegante Mercedes negro que está estacionado en la entrada.

—¿Qué haces aquí? —balbuceo, con el corazón acelerado por verlo—. Pensé que nos veríamos después del partido.

—¿En serio creíste que iba a dejar que otra persona te llevara al primer partido profesional de tu vida? —replica, se quita los Ray-Ban con un movimiento rápido y me lanza una amplia sonrisa.

Dejo caer el bolso al suelo y me arrojo hacia él, le rodeo el cuello con los brazos y cierro los ojos mientras aspiro su perfume. Nunca estuve tan feliz de verlo. Me aparto para tomarle el rostro con las manos y lo beso; sus brazos me envuelven la cintura.

—Gracias —susurro con la nariz pegada a la suya.

—¿Cómo te sientes? —me pregunta con las manos apoyadas en mis caderas.

—¿Vamos al aeropuerto y volamos a Hawái? Me parece un buen momento para tomarnos vacaciones.

Se ríe.

—Así de nerviosa, ¿eh?

—¿Y si cometo algún error y defraudo a todos los fans?

—No cometerás ningún error. Estarás brillante. Lo sé.

—Para ti es fácil decirlo. —Suspiro y jugueteo con el cuello de su camisa entre sus brazos, que me sujetan con firmeza—. Ustedes, los ojeadores, pueden quedarse ahí parados, en la banda, bebiendo café y juzgando a todo el mundo.

—Qué gracioso —dice con una sonrisa—, eso es justo lo que nos enseñan en clase. De hecho, todo el primer módulo trata únicamente de dónde encontrar el mejor café para tomar al costado de la cancha.

A pesar de mis bromas, Arlo sabe lo orgullosa que estoy de que haya dado los primeros pasos hacia una carrera como ojeador profesional. Hendricks fue el primero en sugerírselo, la noche en que ganamos la liga en Edimburgo, y desde entonces Arlo no se lo pudo quitar de la cabeza. Ha completado un primer curso y ahora trabaja en la próxima etapa. El ojeador del equipo femenino del Manchester United que me fichó a mí le ofreció a Arlo la oportunidad de acompañarlo para que gane experiencia. Está ansioso por aprender todo sobre la profesión, y verlo abordar un futuro en el fútbol con tanta pasión y entusiasmo me pone muy contenta, pero no solo a mí, sino también a su familia: la mamá vino de visita hace poco y estaba orgullosísima. Vamos a pasar un par de semanas en San Francisco con ella el próximo verano.

—Ahora, en serio, sabes que te irá genial hoy —sigue Arlo, tomándome los hombros con firmeza y mirándome a los ojos—. Si te equivocas, no importa. Aprenderás de eso y saldrás a ganar el próximo partido. Somos todos humanos, Sadie, hasta los futbolistas.

—Ya sé —respondo al asentir con la cabeza—. Tienes razón.

—Casi siempre. ¿Lista?

—No voy a estar más lista que esto —aseguro, y doy un paso hacia atrás mientras él me abre la puerta del acompañante—. Lindo auto, por cierto.

—Gracias, decidí no escatimar en el alquiler, dada la ocasión —comenta con un destello malicioso en los ojos—. No sé si sabías, pero mi novia, que está buenísima, es la delantera estrella del Manchester United. Se merece viajar con estilo.

Entre risas, me subo, él cierra la puerta detrás de mí y luego corre a dar la vuelta hasta el asiento del conductor. Le baja el volumen a la radio y se abrocha el cinturón de seguridad.

—Ah, antes de que me olvide, tengo una apuesta con Dylan —dice alegremente, y enciende el coche—. Me jugó a que meterías un gol en tu primer partido profesional.

—¿Y tú apostaste en contra? —pregunto con el ceño fruncido.

—Yo dije que meterías dos. —Sonríe, y se pone los lentes de sol.

—Dos goles en mi primer partido profesional. —Me reclino en el asiento y esbozo una sonrisa mientras arrancamos hacia el estadio —. Me suena a desafío.

AGRADECIMIENTOS

Un agradecimiento especial a Yas, la persona más fabulosa, maravillosa y alegre a la hora de editar. Colaborar contigo en este proyecto fue divertidísimo, gracias por tu guía, por tus palabras de aliento y por confiarme esto… ¡Tengo mucha suerte de poder trabajar junto a ti! Gracias al talentoso equipo de Simon and Schuster por el esfuerzo que le pusieron a esta novela.

Mil gracias a Lauren, a Callen y a todos los integrantes de mi agencia, son mi sostén y no podría hacer nada de esto sin ustedes. Lo mismo para mi familia y amigos, ustedes saben quiénes son.

Un enorme agradecimiento para Fionn, Woody y Ben, mis gurúes del fútbol. Me divertí mucho charlando con ustedes de los detalles de las jugadas, y jamás dejará de impresionarme el vasto conocimiento que tienen del juego bonito; son lo más.

Muchísimas gracias a quienes leyeron esta novela. El deporte tiene una manera increíble de unir a la gente, sean quienes sean, y este libro fue creado en honor a eso. Estés en la cancha jugando al fútbol o hinchando por tu equipo, ojalá que esos momentos electrizantes te traigan felicidad, emoción, celebración y esperanza. Como dice el papá de Sadie, cada partido es un partido nuevo.

Y, por último, ¡aguante el Aston Villa!

Índice

- Capítulo uno
- Capítulo dos
- Capítulo tres
- Capítulo cuatro
- Capítulo cinco
- Capítulo seis
- Capítulo siete
- Capítulo ocho
- Capítulo nueve
- Capítulo diez
- Capítulo once
- Capítulo doce
- Capítulo trece
- Capítulo catorce
- Capítulo quince
- Capítulo dieciséis
- Capítulo diecisiete
- Capítulo dieciocho
- Capítulo diecinueve
- Capítulo veinte
- Capítulo veintiuno
- Capítulo veintidós
- Capítulo veintitrés
- Capítulo veinticuatro

- Capítulo veinticinco
- Capítulo veintiséis
- Capítulo veintisiete
- Epílogo
- Agradecimientos

Un sello de
V&R Editoras



Elegí esta historia pensando en **ti** y en todo lo que las mujeres románticas guardamos en lo más profundo de **nuestro corazón** y solo en contadas ocasiones nos atrevemos a compartir.

Y hablando de compartir, me gustaría saber qué te pareció el libro…



yo también
creo en el amor





vera.romantica

Bailey, Ivy
Juego limpio / Ivy Bailey. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : V&R, 2025.
Libro digital, EPUB

Traducción de: Franco Monterroso.
Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-631-300-417-1

1. Novelas Románticas. I. Monterroso, Franco, trad. II. Título.
CDD 823

Título original: *Playing the Field*
Dirección editorial: María Florencia Cambariere
Edición: Florencia Cardoso
Coordinación gráfica: Leticia Lepera
Diseño de interior: Cecilia Aranda
Arte de tapa: Jacqueline Lu
Conversión a formato digital: Estudio eBook

© 2024, Ivy Bailey
© 2025 de la traducción del inglés al español por V&R Editoras S.A.
www.vreditoras.com

Publicado por acuerdo con Simon & Schuster UK Ltd, Gray's Inn Road 222, primer piso, (WC1X 8HB) Londres.

ARGENTINA
Florida 833, piso 2, of. 203
(C1005AAQ) Buenos Aires
Tel.: (54-11) 5352-9444
e-mail: **editorial@vreditoras.com**

MÉXICO
Dakota 274, colonia Nápoles - C. P. 03810
Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México
Tel.: 55 5220-6620 • 800-543-4995
e-mail: **editoras@vreditoras.com.mx**

Primera edición: junio de 2025

ISBN 978-631-300-417-1

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión, sin previa autorización escrita de las editoras.



EDITORAS

Seguinos en tu red favorita

VR.editoras

Índice de contenido

1 Cubierta
2 Sobre este libro
3 Sobre Ivy Bailey
4 Portada
5 Dedicatoria
6 Capítulo uno
7 Capítulo dos
8 Capítulo tres
9 Capítulo cuatro
10 Capítulo cinco
11 Capítulo seis
12 Capítulo siete
13 Capítulo ocho
14 Capítulo nueve
15 Capítulo diez
16 Capítulo once
17 Capítulo doce
18 Capítulo trece
19 Capítulo catorce
20 Capítulo quince
21 Capítulo dieciséis
22 Capítulo diecisiete
23 Capítulo dieciocho
24 Capítulo diecinueve
25 Capítulo veinte
26 Capítulo veintiuno
27 Capítulo veintidós
28 Capítulo veintitrés

29 Capítulo veinticuatro
30 Capítulo veinticinco
31 Capítulo veintiséis
32 Capítulo veintisiete
33 Epílogo
34 Agradecimientos
35 Índice
36 Créditos

Hitos

1 Cubierta
2 Portada
3 Créditos
4 Índice
5 Índice de contenido